







16 ans.

R.43.555



**UNA**

# **REVOLUCION EN VENECIA.**

Novela original del joven

**D. Juan I. de Arenas.**



**Se**ádiz.

**IMPRENTA DE NUÑEZ Y ARJONA,**  
calle de S. José, número 46.

**1846.**

REVOLUCION

EN VENECIA

Es propiedad de los Editores.



IMPRESA DE ANTONI Y ANTONI

1818

## PRÓLOGO.

No se crea que la ambicion de adquirir glorias literarias, haya sido el móvil que me impulsara á tomar la pluma para escribir una novela: todo lo contrario; jamàs esos sueños de gloria han surcado por el campo de mi fantasia y si alguna vez he ambicionado un laurel para mis sienes, no ha sido por que se me creyese encumbrado á la difícil cima del talento y si solo por aparecer mas digno á los amigos cuya amistad tegan la delicia de mi vida: ellos han enjugado mil veces mis lágrimas conjurando las embravecidas borrascas conque la suerte ha combatido el frágil esquite de mi vida, y ellos han ocupado el vacío inmenso de mi corazón: ingrato

fuera à su predileccion hácia mí, si eludiendo sus consejos: no me hubiera abstraído de complacerle , no accediendo à la peticion que me hacian de confeccionar una novela.

Bajo estos antecedentes, si mi obra carece de mèrito , si los críticos descargan sobre ella su afilada cuchilla, si se me tacha de osado en haberme atrevido à acometer tan difícil empresa , cùlpece à ellos y no à mí, pero una risueña esperanza alimenta mi corazon y esta no es otra que la cultura è ilustracion de mis conciudadanos, quienes mirarán con ojos venébolos esta primera produccion de un hijo de este suelo—

J. J. DE A.



## El consejo.

En blando lecho de flores  
nos vé la infancia riente,  
y en pos su huella inocente  
vá la edad de los amores:

decaida la ecsistencia  
luego empieza á envejecer,  
llegando un bien á obtener  
y ese bien es la esperiencia.

**E**RA la primavera: el florido mayo  
embellecía con sus fragantes galas,  
praderas y campiñas, cumbres y  
llanuras. Los tallos débiles que secó la  
tormenta y que fueron sepultados en el  
esponjoso cieno que desenvuelven los tor-  
rentes acuosos, alzábanse revestidos de ver-

des hojas y embalsamadas flores, cuyas trascendentes y sutiles aromas, usurpadas por los besos de las voluptuosas brisas, iban á perfumar todo el confín campestre.

Los árboles, cuyas espesas copas, despojó el huracan, é hirió el rayo, tornaban à ceñir su diadema de esmeralda. Las aves volvian á colgar sus inocentes nidos en su lozano follage, poblando el espacio, con sus melodiosos y concertados trinos.

Un sol, radiante de luz é intensidad, guiando su carroza por una senda de transparente azul, iluminaba, aunque prócsimo al lóbrego ocaso, la sublime y magestuosa perspectiva del campo. Sus rayos amortiguados, empezaban à debilitarse, y à quebrarse entre los blancos vellones de algunas nubecillas, cortadas en franjas por el viento.

¡Que paisaje tan cautivador, presenta entònces la naturaleza! ¡cuán dulce y arrobador, en ese momento en que el dia se avecina á su fin, es el muelle susurro de los espesos cañaverales que baten sus penachos hojosos: y el murmullo de los arroyuelos que en sesgas direcciones, espejan en su cristalina superficie, los amarillos

reflejos del sol poniente. La imaginacion del observador, insensiblemente se eleva y aun cuando su corazon, sea impassible y duro como el bronce, maquinalmente levanta sus manos al cielo, y bendice à la divinidad, por la sabiduría estrema y munífica, con que rige y gobierna al universo y á los que ecsisten en él.

En tan ameno sitio, encontràbase, años há, al pié de una elevada colina que se estendia en una espaciosa y dilatada vega, un edificio rústico, cuyos sencillos contornos se dibujaban en la transparencia de una especie de lago que à su derecha habian formado algunas aguas estancadas. Todos sus adornos consistian en festones de verdura que decoraban sus deleznables muros y que obstruian un tanto una puerta que se abria en uno de ellos.

A muy corta distancia del ya espresado edificio sobre un banco de césped, que estaba protegido y cobijado por el crecido ramage de una corpulenta encina que se agoviaba sobre él, estaban sentados dos seres que llamaban la atencion por lo interesante de sus fisonomías.

Uno de ellos era un caduco y envejecido anciano; su cabeza suavemente inclinada revelaba la grandeza y altos sentimientos que abrigaban su alma y los blancos y sutiles cabellos que haciendo nacimiento en aquella, caían en desiguales partes cubriendo à veces la mitad de su arrugada frente, ó ya descubriendo entre sus delgados hilos una porcion de cútis blanco y completamente liso, daban á conocer la profunda huella que el tiempo incesorable, imprime en todos los seres que llegan à habitar la tierra. Multitud de pliegues transversales, surcaban en irregulares giros por su mejilla lívida y macilenta, sus ojos habian perdido aquella vivacidad, aquella fuerza, aquella luz radiante y esplendorosa que enciende en ellos las pasiones; un párpado débil y estenuado, continuamente estaba desplegándose sobre sus opacas órbitas que ora fluctuaban errantes en inseguras direcciones, ora se fijaban rápidamente en un punto. Pero lo que mas venerable y respetuoso se hallaba en este anciano, próximo despojo de la efímera vida, era una larga, poblada y albísima barba que to-

mando su origen desde el lãbio inferior, se desarrollaba recta y flecsible á longitud tal, que en los distintos movimientos de su cabeza, rozaba circularmente su estremidad con la mitad del pecho. En este momento todo su rostro estaba en accion à causa de un ardiente diãlogo que se habia suscitado entre él y un jóven que estaba á su izquierda.

Este jóven ávidamente y con la mayor atencion escuchaba las palabras que se desprendian de los amarillos lãbios del anciano: pero ántes de que espongamos el asunto sobre que altercaban, vamos á dar una superficial descripcion del espresado jóven.

Solo el pincel del ticiano podria con veridico colorido trazar los rãsgos y enérgicos contornos de su semblante: su frente ancha y formando casi una perfecta elipse perdiase superiormente entre los visos atezados de una madeja espesa y brillante de finísimos cabellos que se agolpaban en grau confusion en lo mas alto de su cabeza, deramándose luego en ensortijadas trenzas por su espalda; é inferiormente entre los arcos de las cejas: de estas pendian ó se desga-

jaban dos movibles velos transparentes que servian de dosel à dos ojos vivos ardientes y cuya luz hacia ofuscar á quien les miraba. Aun el bozo no habia apuntado y su imberbe rostro, al mismo tiempo que diseñaba la mas lozana juventud, revelaba cierta energía, cierta firmeza de carácter, no comun en sus años en que aun goza el corazon el recuerdo de las inocentes horas de la infancia.

Su talla era elevada y arrogante; de todas las pasiones que combaten el corazon solo à dos se habia abierto el de este jóven: solo dos fuerzas, dos pensamientos prensaban y oprimian su alma.

La ambicion y el amor; pero no esa ambicion raquítica y miserable de amontonar riquezas para ser luego perpétuo y esclavo guardian de ellas: no tampoco ese amor lascivo, impuro y grosero que arrastra al hombre en pos de estrepitosas y escandalosas orgias donde le brinda degradante amor, una muger perdida y prostituta.

Nuestro héroe, ambicionaba glorias, triunfos, laureles; quería un tesoro mas positivo, un porvenir que dejase un recuer-

do à las generaciones: y ese porvenir habia de ser labrado por él mismo, no conquistado por el precio vil de la bajeza y el oprobio; sino por su valor, por su heroicidad y por su arrojo.

Desgraciadamente no sabia aun lo que era el mundo: creia, que la paz que goza el corazon en los solitarios y campestres sitios, era la misma de las ciudades.

El amor: otra pasion que le avasallaba, no pudiera nadie en el mundo comprenderle como él. Varias veces habia pasado à Venecia, gran ciudad cuyos contornos dibuja el mar adriático sobre sus flotantes ondas, con la idea de bañar su rostro en el bullicioso murmullo que se levanta sobre las ciudades civilizadas: un secreto presentimiento le arrastraba hácia allí: con imágenes de oro un pincel divino le habia trazado en sus sueños la felicidad desplegando su manto sobre las torres de Venecia. Asi sucedió, una tarde en que el sol poniente hundia su enrojecida frente, entre las herizadas crestas de las vecinas montañas, el jóven doncel pasaba en direccion del muro de un magnífico edificio que

se elevaba à una altura colosal, cuando en una de las corintias ventanas que destellando gusto arquitectónico, se abrian sobre él, vió al través de unos transparentes vidrios que la noche empezaba á oscurecer, un rostro encantador y virginal, uno de aquellos seres que el cielo lanza sobre el mundo para hacer la felicidad y al mismo tiempo el infortunio de los mortales.

Una indescribible simpatía desarrolló su magnético influjo entre estos dos seres: desde aquel instante sus corazones vehementes latieron apresurados con uniformes golpes, sus estimulados ojos comprendieron todo el fuego abrasador de sus pensamientos: se confundieron, se estrellaron en un mismo punto. Sus almas, en fin, apasionadamente se enlazaron con los duros eslabones del amor.

Alfredo (tal era el nombre de este jóven) era la vez primera que amaba: la belleza de Matilde, habia despertado en el fondo de su corazon, el primer vagido de felicidad; el primer ensayo de un nacarado ensueño: la primera dorada ilusion de los sentidos, amaba y aun no sabia lo que era

amor., hallaba su mayor dicha en penetrar en Venecia y contemplan estáticamente aquella ventana entre cuyos vidrios, como la aurora entre las ondas del océano, habia nacido su ventura.

Alberto, que es el anciano con quien Alfredo estaba digresando, bien pronto conoció el estado de inquietud en que éste se hallaba. Algunas noches se aproximaba al lecho de Alfredo y una de ellas oyó distintamente estas entrecortadas frases que se escapaban de sus labios: —*Te amaré eternamente.... Yo adquiriré la gloria.... Liberaré á Venecia del mónstruo que la oprime.*

Asi pasaron dos años de azarosa impaciencia en Alfredo y de oscura incertidumbre en Alberto. Ya era imposible enmascarar por mas tiempo con el velo de la ficcion, la realidad. Ostigado el enamorado jóven por las incesantes preguntas del anciano, y anhelando dar salida á los escondidos sentimientos que se albergaban tumultuosamente en su corazon, á fin de hallar consuelo comunicándolos á otra persona, se decidió á rasgar el manto que le ofuscaba y declarar á Alberto, los mas ín-

timos y escondidos arcanos de su alma.

No sin sorpresa escuchó el anciano los temblorosos acentos de Alfredo, y comprendió entonces las verdaderas causas de las impresiones que generalmente entorpecian y volcanizaban el cérebro del jóven durante reposaba en el lecho. En vano las persuasivas arengas paternas, intentaron arrancar y desvanecer el gérmen fecundo y arraigado que progresivamente sondeaba sus raíces, fertilizadas por el hábito de una pasión primera. Los consejos, y cuanto le sugiriera la larga experiencia que adquiere el hombre en las adversidades de que casi siempre es blanco, fueron desatendidos por Alfredo. El que ama, el que ambiciona, no encuentra barrera que se levante entre él y sus deseos.

Por eso en el momento en que anteriormente le vimos estaban desacordes y las voladoras brisas eran depositarias de las siguientes palabras:

—Alfredo, hijo mio: no desdeñes los consejos de un anciano que despues de haber sido víctima de mil borrascosas tormentas, despues de haber olvidado

lo que un tiempo fué, solo le ha quedado por herencia de sus árduas vicisitudes, el tesoro, la resbaladiza mina que solo llega á esplotarse, cuando la cabeza se tiñe de blanco lino y cuando empieza à flaquear el entendimiento: esta es la esperiencia, don del cielo que nos presenta un prisma en el cual se descomponen todos los rayos deslumbradores que de sí lanza el mundo quedando cada uno de su verdadero color é intensidad. Yo tambien cual tú, he sentido latir un corazon ardiente y vigoroso dentro de este pecho ora frio y sin calor, tambien mi alma se ha visto impelida por los rudos y poderosos embates de las pasiones, pero todo se ha desvanecido, las riquezas huyeron, y el amor ha sido el mas ingrato para mí.

—Me hareis enternecer, vuestras espre-siones de ternura van insensiblemente destilando sobre mi desgarrado corazon un bálsamo consolador y benéfico; pero vos que habeis sido y sois un noble caballero, ¿no veis con indignacion, no escuchais con desenfado los rumores que se avecinan hasta estos sitios y que publican la opresion

en que hoy gime la opulenta Venecia?

— Sí, continuamente lloran mis ojos por las víctimas inmoladas en el ara del capricho. ¿Pero que hemos de hacer? en vano pueden ya mis descarnados é indefensos brazos ejecutar lo que les dicta mi alma; serian infructuosos los esfuerzos de ésta; mas fácil fuera hacer brotar la vegetacion en el seno de una pirámide de resbaladizo y petrificado hielo.

— Pero yo soy jóven y el cielo acaso me destina à ser el salvador, el libertador de Venecia: el cielo acaso, me ha dado fuerzas y ardimiento para salir al encuentro del mónstruo, para retarlo y arrancarle la ominosa garra salpicada con la sangre inocente de los venecianos. Y si muero ¿que importa? un despojo mas irá à hacinarse entre la tierra que sepulta innumerables generaciones; morir en la defensa de sus compatriotas es una gloria, es el mayor premio que puede adquirirse sobre la tierra.

— Ingrato ¿es ese el cariño que ha engentrado en tí el tierno afecto, el paternal cuidado, que desde los primeros instantes

te he consagrado? ¿Yo que te he criado para que sirvieses de apoyo à la ancianidad estéril y yerta que me rodea? ¿cómo imaginara que quisieras morir, como si no existiera en el mundo otro ser que se arrastrará contigo al sepulcro? Deja al ménos que espire.... pocos años pueden ya cruzar por mi lastimada vida; cierra mis ojos, cuando mi lábio trémulo te dé el último adios; y luego entrégate à los vuelos de tu fantasía.

Una làgrima ardiente y abrasadora atravesó por las encendidas mejillas del jóven: y salvando sus lábios, corrió hasta el extremo de la barba y rodó á perderse entre los pliegues numerosos de su arrugada capa.

— Padre mio, exclamó, el cielo es buen testigo de que jamás he sido traidor á la ternura filial: ¿cuál ha sido siempre mi primer deseo al renacer el dia y al ostentar el alba, reina del espacio? Cuando la noche se presentaba seguida de su escolta de resplandecientes estrellas y he partido à reposar en el lecho ¿cual ha sido mi última voluntad? abrazaros y mojar con una làgrima ese ros-

tro, cuyas facciones me están siempre presentes.

—Es verdad Alfredo.

—Sin la reserva importuna que á veces hace sellar el lábio en presencia de la paterna autoridad ¿no os he descubierto todos los sentimientos de mi alma, todas las sensaciones é impulsos que estremecen mi corazón?

—Es verdad.

—En premio de ello, no debeis desear que un rayo de alegría ilumine esta vida estéril y monótona que nos dan el campo y sus solitarios recintos?

—Nada deseo para mi: los placeres no pueden ya dar vida á la llama moribunda y vacilante de mi existencia. Así es que la soledad de estos campos, lejos de entristecerme me lleva al término de mi vida con la calma que lleva el arroyo al atravesar por entre flores, hasta perderse en las ondas del mar. Empero una idea, un pensamiento amarga y desconcierta estos campestres sosiegos, y ese torcedor, esa angustia que me lacera y carcome, no es otra que la de no poder coronar tu

frente, con la pompa y esplendor de un palacio.

—Nunca hubiera partido á Venecia: ¿porqué padre mio no evitásteis mi partida à ese emporio de la belleza? Adriático mar, yo en tus cristales he visto vagar la imagen de la felicidad, y esa misma imàgen siento que se pierda entre el murmullo de tus inconstantes linfas.

Con el mas vivo dolor pronunció Alfredo estos mas bien gemidos que palabras. Sus ojos se habian fijado en el yerboso pavimento que se extendía á sus piés: y confundido, avergonzado con las sábias doctrinas y con la ternura de que Alberto se habia valido para convencerle, no osaba levantar la cabeza. Parecía que un inmenso peso gravitaba sobre ella, ó que una tirante cuerda se oponía á que la erguiese.

Cualquiera hubiera desistido de sus proyectos. Mas Alfredo poseía una de aquellas fuerzas de energía que ni él mismo podía poner freno á las insensatas pasiones que le dominaban. Entre el tráfaço inmenso de contradictorias impresiones que le envolvía y atropellaba, conocía que la reali-

zacion de su plan, aceleraría quizá los pocos momentos de existencia de Alberto. Necesario era disimular y aparentar: concibió la idea de calmar la ecsaltacion de su anciano padre y para alejarle de todas las sospechas que abrumarle pudieran alzó su frente y como dando un adios á los intentos que antes le acosaran, separó con la diestra mano los cabellos que habian venido á oscurecer su frente y lanzándolos detrás de la cabeza, con fingida sonrisa dirigiòse de nuevo á Alberto:

—Vuestras sábias reflexiones, han borrado de mi mente la huella de mi esaltacion y se han calmado aquellas ideas entusiastas de venganza.

—Me resigno à cumplir vuestros deseos, en buen hora oprima el dux á los desgraciados que gimen bajo su despótico yugo, y estienda sus atrevidos vuelos por Venecia, haciendo gravitar sobre sus indefensos hijos el peso de una aristócrata dominacion, no por eso me lanzaré á la refriega, ni en contrastar me obstinaré el mal repartido poder que le otorgan las leyes: aduermase el mónstruo sobre el mon-

ton de apiñados cadáveres que evoca su saña violenta y esterminadora, que tal vez el castigo atroz del remordimiento, reconcentrándose en su alma vil y perjura, le haga experimentar el conjunto de todos los tormentos que su vengadora maldad, ha lanzado sobre los infelices que han sido blanco de sus necios furoros.

Oyó el anciano con la mayor atención los acentos del jóven, y causóle alta admiracion la repentina mudanza de sus ideas. Alegróse, sin embargo, de que su esperiencia hubiera sido sufuciente poderosa para alejar de su imaginacion los pensamientos de venganza, y cómo en justa retribucion de humilde obediencia, tendió Alberto sus cansados brazos y dejàndolos caer sobre el cuello de Alfredo, con sentidas espresiones, le dijo:

—Esa prueba de filial lealtad, te hace acreedor à mi mas grata ternura; y tal vez el cielo, compadecido y satisfecho de tenerte en abandono, te abra un porvenir que ni aun en sueños habràs podido tú figurarte.

—Confusas son vuestras palabras: y no

quiero interrogaros importunamente. Tranquilo está mi corazón y con serenidad recibiré los decretos, propicios ó adversos del Dios de los humanos. Pero vâ á anochecer y ántes de que entremos en nuestro agreste hogar, deseo demandaros una gracia.

—Habla, pues.

—He renunciado á fomentar las eferescencias que tanto incremento van tomando en los ánimos de los venecianos: y sabed que en ello hago un gran sacrificio, pues ver oprimidos á mis compañeros y no poderles ayudar en quebrar sus cadenas, es la mayor afrenta que puede herir mi honor y mi hidalguia: mas vos lo quereis y eso basta.

—Empero si me abstraigo de cooperar á la caída del dux: à lo que me fuera imposible renunciar es, á no volver à ver al àngel de mis ilusiones, ;treinta dias há que la luz de sus ojos no baña mi rostro, y pues ya estais, padre mio, totalmente restablecido de la penosa enfermedad que os aquejó, permitidme partir esta noche, para que mañana el alba me sorprenda

dentro de Venecia. Os lo suplico , porque despues de vos , ella es para mi el mayor tesoro , la mas sublime dicha.

Alberto , fluctuó indeciso , en favorecer la peticion de Alfredo , no fuera que introducido otra vez en Venecia , volviera á tomar pábulo la llama patricia que segun él , se habia sofocado en su alma ; y ecsigiéndole palabra formal de que no se retractara de lo que habia ofrecido , permitiole que durante la calma de la noche se pusiera en camino para que así se cumplieran sus deseos.

En tanto la noche absorviendo el último reflejo del gran luminar , tendia sus pardas sombras por el espacio , estos dos seres interesantes , alzándose del banco de yerba que ocupaban , entraron en su rústica morada.



## La partida.

La noche serena está;  
ni una nube se divisa,  
y en blandos soplos la brisa  
se rebulle en el pensil:

en tanto la luna blanca  
sobre las fuentes rielando,  
va con su luz desplegando  
franjas de nieve y zatir.

**Y**A el dia habia desaparecido: solo una lánguida y descolorida rafaga, se percibia al lado occidental, las nubes vagaban por la serena atmósfera y una calma consoladora y benéfica, se desplegaba sobre las llanuras cultivadas y sobre los peñascos montes. La voz del gon-

dolero , se escuchaba confusamente y el baido de alguna perdida obeja, ó el ladrido de algun vigilante perro, eran los únicos sonidos que poblaban entónces el espacio.

Los elevados árboles que habian brotado al rededor de la casa rústica que habitaba Alfredo y su anciano padre , parecian como inclinados á guarecer con su espeso ramage los frágiles y deleznales muros que cerraban tan pintoresco edificio.

Conducido por un zagal, colocóse un brioso caballo á la puerta de aquella mansion , perfectamente enjaezado , ancho de pechos, de cabeza erguida: y en cuyo elegante córte resaltaba las perfecciones de la naturaleza, despedia fuertes bufidos que resonaba à lo lejos y agitaba airosamente las innumerables crines de su rozagante y poblada cola.

Bien pronto volviéron á parecer Alberto y Alfredo y poniendo este el pié sobre el estrivo sincelado del robusto potro, cambió estos acentos con el anciano:

—La noche con su claridad me protege.

—Bella noche por cierto , hijo mio, el cielo vele por tí hasta tu vuelta.

El jóven despues de haber hecho un gesto de reconocimiento, tomó con la diestra las bridas y clavando las dentadas espuelas en los hijares del caballo, partió este moviendo graciosamente su cabeza, y doblando como à compas sus ferradas manos.

La luna comenzaba à brillar y su luz sombría bañaba amarillentamente al caballo y el ginete, quebrándose en un combexo casco que este llevaba sobre la cabeza y en las escamas de una pavonada armadura que vestía su cuerpo.

Ningun temor abrigaba Alfredo en su corazon, á cualquier otro hubiera impuesto las solitarias campiñas por donde iba atravesando, y el monótono y pavoroso rumor que forman los árboles, cuando mecidos por perdidas brisas rozan sus ramas unas con otras, imitando el gemido de alguno que dejó de ecsistir, pero el temple y carácter de Alfredo, despreocupado y nada supersticioso, era el mejor escudo para no impresionarse de tan vulgares pensamientos.

Inclinado sobre la silla, en cuyos lados asomaban los bruñidos cañones de dos pistolas, se entretenia en contemplar la

sombra del caballo que se dibujaba en el suelo á su izquierda; esta sombra que à veces se pintaba ambulantemente sobre un manchon verde y estendido y otras sobre una capa estensa de menuda y pálida arena, era el punto que mas habia fijado hasta entónces su atencion.

Tres horas transcurrieron, cuando allá á lo lejos como una blanca nube suspendida del firmamento , divisó las torres elevadas y gigantescas de Venecia que se destacaban limpiamente sobre una tinta azul y trasparente que vestia el cielo por aquel confin.

Dejando escapar uno de aquellos gritos que arranca la alegria y en que parece que el corazon se desahoga y descansa de algun peso que le oprimiera ; manifestó Alfredo la sorpresa que le causara la perspectiva de aquella ciudad , guardadora del tesoro que él mas apreciaba sobre la tierra y en prueba de homenaje á tan bello paisage, tirando de la brida detubo su cabalgadura y viendo que le quedaba ya muy corto espacio y que la noche aun no habia llegado à su mitad decidió descansar un momento,

para lo que afianzándose en el estribo izquierdo bajó del caballo.

Delicioso era el sitio en que entonces se encontraba este jóven, multitud de riachuelos incesantemente brillaban por entre la fresca grama, reberberando en sus revoltosas aguas el fulgor de la luna y las florecillas que habian brotado casualmente à su orilla; à vista tan risueña, un pensamiento vago rodó por la imaginacion de Alfredo: el de la felicidad que disfrutara en aquellos solitarios y engalanados recintos, si independiente y emancipado de las frívolas vanidades del mundo, el destino le obligara à habitarlas eternamente acompañado de su hermosa Matilde, à quien cada vez amaba con mas vehemencia.

Acostumbraba llevar consigo, un pequeño laud, que siempre fué cómo el fiél partícipe de sus penas; herido por los encantos y la inspiradora calma de aquella mansion tan bella, afinó el instrumento y fijando entrambos ojos en la ciudad que brillaba clara y visible á los rayos de la luna, moduló con meliflua voz estas estrofas que usurpadas por el pasagero ambiente

llegaron à resonar entre el ramage de los  
árboles y entre los cristales de los arroyos:

Venecia encantadora  
que miro en lontananza,  
iris de mi esperanza  
de mis dichas , fanal.

Desde este vasto campo  
que la luna ilumina,  
tu frente peregrina  
¡ay! llego á saludar.

No ambiciono el tesoro  
que encierras en tu seno,  
que es el oro veneno  
que seca el corazon.

Jamás el mio latiera,  
por tan mísera escoria,  
sí, solo por la gloria  
sus golpes redobló

¡La gloria! arrebatado  
me lanzó en pos de ella,  
quìero ver á mi huella  
magnífico floron.

Con cuyas bellas galas  
de laurel , mirto y rosa,  
ciña la frente hermosa  
del ángel de mi amor.

Calló la voz y los últimos ecos se perdieron entre el murmullo de la noche.

Alfredo, que se habia recostado sobre un haz de resedanes, alzose con lentitud y rejistrando cautelosa y previsoramente las pistolas que llevaba en el arzon de la silla, volvió à montar sobre el caballo, acercóle la espuela é hizole tomar el trote acompañado con que le habia conducido hasta entónces.

No queriendo entrar en Venecia hasta el amanecer para pasar, ántes de ir á la casa de su amigo Arturo, por la calle donde se elevaba el palacio del conde, padre de su adorada; torció la brida al potro obediente y tomando à la izquierda, se internó entre un espeso bosque de olivos y limoneros.

Las hojas de estos arbustos, cogidas y enlazadas unas con otras en forma de colgantes pabellones, tegian una especie de techo espeso, bajo el cual seguia su camino el jóven que, embebecido y absorto en observar los cultos y feraces pratto por donde atravesaba, no cuidò de la senda que seguia.

Un escaso, dudoso y ténue resplandor, empezó á anunciar la desaparicion de la noche: á esta luz vacilante, conoció Alfredo que habia perdido la ruta que intentaba seguir y fatigado de dar rodeos, tomó el partido de dejar suelto al caballo y que éste lo condujera à su discrecion é instinto.

Efectivamente, hai ocasiones en que los brutos tienen mas tino que los racionales, puesto que el caballo de Alfredo, volviendo à hallar la ruta que su amo habia equivocado, lo condujo hasta las puertas de Venecia.

Apénas hubo penetrado en tan bella ciudad, una dulce expansion recibió el alma del jóven: sus ojos brillaban con una luz mas pura, sus facciones recibieron la mas viva animacion, y alzando entrambas manos al cielo, permaneció estático un momento cómo tributándole gracias por haberle avecinado al suelo donde ecsistia su amada: dirigióse despues á la calle donde estaba construido el palacio que poseia tal joya en su centro y como aun estaban cerrados todos los balcones y ventanas que se

abrian en su fachada, contentóse con examinar y contemplar aquellos muros que diariamente verian el semblante de la encantadora Matilde.

Se decidió á volver mas tarde y entre tanto dirijióse á la casa de su amigo Arturo.

Fuera enojoso describir las calles y plazas que atravesó en aquella hora silenciosa, en que solo el chasquido de los cascos del caballo sobre el empedrado, turbaba la calma y sosiego que reinaba en la reina del Adriático; pero baste decir que uno de los sitios por donde pasó, fué la gran plaza de S. Márcos.

Alfredo detúvose un poco y aun cuando hacia solo un mes que estaba ausente de Venecia, contempló con sublime admiracion, la soberbia pilastra istriada que en el centro de la plaza magestuosamente se eleva á proporcionada altura, sirviendo, como pedestal à una magnífica estàtua de S. Márcos de quien tomó su nombre distintivo. Tambien hirió su atencion la imponente y grandiosa perspectiva de que hace alarde el magnífico edificio, conocido bajo la denominacion de palacio ducal.

Nuestro jóven al observar las apuntadas agujas de bronce que le adornan, dejó escapar estas palabras:

—Esas agudas puntas debieran estar coronadas por las cabezas del dux y sus servidores; y fijando luego sus ojos sobre los cuatro grandes leones que hincando sus garras sobre robustas pilastras, tenían la boca abierta para recibir por ellas la correspondencia secreta del dux: volvió á esclamar aunque con voz no tan enérgica como anteriormente:

—¡Ay! quien rastrear pudiera el mas leve de los secretos que habrán pasado por esas desencajadas bocas! ¡cuantos inicuos planes se habrán resbalado por vuestras gargantas! Acaso fuera bastante adivinar cualquiera de tantos arcanos como habrán escuchado vuestras marmòreas orejas, para derrocar el nefando y tiránico poder que ejerce el que tal vez por infundir pavor, os ha colocado à las puertas de su palacio.

Continuó Alfredo y despues de andar cuatro ú cinco calles, llegó por fin à la de *España*; que era donde estaba situada la casa de su amigo: éste casualmente hallà-

base asomado á una de sus ventanas y tan luego como vió aparecer al caballo y al jinete, agitó gozosamente al viento su pañuelo blanco en señal de enhorabuena, y descendiendo con rapidez por las escaleras se lanzó á la calle y corrió al encuentro de su camarada. Al llegar á su lado haciendo un elegante saludo lo victoreó de este modo:

—Saludo al heróico jóven, que viene á unir sus fuerzas con las de sus compañeros para quebrar los grillos y dogales que tuercen nuestras gargantas.

—Adios, querido Arturo, contestó Alfredo, y apeándose del fojoso alazan, y abrazando cordialmente á su amigo contestóle de este modo:

—Si mi corazon arde en deseos de una venganza, es porque vosotros nobles moradores de Venecia, me habeis estimulado con vuestras repetidas pruebas de heróico denuedo y de acendrada nobleza. Si, caros amigos y compañeros, podeis servir de modelo de virtud y de razon á todos cuantos respiran bajo el cielo de Italia, pero baste de arenga: te anuncio que pienso hos-

pedarme unos dias en tu casa y si te he de hablar con franqueza, vengo sumamente fatigado.

—Cuando quieras, Alfredo, podemos entrar.

Condujo Arturo á su amigo, á una habitacion, no mui bien amueblada por cierto; éste que era el aposento del patricio Arturo, tendria escasamente unas seis varas casi en cuadro, y una mesa, en cuya tapa se acumulaban multitud de papeles y algunas contusas sillas completamente descoyuntadas, eran todo el adorno que tenia: habitacion, propiamente de poeta y de campeon de glorias nacionales.

Tomó Alfredo una de las sillas, y apoyándose contra la pared, por temor de no encontrarse pronto en el suelo, se sentó sobre ella, y quitándose el casco y desalojándose de la armadura: entabló una larga y circunstanciada conversacion sobre las vicisitudes de los negocios políticos.

—Con que estais decidido, dijo Arturo.

—Como nunca.

—Y cómo habeis podido ocultar á vuestro anciano padre la idea del peligro

que puede amenazarnos?

—Lo sabe todo.

—¿Y os permitió salir de su cabaña?

—Si á fé, conociendo yo que con la verdad, no lograria venir á reunirme con vosotros, apelé á una mentira bien fraguada, lo convencí de que ya habia desistido de oponerme al poder del dux, y de que si volvía á esta ciudad, seria con el único objeto de ver á Matilde, á quien sabes que tanto amo.

—Bien urdida estuvo la trama.

—Por esa ingeniosa ocurrencia, me tenéis aqui, caro amigo, para coadyuvar como el primero al restablecimiento de nuestros fueros, á la regeneracion de nuestras leyes sociales, torpemente violadas ahora por una mano injusta y alevosa: y últimamente á combatir con todos los viles secuases que adulan con bajeza al poder y les rinden homenaje.

—Esas son las ideas que abrigan todos nuestros compatriotas y si tenemos union y valor, el triunfo será completo.

A la media hora de este diálogo, Arturo salió á hacer algunas diligencias relativas á

sus planes: y Alfredo recostándose holgadamente sobre un catre no muy seguro que allí habia, cerró sus ojos y quedò descansando bajo la influencia de Morfeo.



## El palacio del conde.

De la sonrosada aurora  
al mas trémulo resquicio,  
un magnífico edificio  
alza su orgullosa faz:

y apoyado en el cimiento  
que su alta mole sustenta,  
el trueno no le amedrenta  
ni le asusta el huracan.

**E**L régio sol despedia desde el cenit  
luminosa copia de abrasadores rayos  
y un cielo diáfano y azul, cóncava-  
mente se estendia sobre la encantadora  
Venecia.

Era uno de aquellos dias deliciosos que  
solo pueden gozarse bajo el predilecto suelo

de Italia. Embalsamaban las pasageras brisas, cuantos perfumes pudieran escalar los vergeles de Pafos y Nido, y se elevaba sobre la ciudad una especie de vapor blanquecino que herido por los destellos del sol, hacia flotar en la atmósfera, multitud de vacilantes reflejos, tornasolados de vivísimos colores, presentando una perspectiva sorprendente y agradable.

El Adriático, sosegado y en calma agitaba suavemente al gastado aliento de los vientos calidos del Asia, sus trémulos cristales que brillantados oblicuamente, retrataban en cada una de las ondas la centellante *imágen del sol*, que resbalando por ella se multiplicaba al infinito, destellando tal cantidad de lumbre que parecia aquel rio un golfo de plata fulminante.

Esta hora meridional generalmente es silenciosa en todas las ciudades y no parece sino que la magestad y señorío con que trepa el señor del espacio á la gigante cumbre del cenit, impone pavor à los seres que la contemplan.

Asi sucedia en este momento: las calles de Venecia estaban desiertas y solitarias:

las ventanas y balcones de los edificios cerrados; y reinaba una calma interrumpida algunas veces, ya por el lejano canto de las aves que atravesaban por las vecinas campiñas, ya por la bronca vibracion de alguna campana que girara sobre alguna torre; esta tranquilidad unida á la belleza de la poblacion: al despejado y envidiable cielo que se estendia claro y arrebolado sobre ella, daban à Venecia un aspecto tan encantador, y embelesante que parecia fiel trasunto de aquel perfumado Eden que brindó el Hacedor al primer hombre.

Entre los magníficos edificios que bañaba el astro de la luz, descollaba uno que sobrepujaba à los demas en lujo, en suntuosidad y en arquetónica magnificencia.

Era este el palacio del conde Orfelin, padre de Matilde.

Componiase la gran fachada de este edificio, de cuatro partes.

La mas superior era una banda de cuadrilongas troneras ó mirillas que daban luz á los espaciosos miradores.

La segunda enlazaba ocho ventanas de órden corintio con calados autepechos de

granito y coronadas por un bolado cornizon de graciosas molduras, cuyas cortadas sombras se dibujaban en los vidrios de una puertecita interior.

La tercera destacaba en su centro un formidable balcon, sostenido por seis brazos de mármol admirablemente elaborados; un órden de alabastrinos pilares terminados en una leve corniza de gusto gótico, cerraba el espacio de su área.

La cuarta ó sea la mas inferior, contenia el pórtico de entrada, en esta forma:

Dos anchos pedestales servian de basamento á dos airosas y elegantes cariátides marmóreas, ceñidas en caprichosos giros por unos mantos que llegaban á morir sobre ellos; ambas figuras tenian alzados los desnudos brazos y sostenian un cuerpo arabesco que remataba en una especie de banda esmaltada que recibia un escudo elíptico bastante voluminoso, cuyos cuarteles poseian las armas del conde Orfelin.

Penetremos en su parte interior:

Lo primero que se ofrecia á la vista era un estenso patio esactamente cuadrado; á unas cinco varas de las líneas que le limi-

taban , corrian paralelamente á los muros cuatrohileras de columnas salomónicas que desarrollando sus circulares y progresivas espirales engendraban superiormente cincelados capiteles que sostenian una ancha galeria cerrada de cristales de colores.

Una desahogada y magnífica escalinata conducia à ella, en donde veíanse pendientes de cordones de seda, infinidad de jaulas tejidas de alambres de oro , que aprisionaban con profusa variedad , tropa inmensa de aves cuyos dulcísimos trinos resonaban en los abovedados techos.

Al extremo de este corredor ó galeria se abria una luciente puerta que facilitaba la entrada á un adornado retrete en donde estaba apurado todo el gusto del ornato oriental.

Una especie de moruna alcatifa vestia el pavimento , copiando en su centro los veleidosos vuelos de la sombra que proyectaba una lámpara de cuatro luces que colgaba del artesonado techo. Los muros estaban forrados de lienzos en que con vivas tintas resaltaban pintorescos y campestres paisages. Una ventana de orden dórico da-

ba entrada á la luz del dia y por ella se gozaban las brisas alhagadoras de un balsámico jardin que se estendia á la parte del norte del edificio.

Pero lo que mas hería la atencion, en este bello aposento que parecia erijido para el culto de alguna diosa, era una jóven que muellemente yacia recostada sobre un rico sofá forrado de terciopelo carmesí. El mismo Miguel Angel, de cuyas científicas manos tomaba cuerpo y ser el perfecto ideal: el admirable Murillo cuyo relevante pincel, trazaba el coro de querubes que habita en las regiones celestes, no podria copiar el cúmulo de encantos y hechizos que se atesoraban en aquel portento de inocente candor.

Terminaba su frente ovalada, cuya blancura oscurecia al jazmín y à la azucena, una espesa y atezada madeja negra cómo el ébano que partiéndose en dos, se deslizaba en temblantes y ahuecados bucles que balanceándose al respiro del aura que penetraba por la inmediata ventana, chocaban unos con otros y elásticamente se prolongaban hasta besar sus hombros y

espalda de armiño. Dos ojos negros y expresivos, ricos de luz cómo la estrella que lanza sus rayos desde el norte, embellecían la parte superior de su semblante; sus rulitantes pupilas fluctuaban sobre un iris azul y blanco en cuyo húmedo cristal vagaban reflejadas, dos hileras de aguzadas pestañas que decoraban los encarnados filos de sus párpados.

La rosa de Alejandria, ni el clavel de Corinto, encierran entre sus hojas el granado color de las mejillas de esta jóven, semejaban á una hoja de rosa que se traspantase al fuego de un cuerpo candente que ardiera tras de ella; y esta encendida púrpura, este subidísimo carmin se iban insensiblemente desvaneciendo y entibiando hasta perderse en la tez alabastrina de una garganta, suave cómo la pluma que vaga leve por la ténue capa de invisible aire.

El color de sus lábios no era tan fuerte, una tinta de grana templada los bañaba y cuando una sonrisa los separaba, vendiendo la blancura de sus esmaltados dientes, parecía un rico y grande rubí que criaba en su centro una perla tendida horizontalmente.

El cimbre de una palma, ó el vaiven de un tallo florido, ú otra cualquier comparacion de esas que usan los poetas para pintar la hermosura de un fantástico ser, son muy groseras para identificarlas à la soltura y esbeltez del talle de esta Sílfide, oprimido en este instante por un ancho cinturón de terciopelo negro que serpeando en ondulantes caídas, habia llegado á perderse entre los pliegues de una especie de bata de blanco tul que la vestia; este ligero ropaje, entre un quebrado pliegue que formaba al tocar el pavimento, dejaba al descubierto un pié pequeñísimo que calzaba un enano borceguí encarnado, trenzado con cordones de oro al arranque de una torneada pierna cuya forma ideal, pàlidamente se adivinaba por amoldarse á ella el flotante cendal que la encubria. Todo era bello, todo encantador en aquel ser, en aquella divinidad.

Embebecida se hallaba en los cuadros que le brindaba, seguramente, un libro de terciopelo que oprimia con su mano derecha, mientras que la izquierda servia de apoyo á su cabeza, entónces inclinada.

Sus miradas se fijaban sobre él y en el movimiento de sus facciones, fácilmente se rastreaban las escenas patéticas ó joviales que le regalaban las hojas de aquella obra.

Así en completa abstracción, hubiera visto transcurrir algunas horas, sin que el mas leve disturbio la conmoviera, pero el crujir de una puerta que rodando sobre sus quicios se abría, la hizo salir de aquella aletargadora calma que se habia resbalado por su ser. Separó los ojos del libro y dirigiéndolos á la puerta intermedia vió que el conde Orfelin, su padre y el dux Silviano, presidente entónces de la república entraban en el aposento. Con desden abandonó su libro sobre el combado brazo del sofá y con una sonrisa ficticia, saludó á ambos personages.

El uno de ellos, el padre de Matilde, era un verdadero tipo de austera severidad. El desenfado con que á veces acariciaba sus ya albicantes cabellos y sobre todo la energia de su mirada, manifestaba que su corazón era indolente é impasible y que no habia en el mundo escena por lastimera que fuese, que llegara á ablandar y dulcificar su agrio carácter.

El otro que era el dux Silviano, podría presentarse como perfecto modelo del mas descarriado y monstruoso orgullo.

Su frente hundida hacia resaltar dos cejas que corriendo por la altura de la nariz, se unian en una. Sus ojos parecian querer absorver con sus miradas á todos los vivientes del globo y una sonrisa sarcástica que continuamente nacia y moria entre sus deslustrados lábios, era emblema testificador de la desmedida ambicion que cual astuta sierpe, depositaba todo su mortífero veneno en su aborrecible corazon.

Este orgulloso y tiránico personaje, á la sazón hallábase en estrecha é intima amistad con el conde Orfelin y como era uno de las autoridades que entónces llevaban la balanza de la justicia en aquella ciudad; es de presumir que la palabra del conde sería valedera en la república.

El dux, por casualidad un dia que fué á visitar á su amigo Orfelin, conoció á su hija Matilde y los atractivos de ésta encendieron en su alma, tan brutal pasion que exigió al conde su mano, sin consultar la inclinacion de ella y sin preveer que algun rival

mas afortunado , pudiera oponerse abiertamente á sus designios. Creyóse dueño absoluto de la infelice, jóven , y persuadido de que los consejos ò amenazas del conde triunfarían de la resistencia de Matilde, se presentaba con aire de conquista por vez primera á la vista de la que le inflamàra tan monstruosa pasion.

Sentóse el dux en el sofá al lado de Matilde que azorada no se atrevia á levantar los ojos para mirarle. El conde Orfelin, aprocsimando uno de los sillones que engalanaban esta habitacion se sentó tambien al lado de su hija.

Erasorprendente el contraste de las tres fisonomias de estos personajes: cada una de ellas desenvolvia distintas faces y como las impresiones del corazon se pintan en las del semblante , era fácil arrancar á cada uno de ellos los mas replegados intentos de su alma.

Matilde , tierna jóven inesperta é inocente como la cándida paloma que habitadora en el hojoso nido no se ha lanzado aun al espacio, estaba tímida y cortada y el velo encendido del rubor, habia inflamado su

frente y acelerado el latido de sus pulsantes sienas. Encontrábase entre dos tiranos: entre un padre que jamas le habia prodigado una caricia de ternura y entre un orgulloso y fátuo que pretendia, ó mas bien ecsigia imperiosamente y con altanería la posesion de su cariño.

El conde Orfelin furtivamente miraba á Matilde y con el mas desabrido ceño lanzaba sobre ella todo el devorante fuego de sus amenazadores ojos.

El dux, absorviendo el perfume que daba al aire el rostro de Matilde, se enorgullecia de tanta ventura y tal vez murmuraba entre dientes: será mia: este tesoro me pertenece.

En tanto reinaba el mayor silencio que en breve interrumpió el conde:

—Y bien dux, dijo, que decis de los vagos rumores que ha varios dias circulan en Venecia? se habla de conspiraciones de sociedades secretas, de cómplices, de motines y de cuanto puede fomentar y hacer estallar una revolucion. Sinceramente lo que es yo no doy crédito á las hablillas populares porque conozco, y la esperiencia fre-

cuentemente lo ha acreditado, con patentes pruebas, que el pueblo que enteramente se halla con miras subversivas evita el que se propalen sus planes, y dà el golpe con la seguridad de que sus enemigos no hayan podido delatar sus maquinaciones; por eso repito que estoy tranquilo y aun suponiendo que fuesen reales esas pronosticadoras voces que de boca en boca resuenan; aun cuando el veneciano pueblo, rota la civilizadora cadena que le sujeta, se desbordara y sembrará la destruccion por los ámbitos de este pais, no por eso me abandonará esta calma, esta sangre fria que siempre me acompaña. ¿Que podria ese pueblo hacer contra mí? romperme algun par de cristales ó desmoronar alguna cornisa de este edificio. Sin embargo, sobremanera sentiria que se levantara cualquier tumulto no por mí, que en nada figuro y que estoy abstraído totalmente de los negocios públicos, si por vos, que ocupais hoy el primer puesto en Venecia, y que podriais hallaros gravemente comprometido en cualquier sedicion.

Atentamente escuchó el dux Silviano, las poderosas razones que habian escapado

de los lábios de Orfalin y dirigiéndolo á Matilde, que habia quedado inmóvil; una mirada llena de orgullo y al mismo tiempo de sarcasmo, contestó así al conde:

—Tres años há, que la república veneciana me ha confiado el sillón de su presidencia, y en ese intervalo, no ha habido ni el mas leve riesgo que haya podido amenazarme. El pueblo es una voz que amilana y llena de pavor á todos los que se asientan en la cumbre del poder, pero no es tan bravo como le pintan; además yo le he trazado el carril por donde debe marchar, y os juro por mí fé que marchará. Bastantes víctimas han caído ya al golpe esterminador de la república, y con sangre están teñidas las gradas del tribunal, sí, con sangre que se refresca diariamente, con el jugo que dán las inmóviles víctimas que sentencia.

A bosquejo tan horroroso se estremeció Matilde y un gemido que no fué oído ni por el conde ni por el dux, desahogó su alma de la opresión que le infundiera la desastrosa narración del orgulloso y desalmado dux Silviano.

—Y se ha avezado mi alma, continuó tanto al suministro indispensable del castigo, que veo pasar por delante de mí las víctimas, sin que por eso atropellen mi corazón sus latidos. Es necesario, confesareis, este temple, esta energía para gobernar y decidir sobre la suerte de un pueblo.

—Permitidme que os pregunte, le interrumpió el conde, en qué consiste la república? El vulgo mira esa clase de gobierno bajo el punto de vista siguiente: es decir, una facultad por medio de la cual se rige el pueblo asimismo: pero eso no es exacto, ni aun pudiera serlo; para que el pueblo por sí solo se gobernara era imprescindible que todos sus miembros constituyentes, poseyeran igual poder, dignidad y como difícil fuera ordenar todos los pensamientos de ellos, forzosamente resultaría que habría tantas clases de gobiernos como distintas intenciones en los ciudadanos que la formarían y consolidarían.

—Creedme conde, repuso el dux, la república es un sistema gubernativo ilusorio: es un sistema por el cual captada la voluntad del pueblo, se le gobierna y se le

castiga como en otros países: «*Queremos ser libres*» gritan las amotinadas turbas «*lo seréis*» contesta el gobierno: y todo el quid está en convertir el congreso en tribunal, y trocar la voz de ministros en la de presidentes. Los reyes desaparecen, no debe haberlos en el sistema republicano: pero los reyes obran por lo que deliberan los tribunales; éstos quedan en la república; luego la deducción es bastante obvia.

—Me habeis convencido, dux, dijo el conde, pero yo encuentro la república mas sanguinaria que cualquier otro gobierno.

— Si, lo es en efecto: pero conocéis que cuando el pueblo se ve libre, ó mas claro se creé libre, comete con mas indiscrecion los crímenes: por consiguiente los castigos son mas acelerados: ¡lo que puede una ilusion! cuando el corazon humano llega á persuadirse de que es feliz, aun cuando vea las mayores catástrofes, y mayores suplicios, no se desconcierta; así es que ahora Venecia que se creé dichosa por tener establecida en su centro, la tan aclamada república, no se impresiona ni se conmueve aun cuando sea testigo, como lo es, de los

ejemplares castigos del tribunal.

—Segun eso , siguió el conde; la república ecsiste en el nombre , es uua pantalla de cristal que pinta con falsos colores , uua felicidad que no ecsiste ni puede ecsistir.

—Justamente, contestó el dux, y es ese cristal tan deslumbrador , que los mismos criminales , léjos de esconderse y ocultarse en donde llegar no pudiera la vengadora mano del tribunal; se presentan henchidos del mayor entusiasmo y esperan con fé el fallo del presidente; y sí este los condena al suplicio , marchan con firme pié y embebecidos en que mueren repùblicanamente , dan gracias al creador por el acierto con que el tribunal les ha juzgado.

—Eso es maravilloso , mas yo que no me alucino emitiré mi opinion , si el señor presidente, el dux , no ha de blandir sobre mi la cuchilla justiciaria.

—Hablad conde , no temais ; pronunció con sardónica voz el dux , vos estais esceto de sus iras: los amigos del presidente poseen un talisman , una vara mágica á la cual no se atreven los fallos ni las sentencias. Sí, aquí, francamente lo hablo,

sucede lo mismo que en Francia , Inglaterra , España y en toda la Europa: es decir, que la balanza de la ley suele correrse á voluntad del que la tiene en sus manos ¿me entendéis?

—Si dux , con esos antecedentes me aventuro á deciros , que aun cuando hace cinco años que habito en esta poblacion, no he conseguido habituarme á esa clase de gobierno. Yo deseo un gobierno que vele por los intereses nacionales , y no que sacrifique é inmole á sus hijos que son su riqueza. Un gobierno en que la justicia se repartan proba y equilibradamnete y que se castigue al criminal , aun cuando posea los tesoros del Indo; ante la ley todos iguales; fuera de la ley es imposible colocar ese nivel. El que es dueño de cuantiosas riquezas, porque la voluble fortuna lo ha alhagado desde el momento de nacer, ¿cómo puede compararse con el miserable que víctima de la insensatez de su adversa suerte , se encuentra despojado aun de lo mas ecsigente é imperioso , del alimento en fin? el primero en opíparos banquetes disfrutará de esquisitos manjares , habitará salo-

nes suntuosos, una carroza tirada de enjaezados alazanes, estará á sus órdenes y dormirá durante la noche, muellemente recostado sobre un lecho de pluma: el segundo se encontrará desnudo y sin hogar implorando la clemencia pública ó à fuerza de fatigas y abrumadores trabajos obtendrá un pequeño pedazo de negro pan y subvendrá al hambre con que sus desgraciados hijos luchan. Tal vez si tras esta vida hay otra, como enseña nuestra religion, el pobre, el miserable reciba el premio al martirio que sufriera sobre la tierra y el opulento sea colocado en las últimas gradas del celeste alcázar.

—Asi será, dijo conviniendo en ello el dux, pero demos sesgo à la conversacion: esta señorita, dijo señalando à Matilde, agena á las cuestiones políticas, estará completamente abrumada, y bien sabe el cielo que no me perdonaria jamás el haber sido importuno con una angelical criatura a quien adornan tantos hechizos.

A medida que el dux soltaba estas palabras, ibase conmoviendo Matilde y se veia atraves de su ancha blusa, temblar su ne-

vado pecho en continuas y desiguales ondulaciones. Al fin ostigada por las inocentes miradas de su padre, en cuyo rostro se empezaba à pintar la cólera, desplegando sus lãbios pronunció estas palabras:

— Por mí no renunciéis à la cuestion que se suscita: el mundo va siendo tan indiferente para mí que el mismo placer recibirá mi alma de un modo que de otro.

La contestacion no era muy satisfactoria para Silviano, pero el conde, saliendo rápidamente al encuentro de lo que su hija acababa de pronunciar, dijo con tono entrecortado:

— No estrañeis que Matilde se haya expresado asi: el rubor que à los diez y ocho años tiene toda jóven inocentemente educada como mi hija, no permite dar evasiõ à todos los pensamientos que se anidan en el corazon. Ella ama como ya os lo he dicho, y como obediente y sumisa, solo entregará su mano al que yo le designe.

— Es un tesoro el que poseis, continuó sonriéndose el dux, que tendrá muchos solicitadores: ¡feliz el que llegue à obtenerlo! joya de tanta valia merece los mayores sacrificios.

Levantóse el dux, echando una ojeada rápida á la bella Matilde, cada vez mas inmutada, y esponiendo que los negocios del tribunal ecsigian á aquella hora su presencia, saludó cortesmente á la encantadora jóven, que contestó con una candorosa sonrisa y poniendo su mano entre las del conde se despidió cordialmente de él.

El conde dejó su asiento y siguiéndolo las leyes de la etiqueta social, acompañó á su caro amigo hasta el arranque de la escalinata que conducia al patio, y despues de haberle allí hecho nuevas protestas de su amistad, tornó al retrete donde habia quedado Matilde.

Orfelin sentóse en el mismo sitio que anteriormente ocupaba el dux, y con palabras ya dulces, ya severas le preguntó:

—Matilde, tu has llorado, tus ojos están hinchados y humeda tu mejilla.

Efectivamente, durante la corta ausencia del conde, algunas lágrimas habian rebosado de los cargados ojos de Matilde.

—¿Qué pena roe y destroza tu corazon? continuó Orfelin, cuando una senda de flores se abre á tus ojos, cuando pronto vás á

ser envidiada de las mas poderosas señoras de Venecia, ¿saludas ese porvenir envidiable y alagador con llanto?

—No os comprendo padre mio.

—Oyeme atenta y sigue ese porvenir que te ha trazado mi cariño.

—Ya os escucho.

—Hará dos meses, atravesáhamos el dux Silviano y yo sobre dos briosos caballos, una de esas campiñas que se estien den al norte: y no aprontándose cosa alguna sobre que dirigir nuestra conversacion, recayó esta en tí. Decíame el dux: «Vuestra hija es demasiado jóven, sus ojos aun están velados por la inocencia, y su inesperto corazon puede ser envuelto por la insidiosa trama que le tegiera algun astuto seductor. Además, cuando vuestra existencia toque à su término, ¿qué apoyo, qué escudo contra el embravecido huracan de las funestas pasionos le queda? No se verá entónces cual una endeble barquilla, que acosada por el borrascoso elemento y no teniendo fuerza ni poder para burlar sus amenazantes acechanzas, sucumbe y se sumerge entre sus alteradas y soberbias ondas.

«Y ¿cómo evitar ese riesgo? le pregunté.

«De este modo, continuó el dux, el mar alborotado puede romper y desquiciarse un muro: pero si tras éste se levanta otro, la ola estrépitosamente se estrella en él y retrocede convertida en golfo de frágiles y voladoras espumas. Así pues, si á vuestra muerte, Matilde se encontrase nupcialmente enlazada con algun noble, que le sirviera de protector y esposo, estaba conjurado el peligro. Yo me ofrezco á ser esa áncora de salvacion: mis dignidades, cuanto poseo, pertenecerá á vuestra hija; ya hacia algun tiempo que su belleza me inspiró este afecto, y pues que ahora se me ofrece oportuna ocasion de declararlo, sabedlo conde, yo amo á vuestra hija: ella tal vez no me ame, pero conquistaré su cariño á fuerza de sacrificios y juramentos.»

—Y vos que le contestasteis? preguntó Matilde con eco agitado.

—Le dí mi cabal palabra de que fueras su futura esposa.

No tanto dolor causa el mortífero plomo que el cazador astuto dispara contra el ala de la inocente ave, como impresion

causaron las últimas palabras del conde en el corazón de su hija, que casi desvanecida dejó caer su cabeza sobre sus convulsas manos.

—¿Qué! no le amas? murmuró con sorda voz el alarmado conde.

—Nó, padre mio, contestó súbita y secamente Matilde.

—Acaso amas á otro? volvió á preguntar el conde algo indignado.

—Si me prometeis escucharme sin rigidez, os lo confesaré todo sinceramente.

—Lo ofrezco.

—Os acordais de la corrida de caballos, hecha en Venecia el 18 de Diciembre?

—La recuerdo.

—Recordais tambien quién de los lidiadores era mas ágil, mas opuesto y valiente?

—Un jóven cuyo nombre ignoraban todos los que fueron espectadores de la fiesta, por unánime voto fué el que sobrepujó y descolló sobre los demás: en la carrera, daba alas á su caballo y parecia que un huracan lo arrastraba violentamente: en la lucha sus musculos eran de hierro y no habia poder que le hiciera sucumbir; en la es-

caramuza de lanza el golpe de la suya era inconstable, y para que sobresaliera en todos los juegos, hasta en la cogida de las cintas su velocidad y destreza eran imponderables, y ya que me has hecho recordar ese día, también me acuerdo que la primer cinta que conquistó aquel joven y que era de color verde muy subido, fué consagrada á tí. Ya ves que aunque mi existencia empieza á caducar, no tan fácilmente se borran de mi mente las ideas.

—Fuí privilegiada con la posesion de aquella cinta verde que hubieran envidiado todas las damas de Venecia: las mas de ellas me miraban y sus ojos se escapaban en pos del presente que tenia entre mis manos.

Las espresivas miradas de aquel joven desconocido, su gentil y apuesta presencia, el esfuerzo y energia con que le ví vencer á sus competidores, fascinaron en grado tal mis sentidos que desde entónces solo pienso en él.

Tal vez se hubiera sofocado mi amor, si la ausencia hubiera separado de mi lado á aquel á quien me ligaba la mas estrecha sinpatía: el tiempo con su destruc-

tor influjo habria destruido las recientes y primeras ilusiones que abrigaba mi corazon; pero no fué así; todas las tardes rondaba mis balcones ese jóven, montado sobre un rozagante corcel, y llevando en su cabeza un casco de acero con un flotante penacho, del mismo color de la cinta que me habia entregado en la fiesta de las cañas.

Luego por las noches cuando el universo reposa en silencio, como si durmiera bajo la dura losa de un sepulcro, y cuando la luna parece una lámpara mortuoria colgada en el firmamento, entónces colocado al frente de mis ventanas, regalábame con tierna y espresiva voz acordes trovas, en cuyos sonoros versos me pintaba la sublimidad de su amor.

Maquinalmente y atraída por una poderosa é invencible fuerza, aun antes que preludiaran los ecos de su citara el principio de la cancion, llegaba yo al borde de mi ventana, y aunque nunca me dirijió su acento, nuestras miradas, encontradas incesantemente, á entrambos revelaban nuestros sentimientos.

—Ya me parece adivinar, sagazmente,

dijo el conde, la causa que motiva tu repugnancia á Silviano , y espero que los oportunos consejos de mi boca y sobre todo , tu sana y despejada razon , harán desaparecer la semilla de ese amor sin objeto y sin esperanzas.

—Aun cuando dable no me fuera unir mi vida á la suya, es tal la efusion de mi alma y el entusiasmo de mis sentidos, que me encuentro feliz solo con tener fijo mi pensamiento en él y en la perdida esperanza que alhaga y dulcifica mi situacion precaria.

—Yo tambien he amado y sé hasta donde llega el despótico yugo de una pasion contrariada: tambien he sido jóven y aunque nunca encontré valla que se opusiera á mis deseos , no por eso desconocí que los afectos del corazon pueden disminuirse, cuando el alma se empeña decididamente en quebrantar los lazos que la oprimen y avasallan. No niego que el jóven lidiador sea noble , si se quiere suponer , pero es un personage incógnito y á apostar me atreviera que sucuna no podrá nivelarse ni con mucho á la altura en que te coloca tu alcurnia y alta prosapia; tambien podrá ser opulento y

rico, quien sabe; mas la rara incidencia de que nadie le conozca y ademas la formal palabra que tengo empeñada al dux inclina la balanza á favor de él, y á no ser que seas tu una hija villana é inobediente, tendré por yerno, dentro de pocos dias al presidente de nuestro gobierno.

Con todo, para que no puedas motejarme de ecsigente y arbitrario, te deajo seis dias para que decidas entre estas dos proposiciones: ó entregar tu mano al dux llenándome de satisfacion y gusto, ó prepararte para abandonar mi casa é ir à confinarte en el estrecho y lóbrego recinto de un cláustro.

—El claustró desde ahora.

—No: transcurra primero el plazo y despues tu mismo lábiodecretaráó la entrada en los placeres y suntuosos palacios ó condenarte al cilicio y tristeza que reina entre los muros de un santo monasterio.

Despues de tan efervesciente diálogo el conde desapareció y Matilde, transida de amargura, quedó sumida en un piélagó de reflexiones.



## La decision.

Si es imposible frenar  
los rudos golpes del viento,  
ó arrancar de nacimiento  
monte que se eleva al sol:

asi también imposible  
es á la humana criatura,  
sugetar en su locura  
los embates del amor.

**H**ABIAN transcurrido dos horas desde la entrevista del conde con su hija, y ésta sentada en el mismo sofá, donde la vimos el capítulo anterior, estaba sumergida en el mas revuelto caos de confusiones. Su imaginacion, ecsaltada aun por las ecsigentes palabras de Orfelin, vagaba instablemente, sin poder fijar una idea.

Para calmar la agitación y refrescar su frente que ardía con sofocante intensidad, se asomó à la ventana que se abria á su izquierda y desde donde se descubria á corta distancia, un pintoresco circuito cuya agradable vista disminuiria en algo la ofuscacion y delirio en que estaba sepultada

¿Mas qué objeto se divisa en la esquina inmediata de la calle? ¿no es un elegante doncel que montado sobre un fogoso potro tiene incesantemente clavada la vista en la ventana de una habitacion del palacio? Sí, él es; Alfredo, que al ver á Matilde alzó la diestra, y mostrándole el penacho color verde que se balanceaba sobre el casco, con mudo language le dió á entender estas frases:

—Este es el color de la cinta que te consagré: luego nuestros corazones están en blanda harmonia.

Matilde sorprendida, pues no esperaba encontrar á aquella hora al dulce dueño de su alma, tan cerca de su casa, no sabiendo contestar á las señas del jóven, sacó de su seno la cinta que siempre conser-

vaba allí guardada , y haciéndole agitar, por fuera de la ventana sin duda alegóricamente dió á entender esto:

—Llevo el mismo color que vos , y esto es un anuncio de recíproco interés.

—Recibió Alfredo con el mas vivo alborozo la contraseña de su amada y una sonrisa de ternura plegó sus lábios ; luego, indicando con la mano izquierda el sitio de occidente , como manifestando que al ponerse el sol , volveria á tomar posesion de aquel sitio, dió bridas al caballo y marchando éste sobre el empedrado , desapareció á los cortos instantes.

Matilde permaneció en la ventana , y se entretenia en escuchar el rumor de los cascos del caballo que ya se iba perdiendo en lontananza.

El ambiente alhagador y algo enardecido por los rayos solares , que besaba cariñosamente el rostro de la jóven y la impresion que ésta habia recibido al reconocer á Alfredo, encendieron de tal modo su semblante, que parecia un rojo clavel; sus siénes latian convulsamente y su corazon acelerando sus latidos, queria salirsele del pecho.

Volvióse á sentar , como para tomar reposo contra la lucha que estallaba en su cabeza , pero fué en vano ; sus párpados no podian cerrarse , y el sueño huia de sus brillantes y azoradas pupílas.

Volvió á tomar en sus manos de nácar el libro que leia cuando el dux y el conde la interrumpieron , é intentó distraer su imaginacion de los revueltos vórtices en que se enredaba , repasando las disversas escena de aquella novela: esta lectura , en vez de aquietarla , la desconsertó mas: las hojas de aquel libro parecia que despedian un germinador fuego , que se comunicaba eléctricamente á los ojos de Matilde: cada línea, cada letra la hacian experimentar una emocion grandísima. Esto no tenia nada de estraño: la novela que estaba devorando con su vista , era una de aquellas que mas estimulan y escitan las pasiones, y sus cuadros se identificaban tanto con la realidad que pasaba por la hija del conde, que ésta poseyéndose demasiado de las fabulosas intrigas que leia , llegó á creerse la heroina de aquellos quiméricos sucesos.

No pudo continuar mas y arrojó iras-

ciblemente el libro sobre el sofá.

Recorrió varias veces aquel retrete, y ya se asomaba á la ventana, ya divagaba de un lado á otro, como si bullese en su cérebro alguna dominante idea, algun imperioso pensamiento que la tuviera en constante agitacion.

Mil veces ponía su mano derecha estendida sobre la frente y así permanecía algunos instantes, como si de ese modo quisiera acallar el tumulto de ideas que le asaltaban y entresacar de todas ellas la mas favorecedora á su precaria situacion.

Ultimamente, despues de poner en juego todos los resortes del entendimiento y despues de un mil de cálculos y pensamientos, sacó Matilde de su seno un libro de memoria y arrancando súbitamente una de sus hojas, con un afilado lápiz escribió:

«Tal vez esta determinacion, amigo mio, será causa de que me culpeis de liviana: pero si vos amais cual yo amo, con la sublimidad que habeis despertado en mi corazon, tal vez os arrepentais de vuestro modo de juzgar.

«Ostigada por un irrevocable decreto

de mi padre, dentro de pocos dias seré esposa del dux Silviano, si vos no interponeis vuestros auxilios: quiero daros el último adios antes de encerrarme en un cláustro, mansion que prefiero à dividir mi lecho con el del dux. Estad á las ocho frente á la tapia de estos jardines que mira al sur, y por una puerta que en ella se abre, se os facilitará sigilosamente la entrada para que podais llegar hasta mí. Escuchareis entónces la historia de mi infortunio y sabreis que mi último suspiro, será ecsalado de mi pecho por vos.”

Separó despues la hoja y quedó un momento pensativa y meditabunda, como reflexionando el modo de hacer llegar aquel papel á manos de quien iba dirigido. Todos los criados del palacio eran tan adictos al conde que hubiera sido en vano suplicarles hiciesen aquel pequeño servicio, pues parece que las cualidades desfavorables germinan en todos los corazones. Los servidores del conde eran tales que aun quando se les hubiese ofrecido un monton de oro, hubieran declarado cualquier secreto que se les confiara á su señor.

Con tal pensamiento en la imaginacion, Matilde paseó tres ó cuatro veces la estension de aquel retrete, pensando cual de sus doncellas seria mas fácil de conquistar para encargarle tan pronta y fácil comision. Decidióse en fin por Geolina, jóven cariñosa con quien Matilde tenia sumo prestigio y confianza, y haciendo vibrar una campanilla que se ponía en movimiento por una flexible cinta de seda que caía al lado derecho del sofá, hizo señal á la doncella que bien pronto apareció en la escena.

Geolina, era una jóven, de ojos negros y grandes, de finas y delicadas facciones pero lo que mas llamaba la atencion en ella, era una cintura tan delgada, que á veces parecia que iba á quebrarse; y un pié tan pequeñísimo que habia hecho suspirar á muchos de los ciudadanos de Venecia: vestía un airoso corpiño de terciopelo azul, del que se desprendía una enagua de color bajo en infinidad de pliegues: al tiempo de andar se adivinaba entre ella las deliciosas y perfectas formas que tocaban: era en fin Geolina, un tesoro que diera envidia á sus compañeras.

Matilde nunca habia ecsaminado tanto à Geolina como ahora: el aire de candor de esta criatura, puramente virginal y sobre todo, su inocencia, decidieron à aquella á depositarle su secreto y á darle el nombramiento de mensajera de amantes desgraciados, asi como Mercurio lo era de los dioses.

—Ordenad, lo que gustéis á vuestra sierva, dijo Geolina en el momento de entrar.

—No voy á darte órdenes; te he llamado, le dijo Matilde, para tener contigo una importante conferencia: he vacilado en la eleccion entre todas mis doncellas, pero viendo que tú las superas por las relevantes dotes de virtud que el cielo ha guardado en tu corazon, te he preferido á todas. Siéntate en este sofá y á mi lado.

Geolina, un poco cortada, pues nunca se le habia dispensado la gracia de poder rebullirse en un muelle sofá de terciopelo, tímidamente se sentó y con voz temblorosa dirigió estas palabras á su señora.

—Me doy la enhorabuena por haber despertado en vos, esas ideas de confianza

que me honran y me elevan sobre el nivel de mis compañeras y estoy pronta á escuchar atentamente, cuanto tengais que prevenirme y à cumplir con esactitud vuestros deseos.

—Bien está: voy à hacerte una relacion de mis intentos, con la misma sinceridad que si fueses una hermana mia.

—Vos me colmais de favor.

—Escucha.

—Os escucharé con la mayor atencion.

—Mi padre el conde, acaba de revelarme los proyectos que tenia formados sobre mí: estos se reducen, à que yo dé mi mano à la mayor brevedad al dux, presidente de la república: en vano he intentado alejar ese pensamiento de la cabeza del conde, que obstinado y terco en su resolucion me ha dado à elejir dos sendas: ó la de contraer enlace con el dux, ó ir à encerrarme en un solitario y triste monasterio; esto segundo llevará mi predileccion.

Además, mi tenacidad no fuera tanta, si mi corazon no amara à otro, cuyas eminentes prendas ofuscan en mucho à las de Silviano: en tal concepto, lo que mas atrista

y hace brotar la melancolia en mi alma, no es la soledad que me espera al pisar las frias losas del cláustro, sino la pena desconsoladora de no volver à ver à Alfredo, à quien vehemente adoro: tú solo puedes calmar y mitigar mi dolor.

—Cómo?

—De este modo; al ponerse el sol, montado en un fogoso caballo vendrá Alfredo à situarse en la esquina del edificio que està fronterizo à éste: entónces si tienes valor y si quieres hacerme el último y mas generoso servicio, aprovechando un momento en que el conde esté en sus habitaciones, sales de este palacio, te diriges à donde esté Alfredo y le entregas esta hoja.

Matilde en este momento presentaba á Geolina la hoja que anteriormente le vimos escribir.

—Cumpliria vuestras órdenes francamente, murmuró la doncella, pero bien conoceis el carácter violento de vuestro padre, y si por decreto del àngel del mal me sorprendieran en el acto de favorecer vuestros amores, seria espulsada de esta casa, y ya sabeis.... soy huérfana.... ¿dondemeaco-

geria que no encontrase algun escollo donde se quebrara el fanal de mi virtud é inocencia?

—Si eso es solo lo que coarta tu decision, puedo hacer desaparecer tus dudas. Decidida à enterrarme en vida, de nada pueden servirme ya las alhajas numerosas que poseo; si la desgracia te descubre à los ojos del conde, todas ellas son tuyas y siendo su valor infinito, te servirán de escudo contra las persecuciones de los libertinos: si por el contrario nada se llega à descubrir y sigues habitando dentro del palacio, entónces como prueba de agradecimiento, toma:

Matilde, se quitó de uno de sus dedos una sortija de oro en cuyo centro estaba engastado un magnífico solitario, y la alargó à Geolina.

—Estoy decida; contestó ésta: esta tarde cuidaré de que se realicen vuestros deseos.

—Serás mi àngel de salvacion.

—Ojalà pudiera del mismo modo salvaros de ir al monasterio.

Geolina salió del retrete y Matilde

volvió à quedar sola abismada en cavilaciones: así pues dejémosla en silencio y vámonos detras de la doncellita que tambien es un portento de belleza. El mayor desasosiego se habia apoderado de ella apesar de las brillantes proposiciones que le habia hecho su señora en caso de adversidad.

La inocente jóven nunca se habia visto con el cargo de editora responsable de los artículos comunicados de su ama; y temia que la autoridad del conde, se los denunciara; en grado tal estaba recelosa que aun cuando la hoja cerrada que Matilde le habia entregado la tenia dentro del seno, á cada momento le parecia oír la voz de Orfelin, diciéndole: «así vendes el honor de mi familia» se asombraba hasta de sus pisadas, y hasta su misma sombra creía que era el conde, sorprendiéndola en el acto decisivo.

Cada hora se le antojaba un siglo, hasta que apaciguando sus temores, llegó la tarde y se preparó á egecutar las órdenes de Matilde.

La casualidad de haber salido el conde á visitar á uno de sus acólitos, favore-

cia á Geolina, la que colocada en el pórtico del palacio, no bien hubo esperado algunos minutos, vió asomar un hermoso caballo y sobre él, diestramente montado el jóven consabido. Los criados y demas doncellas que estaban al servicio del conde, se hallaban ocupados en diversas tareas, lo que tambien era oportuno para evitar el que algun mal intencionado, fuera vil delator del secreto.

Geolina, sacudiendo un blanco pañuelo que llevaba en la mano, hizo seña al jóven que sin retardarse un segundo, partió en direccion de ella.

—¿Qué quieres criatura encantadora?

—Entregaros este billete.

—¿Es de tí acaso?

—Es de mi señora Matilde.

Alborozado de placer Alfredo, tomó la hoja cerrada, la estrechó sobre su corazon, y arrimándola mil veces á sus lábios, exclamó:

—Yo te saludo, fortuna, que traes á mi poder noticias del ángel de mis sueños; y á tí, bella doncella, fiel cumplidora de los mandatos de tu ama, á quien le robas

la belleza, un mil de gracias, recibe, en premio del gran servicio que me has hecho.

Dijo, y partió. Geolina siguiólo con la vista hasta perderse, y volvió á entrar en el palacio, contemplando los resplandores del solitario que tenia la sortija que le habia regalado Matilde.



## La entrevista.

Perfuma el ligero ambiente  
 las esencias aromosas,  
 de mil flores deliciosas  
 que crecen en confusion;

y bajo la copa erguida  
 de algun álamo frondoso,  
 un suspiro quereloso  
 suele escucharse de amor.

**Y**A el astro mensajero de la luz, descendiendo à las cárdenas regiones del opaco occidente, habia desaparecido entre el tropel de violados y amarillos celages que brillaban inflamados por su hoguera y la noche desplegaba sobre los edificios de Venecia la sombra de sus melancólicas alas.

No era una de aquellas noches de invierno en que el viento desencadenado, silvando agudamente, amedrenta al que le escucha y en que las estrellas se ven envueltas entre los negros pliegues de estendidas nieblas; muy al contrario, el cielo estaba sereno y entre el manto diáfano y azul que le vestía, resaltaban salpicadamente los vagarosos destellos de mil puntos luminosos.

Suaves perfumes embalsamaban con sus agradables esencias, los soplos de la brisa que moviéndose pausadamente, refrescaba el calor que durante el día se había hecho sentir, y una calma silenciosa reinaba interrumpida únicamente por la canción monótona y cansada de algún gondolero que surcàra el canal, ó por las endechas de algún enamorado doncel, que al compas de su laud, entonaba sus cánticos al pié del edificio de su amada.

La luna, esa deidad misteriosa, cuya presencia solo descubrirse puede à través de la nocturna oscuridad, empezaba à clarear ofuscando con su lánguido destello el vacilante esplendor de las vecinas estrellas. Su ancho disco de plata, resvalándose obli-

cuamente sobre las rizadas ondas del adriático engendraba una especie de cono brillantado, cuya sorprendente perspectiva, hubiera causado asombro y admiración al hombre mas feroz y desalmado.

¿Quièn al levantar la frente durante la noche y al pasear su vista por los remotos límites del horizonte, cortado cual un perfecto fanal; quièn al estender su imaginación por el ejército de estrellas que parapetan cual centinelas del cielo el cóncavo firmamento, despidiendo en su al rededor vivísimos destellos de luz que absorben y fijan nuestra atención, no adivina tras ese velo azul, una mano poderosa y egregia, un espíritu sábio y creador, una divinidad en fin, á cuyo altísimo mandato los astros giran, describiendo anchurosas órbitas y los mares enfrenan sus impetuosas vertientes?

Alfredo, embozado en una replegada capa, con el acero en el cinto y sobre su empuñadora la izquierda mano, rondaba hacia una hora las espesas y denegridas tapias que limitaban en forma pentagonal el jardín, del palacio del conde.

Abríase, como Matilde le habia preve-

nido, una puerta en una de ellas, la que, franqueada por uno de los criados de Matilde á cierta hora, facilitaria la entrada en el interior al jóven Alfredo. Este despues de haber divagado indistintamente; se estacionó, en frente de la tapia y esperó con el mas inesplicable desasosiego que llegase el momento tan anhelado de hablar por vez primera à aquel ángel, á quien amaba con el mas inestinguible ardor.

Cuando fingimos en nuestra imaginacion que fenecido cierto término, ó cierto espacio de tiempo, vamos á llegar al colmo de nuestra felicidad tomando cuerpo y ser las impalpables imágenes que han nutrido tantos dias, nuestro cérebro, es tal la desconfianza que se apodera del corazon, que nos parece imposible que pueda el alma tocar el fantasma que incesantemente ha vagado en torno de ella.

En ese momento de incertidumbre y de zozobra el tiempo parece eterno, las horas se deslizan tan pausadamente que cada una de ellas nos arrebatá una parte de nuestras creencias é ilusiones y una pasagera fiebre, anubla y desconcierta los órganos

del juicio y percepcion.

Tal era el estado de Alfredo , mientras aguardaba impaciente el instante de aquella amorosa entrevista que habria de equilibrar los numerosos dias de amargura y de dolor.

Ya fijaba los ojos en la puerta, que estaba aun cerrada, y el mas leve rumor del ramage de los árboles que balanceaban sus copas al impulso del viento , le parecia ser el de la puerta que giraba sobre sus enmohecidos quicios.

Ya se estendia hasta el extremo de las elevadas è imponentes tãpias , y se aprocsimaba à ellas , como para escuchar si en el interior del jardin , habia alguna persona, algun otro ser que dirigiera sus pisadas por cima del menudo cespèd que entapizaba sus perfumadas calles.

Al fin, despues de transcurrida una hora de continua zozobra y ansiedad, abrieron sigilosamente la puerta de la tãpia , y Alfredo, se vió introducido en un delicioso recinto embalsamado por las embriagadoras esencias que ecsalaban con profusion, la inmensa copia de flores que se alzaban

en aquel sitio, destinado para olvidarse del mundo material, y elevarse á las fantásticas y aéreas regiones, de la mágica idealidad.

Como ligera tabla, que arrojada sobre el mar, se agita en rápidos remolinos cuando la tempestad ruge entre las encrespadas ondas, queda casi inmoble cuando el iris de siete colores en forma de arco se dibuja sobre el azul del cielo, así el corazón de Alfredo que habia estado en continua agitación, acompañó sus latidos, desde que penetró en aquel encantador jardín, que al tibio resplandor de la luna se presentaba como uno de esos bellos paisajes que representa un lienzo, colocado en forma de panorama.

Esta florífera mansión, era donde el padre de Matilde paseaba por las tardes, dando rienda suelta á sus altivos pensamientos. Así es que destellaba por todos sus confines la mas cautivadora perspectiva y el mas cumplido gusto en su disposición.

Seria un pentágono de grandes dimensiones, limitado por una espesa tapiá en

su contorno, coronada de quebrados vidrios que impidiesen el asalto de algun mal hechador que se atreviera durante la noche á poner en práctica algun proyecto de robo.

En el centro se elevaba un senador que consistia en cinco moldurados pilares de alabastro, que servian de sosten à una cúpula calada, de graciosas labores. Por estos pilares se enroscaban los troncos de multitud de plantas sarmentosas que estendiendo sus ramas, atravesaban y entretegian los huecos que quedaban entre los calados del cerramento. Unas baldosas, que parecian barnizadas por el limpio brillo que destellaban, vestian el pavimento, en cuya parte media estaba engastada una fuente de cinco bocas por las que bulliciosamente se atropellaba una encorvada línea de agua que iba á morir en la cabida de un estenso pilon: mil pecesillos de diversos colores cuyas tornasoladas escamas, se trasparentaban al ser heridas por la claridad del astro de la noche, vagaban en diferentes direcciones ya por la superficie del agua, ó ya se sumergian hasta el fondo del marmóreo receptáculo.

Desde este senador á las t́pias aparecian en cuadros de caprichosos cortes, cuantas flores pudo crear la naturaleza. Entre un fragante haz de blancas azucenas, asomaba sus rojizos botones una rama de clavel que acostándose sobre balsámicos lechos de alelies y nardos habia llegado á enlazarse con todas las demas flores. La solitaria y mústia violeta, la encarnada y aromosa rosa, el perfumado jazmin, la diamela, la roja amapola, el resedan, los estimados tulipanes, el significante eliotropo y cuantas galas adornan la guirnalda de Flora, encontrabàense hacinadas en aquel recinto agradable y pintoresco.

Tambien los árboles, florecian en aquel feraz parage y entrelazábanse ya el olmo con las nudosas ramas del nogal; ya el dorado limon, con la poblada higuera tegia como un bosque protector que defendiera en el enojoso estío de los rayos caniculares del sol, y en el desabrido invierno, de los arreciados vientos.

Alfredo contemplaba embebecido la sorprendente variedad que describia el velo á sus ojos, y por momentos aguardaba la

entrevista que habia de hacerle feliz.

Solo el que cual él, haya estado esperando el instante de una cita con una muger á quien nunca se haya dirigido la voz, puede comprender el estado de ecsaltacion y efervescencia en que estaba sumergido su corazon.

Al fin, un leve rumor como de un vestido que rozàra por entre las hojas de las flores, despertó al jóven del sopor en que se empezaba á abismar y abriendo sus languidos y soñolientos ojos, vió á corta distancia un bulto blanco, que semejando à un albo lirio movible, se aprocsimaba lentamente hacia él.

Sin atreverse á lanzar un solo acento, estático permaneció Alfredo, hasta que acercándose lo que el creia una pasagera ilusion, reconoció á Matilde. No mas rápida sale despedida la cortante flecha del encorvado y oprimido arco, que como Alfredo, ciertísimo de que aquella era su adorada, corrió, voló, á humillarse á sus piés, sintiendo tal revolucion en su cérebro que aunque quiso espresar con acento de fuego la ecsaltacion que le devoraba, no pudo

articular ni una voz, porque el mismo regocijo le habia embargado instantaneamente la garganta.

—Alfredo, pronunció Matilde con timidez, solo el interés y la simpatía que el cielo ha desarrollado entre nuestras almas, me hubiera podido impeler á la arriesgada cita que os he dado; pero hay instantes tan amargos en la vida, que vacilando el corazón al resbaladizo borde de un espantoso y tremendo precipicio, se acoge al mas cercano punto que descubre. Dos años hà, desde aquella hora en que con generosa mano, me legasteis la cinta verde que conquistàra vuestro valor, que os amo y tal vez se hubiera estinguido este amor; pero las continuas veces que os he visto atravesar por el pié de mis balcones y los acentos de ternura que desprendidos de vuestro làbio han venido à resonar en mis oidos, han inflamado aquel fuego que aun débilmente ardia, convirtiéndole en abrasadora hoguera.

Alfredo frenético, fuera de sí, creyéndose juguete de un sueño, tomó una de las alabastrinas manos de Matilde que ella misma le abandonó, y estampando en su

cútitis de armiño la huella de sus abrasados  
lábios, así la dijo ébrio de amor y de alegría:

— Matilde mía, si pudierais penetrar en  
el fondo de mi corazón, si vierais cual lace-  
rado está por los tormentos que le han de-  
vorado mientras he estado ausente de vos:  
si hubierais escuchado los gemidos de dolor  
que haciendo huir el sueño constantemente  
ha lanzado mi pecho, os convenceríais de  
este amor infinito, inesplicable, de este  
afecto que no podrían destruir las mas cru-  
das violencias del que intente romperlo.

Desde que os ví por vez primera, no  
sé lo que mi alma siente, pero yo os veo en  
todas partes. Si el alba con su vago esplendor  
ilumina, auyentando la niebla, las  
gramas del tendido campo, yo veo una  
ninfa aérea é ideal que con ágil planta  
marcha sobre las gotas de rocío que visten  
la campestre alfombra y esa ninfa sois vos:  
y si lo noche, desdoblando sus tétricos  
crespones, empañá el azul de los cielos,  
entre esa nebulosa sombra miro vuestra  
ronrisa cual un símbolo de felicidad, y si  
la luna asciende en su plateada carroza á  
su trono de nácar, entre su temblante ra-

yo veo vagar vuestra imágen divina.

¿Cómo pintar pudiera la efusion que aletarga y dulcifica mi corazon, cuando contemplo tan á milado el tesoro mas envidiable de la tierra? imposible, porque este amor es infundido por el Creador y no pueden humanos lábios definirlo: es la llama sutil, tranquila y silenciosa que arde sobre una pira, dando luz à la imágen de *María*; es la atraccion con que la inocente flor se dobla para besar la corriente cristalina que viene á mojarle el tallo; es la íntima union de dos impalpables celages que se unen en el espacio; es el afecto con que se aman dos seres mecidos en una misma cuna.

Sí, Matilde, hermosa mia, mi corazon vá arrebatado por una mano poderosa al vuestro, como van los caudalosos rios, disparados al centro de los mares; como van sorbidas las arenas que visten la humeda playa por las ondas que las bañan; como el ave que al anochecer, precipitadamente corre en busca del hojoso nido; ántes fuera dable, el contar los arenales de la Siria; ántes se apagarà la antorcha vivificante del Sol; ántes el mundo se desplomará en mil

pedazos, que pueda borrarse la imàgen vuestra que grabó el cielo con buril indeleble sobre mi corazon.

—Pero vos, aunque apenado por ese amor, habeis podido solazar vuestros dolores con las rientes escenas de los agrestes sitios: yo, solitaria y triste cual la flor del desierto, vijilada perennemente por un padre severo è incesorable ¿no es razon que mas que vos me querelle al cielo? ¡ah! no, que esa soledad triste y melancólica, la ha embelecido vuestro recuerdo, y mi pensamiento entretenido de ese modo, ha llegado à olvidar sus torturas y pesadumbres.

—¿Habeis pensado en mí? y yo en vos á todas horas, y vuestro nombre pronunciado por mi lábio, lo han llevado en sus alas las brisas del estío y los huracanes del invierno. El brillo de esos ojos, se ha interpuesto siempre entre mí y los objetos que me han rodeado, y los hé visto bañados de esa luz divina y angelical; el sonido de vuestro acento, mas dulce que los acordados conciertos de las aves, ha esparcido sobre mí tan incompresible májia, que cualquier eco perdido, engendrado por el viento, me

ha parecido una palabra vuestra. Así es, que todo cuanto se ostentaba á mis ojos os pertenecía y por eso en este instante en que me encuentro tan cerca de vos, en que una de vuestras manos está en contacto con las mias, en que el perfume que escaláis toda vos, viene cual una atmósfera á acrisolarse en torno mio y á adormirme entre un mar de fragantes esencias, es el mas encantador de mi vida; es la mayor ventura que he visto surcar por los campos de mi fantasia.

—¡Callad Alfredo! cada acento vuestro es un filtro que penetra hasta el fondo de mi corazon, y siento que mi frente cual si una llama germinante la quemàra, se abraza y se enciende; ¿porqué no ha de ser eterno, este momento en que sustraídos del mundo, podemos identificarnos y cambiarnos en un mismo ser? No, esa fuera una dicha completa y la dicha nunca nos tiende sobre la tierra su manto protector. Pronto nos volveremos á separar y este instante venturoso de amor, le veremos confundido y eclipsado entre los pliegues de otra nueva y lastimera separacion.

—¡Separarnos gran Dios! y el lábio

vuestro proferir pudo tan fatídica frase? ¡ah! no me amais como yo os amo; yo he venido para unirne eternamente á vos, para que nuestro solemne juramento de indisoluble amor, escapado de nuestros lábios, subiera hasta el trono del Señor. Escuchadme amor mio: si cuando apenas os conocia, cuando el vibrante metal de vuestra voz no habia aun estremecido mi tímpano, os amaba con frenesí y delirio, figuraos si se habrá acrecentado ese fecundo gérmen de amor, ahora que os puedo ver y admirar dando gracias al Creador por haber hecho nacer sobre la tierra uno de los ángeles que habitan su refulgente alcázar.

Ya es imposible alejarme de vos; nuestros destinos se han unido: mirad, la naturaleza saluda ya á los nuevos esposos: ved esas flores que envidiosas de mi felicidad, se esconden avergonzadas entre las hojas de sus empinados tallos: ved esa luna que parece entibiar su luz por no sonrojarse al mirar vuestro rostro mas bello que su disco: escuchad á lo léjos los confundidos trinos de los apiñados pájaros, y decidme si todo no nos està brindando amor:

amor la noche, amor las aves y amor tambien las pasageras brisas.

—Y bien ¿qué quereis?

—Quiero espirar á vuestro lado: que la muerte callada nos sorprenda mútuamente y que mis cenizas se mezclen con las vuestras en la estrecha cárcel de un sepulcro: que el mundo quedara desierto y errantes peregrinos, pudieramos amarnos eternamente.

—¡Callad! ¡callad!

—¿Me amais?

—¿A qué repetir lo que ya os he dicho?

—¿Sois feliz con mi cariño?

—Lo soy.

—Entónces decidios; partamos de Venecia: Francia nos dará en su seno guarida que nosotros encantaremos con los rayos de nuestra pasion.

—¡Partir!...

—Sí, bien mio: la noche favorece nuestros planes: calladamente nos deslizaremos y saldremos fuera de este jardin, una barca surta en el Adriático, nos recibirá en su centro y entregándonos solo á nuestra felicidad, burlaremos las iras de nuestros opre-

sores. ¿Y qué mas bello que abandonar un pais, que únicamente ha sido testigo del infortunio y correr en pós de otro que acaso nos reservelas horas de felicidad, que airadamente nos usurpaba el primero?

Matilde no sabia en la situacion en que se hallaba: ya no podia ordenar el turbion de ideas que se agolpaba á su mente y con vacilante voz así contestó à las amorosas instancias del apasionado Alfredo:

—Os amo de corazon , amigo mio, pero no puedo acceder à vuestra ecsigencia: abandonar los paternos lares y proscribirme, fuera llamar sobre mí la justa cólera del cielo y la maldicion de mi padre. Esa felicidad que con tan fuertes y subidos colores , habeis pintado , la veriamos palidecer con la sombra de un remordimiento terrible, y acosados constantemente por el torcedor de la conciencia , hallariamos un abismo en vez de un cielo.

—Quedaos ; y ¿cómo evitar el funesto enlace que vuestro padre os prepara? no hay medio de romper esos vínculos; pronto sus amenazas os intimidarán y os harán llegar hasta el ára, donde recibireis por

esposo à un ser despreciado y aborrecido de Venecia ; y despues de enlazadas vuestras suertes, no penseis que vais à ser la duquesa de Silviano , sino la esclava de Silviano ; porque el dux no puede nunca amar, y avesado à decretar suplicios sobre los desdichados hijos del pueblo, no vacilará en atormentar tambien á la esposa que tenga bajo su poder.

Estas reflexiones conmutaron los pensamientos de Matilde; ya temía el volver à entrar en el palacio, y reflexionaba que ostinado su padre en el enlace con el dux, no habrían suplicios ni plegarias que le hicieran doblegar su voluntad, erigiéndose de esa suerte el cimiento de su insoportable desventura.

Un momento de silencio que respetaron las brisas y las aves, se siguió; fenecido el cual, Alfredo con voz resuelta exclamó:

—Y bien, ¿os habeis decidido? mirad, reflexionad que no debemos perder un momento; ¿qué consideracion merece un padre, que ahogando en su alma todos los sentimientos de ternura, se convierte en un tirano inflexible, que se esfuerza, que

se empeña en sacrificar à su ambicion, ó á su capricho, al ser que mas debiera amar... à su hija? ninguna: ni el cielo tampoco pudiera fulminar su venganza sobre nuestra frente, porque marchamos bajo su amparo y proteccion: ¡ay Matilde mia! levantad los ojos á ese cielo que tanto temeis ¿no veis cuán bello es el azul conque ora està revestido? ¿no recibís los templados rayos de ese astro nocturno que baña nuestros semblantes y que se quiebra en nuestras lágrimas? pues ellos son el testigo de nuestra felicidad; ellos aprueban nuestro amor y confirman nuestros juramentos. Venid, hermosa de mi alma, venid à completar mi dicha porque vos sois ya el soplo fugitivo de mi existencia, el espíritu que me dá vida y ser y si os perdiera, si vacilaceis en seguirme pronto el sonido de un tiro de pistola, vendria á anunciaros mi muerte.

Matilde no pudo resistir mas à las vehementes palabras de su amante, y entregándose en brazos del destino, implorando el perdon del cielo, por el desacato que iba à hacer à su padre, exclamó:

—¡Partamos! no tengo ya fuerzas para

contrastar vuestro proyecto de fuga; y si es verdad que el cielo debe proteger á los que se mecieron en la cuna del infortunio, esperemos que su auxilio nos dirija donde quiera que la suerte veleidora nos arroje.

Ya el brazo de Alfredo, rodeaba la delgada cintura de Matilde, y el chasquido de un amante beso, se habia hecho resonar, como emblema de un eterno juramento, y ya estaban ambos apasionados jóvenes cerca de la puerta de la támara, cuando una voz estentórea y ronca, les hizo detener un momento.

—¡Deteneos viles é infames! mi venganza llegará hasta vosotros: gritaba desgarradamente la voz.

Era nada ménos que el conde, que avisado por uno de sus criados, pues nunca falta un traidor que nos venda, penetraba frenético y ciego de rábida en el jardín, y con espada en mano buscaba á los dos perjuros que le hubiesen burlado su perseverante vigilancia.

—Nada temas Matilde, furiosamente murmuró Alfredo, aun cuando el mismo satan, con una escolta endiablada viniera

sobre nosotros, tengo aliento para acuchillarme con ellos.

—Es mi padre, Alfredo, respetad su vida, amigo mio, huid que aun es tiempo y dejad que muera aqui sola esta desdichada.

Entanto, las repetidas y redobladas pisadas se aprocsimaban al sitio en donde estaban los dos amantes, y Alfredo para defenderse únicamente de su agresor, desnudó su acero y lo terció, guareciendó su pecho y el de su amada. La casualidad, hizo que el conde agitando inseguramente su espada, en la oscuridad, pues la luna se habia eclipsado entre un grupo de nubes, viniese à chocar con la de Alfredo.

—Infame; gritó con iracunda voz; así venís à robar el honor de quien es mejor que vos?

—No tengo que daros esplicaciones.

—¡Pues defendéos.!

Un reñido combate á oscuras, tuvieron ambos personajes: Matilde se había perdido en el jardin y no encontrando á Alfredo, temerosa de que por equivocacion viniese algun golpe sobre ella, se deslizó sijilosamente hasta llegar á su habitacion.

Alfredo, defendiéndose de los bruscos ataques del bárbaro viejo, llegó hasta la tápia y corriéndose á lo largo de ella, encontró la puerta por donde había entrado y sin hablar palabra salió, dejando al conde tirando sendas cuchilladas, hasta que conociendo que su lidiador había desaparecido, y profiriendo un cúmulo de coléricas frases, renunció á su venganza y abandonó aquel recinto que tan fatal había sido para la realizacion de sus ambiciosos planes.



## La noche inquieta.

¡Cuán pavorosa es la noche  
cuando algun temor nos hiela  
y el alma triste recela  
blanco de la adversidad:

entónces la mente inquieta  
llega á entrever azorada,  
en cada sombra enlutada  
una vision infernal.

**L**os rayos de la luna herian oblicua-  
mente los pintados cristales del dor-  
mitorio de Matilde, y al melancóli-  
co fulgor de su destello pálido que pene-  
trando por los vidrios, iba á tenderse sobre  
el pavimento se registraba claramente esta  
habitacion.

Un cuadro perfecto daba nacimiento á los cuatro muros que la cerraban, y que angostando y encorvando sus ángulos diédros, hacían que éstos se unieran en lo alto en un solo punto. De modo que el techo era una especie de bóveda cuatrisecada por aristas cóncavas, que saliendo del vértice venía á morir en una especie de zocalon que vestían los muros á una vara de altura.

En el centro de este aposento, veíase un elegante y magnífico catre.

Su figura semejava á una especie de cuna que flotaba en el espacio, pendiente de cuatro anchísimas cintas color de púpura que la sugetaban á otros tantos pilares de ébano admirablemente bruñidos que estaban colocados á proporcionada distancia. Una ninfa aérea, desceñido el manto de oro, descollaba encima, teniendo en su mano derecha una corona, por la que pasaban cuatro bandas transparentes, matizadas de mil adornos, que cayendo en blandas ondulaciones servía de leve y elegante cortinaje al blando lecho de Matilde.

A la izquierda de tan costoso y adornado mueble, hallábase un pilar de alabastro

artísticamente cincelado y que servia de base á una gran concha nacarada; el pié de una figura de marfil que imitaba *un génio* se apoyaba sobre sus bordes. La boca de esta pequeña estátua mecánicamente construida, descubría en el lábio inferior un resorte, que á la mas lijera presion, desprendía un hilo delgadísimo de cristalina agua, que en luciente curva caía sobre la concha, salpicando á veces la colgadura flotante que tan prócsima estaba.

Este aparato, servia de aguamanil á Matilde, y un diáfano espejo elíptico que se engastaba en la pared, copiaba sus gracias, cuando la jóven al despertar llamaba á sus doncellas para que le alisasen sus descompuestos cabellos.

Parecía que el lujo y ostentacion de este aposento, proporcionaría la mas envidiable dicha á la persona que le habitára. ¡Quimérica ilusion que el vulgo admite acaso con insensatéz.!

No son las riquezas las que únicamente pueden brindar la felicidad. Tal vez haya momentos, en que el magnate, el orgulloso procer, el millonario banquero, que continua-

mente regala su vista con el deslumbrante brillo de los hacinados montones de oro, anhelan trocar sus inmensas fortunas por convertirse en el exahusto mendigo que llega á su puerta á implorar un auxilio, una limosna para su alimento.

Cuando el corazon llega á lacerarse con el filtro de alguna pena ó de alguna inaccesible pretension, no bastan á sanarle los tesoros, porque acaso ellos son frecuentemente la barrera impracticable que se levanta entre nosotros y el objeto que ambicionamos poseer.

No desmentirá este aserto la desdichada Matilde, descendiente de una familia de la mas enaltecida gerarquía, heredera de un nombre, cuya nobleza acuartelaba mil geroglíficos en su blason, adulada por la fortuna que le rendia cuantos dones lisonjeros puede crear, y siendo la envidia de todas las damas de Venecia, pues no ecsistia ninguna que pudiéra competir con ella en belleza y perfecciones. ¿No parece que la satisfactoria felicidad, no se alejaría un momento de su alma? Y sin embargo, Matilde era infeliz.... sumamente infortunada....

Miradla en ese aposento que acabamos de describir, débilmente postrada sobre el lecho, envuelta en el mas denso estupor y escaldando con profusion los mas hondos gemidos de melancòlica amargura. No sabia aun si su adorado Alfredo, seria víctima de la terrible venganza de su padre que ciego y rencoroso como la sangrienta hiéna, se habia precipitado sobre él. El choque de los aceros, vagando sobre las ondas del aire, habia llegado á resonar en sus oídos, concibiendo en su corazon el mas recòndito temor, no por el conde á quien conceptuaba fuera de riesgo, siendo su competidor Alfredo, sino por éste último á quien Orfelin abrigaba tanto encono.

Los golpes habian cesado de un todo y el mayor silencio habia sucedido.

Matilde, esperaba de un momento á otro, ver el rostro de su injuriado padre asomar por su aposento, y ya creia ver las infundadas é inconexas reconvenciones con que vendría á calumniarla, acriminándola de perjura y liviana.

Para escusar el tropel de ideas que se agolpaba y amontonaba confusamente en su

cansada imaginacion, cerró sus anegados ojos y procuró dormirse.

Quedó abismado en un profundo sopor que le hizo olvidar la funesta realidad que le amagaba.

Siempre el sueño es la tabla de consuelo de un corazon , náufrago en el insondable golfo de la adversidad , porque mientras reposa el alma entre su blando beleño se mira arrebatada de todo cuanto pueda acibararla y tal vez en ese estado de indiferencia, vé cruzar por su horizonte las ráfagas que se apagan y se oscurecen cuando tornamos á despertar.

Dejemos pues á Matilde , gozar estos instantes pasajeros de calma y mientras no vuelva á desplegar sus ojos , darémos algunas, aunque superficiales noticias del conde Orfelin.

Este personaje que tanto figuraba en la época de nuestra narracion , habia visto la luz por vez primera en la capital de Francia, ó sea en París: sus padres estaban dedicados al comercio y se afaunaban en adquirir y acrecentar sus ya considerables fondos , con objeto de que su hijo no care-

ciese nunca de cuanto pudiera proporcionarle, placeres y ventajas. Prévias estas ideas para el futuro, no se cuidaron de que su descendiente se dedicara á nada mas que á derrochar y malgastar en francachelas los tesoros con que la propicia suerte habia decido favorecerle. Murieron sus padres y quedó absoluto dueño de sus arcas henchidas de oro; jóven, único heredero, y avezado à no quebrantar su capricho jamas, es de presumir los desaciertos y demasías que cometiéra en los primeros meses de su completa libertad. Pero ninguna igualó à la siguiente: Vivía frente à su casa una condesa secsagenaria con muchos pergaminos y ningun metálico. Aquel mónstruo, pues (entre parentesis advertiremos que sus facciones no podrian servir de modelo à ningun escultor ó pintor), algo habia de tener, ó mejor dicho poseer, que fuese bueno. Aquel vestiglo noble, tenia una hija, soltera, cuya belleza era la admiracion de Paris, y en grado tal, que cuando ella se colocaba una guirnalda en derredor de la cabeza, ó dejaba caer en voluptuosos rizos sus cabellos, ó anudaba

sus anchas trenzas, todos los parisienses la imitaban y observaban estrictamente, los adornos que siempre se ponía para generalizar una nueva moda.

El que ahora es conde, que àntes no lo era, como hemos indicado, tenia frente por frente este prodigio, este milagro de hermosura ¡y! cosa muy natural, se enamoró apasionadamente de ella; pero con tal entusiasmo y firmeza, que no hubiera habido poder sobre la tierra, que le hubiese intimado à desistir de sus doradas ilusiones. Conociendo que imposible le era entregar al olvido aquellos ojos negros, aquella boca de coral y aquel talle de Sirena, de tan encantadora niña, sancionó ministerialmente, es decir, por si solo, el gigantesco y colosal proyecto de interiorizarse à merced de la oscuridad de una noche, en la morada donde reposaba el ángel de sus amores. Hízolo tal como lo proyectó; una escala prendida por un gárfio de hierro, presentó un aéreo camino á la ágil y determinada planta del ardiente jóven, que no tardó en hallarse en una habitacion que estaba enteramente á oscuras.

El estrépito que hizo al saltar, encuidó á la recatada madre condesa, y á la modesta y candorosa hija, quienes atropelladamente llegaron hasta donde estaba el intruso pretendiente. Este se arrojó, viendo lo intrincado del lance, á los vetustos pies de la condesa diendo con voz ferviente:

—Perdonadme, señora! podeis descubrir en mi agitado rostro en mis balbucientes palabras y en los descompasados latidos de mi insubordinado corazon, todos los efectos de un amor naciente, pero que se ha desarrollado con la velocidad del rayo, y con la propiedad inflamante de la pólvora. Lo confieso, condesa, en esta casa se encierra el ángel de mis sueños, y figuraos si mi martirio no seria parecido al de Pautalo ¿me comprendeis?

Algo sorprendida la condesa de la declaracion que le hiciera aquel forastero que entraba por las ventanas y no por la puerta, constesto:

—Francamente, desde que enviudé que hará cuarenta años, he hecho juramento infalsificable de no volver á sentir el calor de la antorcha de himeneo; asi es que aun

cuando mi ostensible belleza os haya cautivado, debéis renunciar caballero al proyecto de pretender mi mano.

—Condesa, estais en un error, dijo el jóven.

—¡En un error!

—Y bastante craso.

—Esplicadme.

—Os lo aclararé con una sola pregunta. ¿Por quien pensais que me haya es-  
puesto esta noche á escalar esta habitacion.

—Por mí habrà sido, contestó rapidamente la condesa.

—No tal, replicó su interlocutor, ha sido por vuestra hija, por ese sol cuyos resplandores, han quemado y abrasado mi corazon.

Repugnante fué para la condesa la aclaracion del engaño, pero conocedora de las incalculables riquezas de que era poseedor su fronterizo vecino, consintió en los amores de ambos amartelados jóvenes, quienes á los dos meses de erótico coloquio, se unieron para siempre con las inquebrables cadenas del dios de Knido.

Hubo en Paris quien criticara este en-

lace, à causa del desnivel de fortuna de ambos contrayentes, lo que en nuestro concepto era un soberano absurdo, porque si tesoros poseía él por millones, ella poseía ejecutorias por arrobas, que en aquella época equivalía en Paris al metálico contante.

Un año transcurrió de amor y felicidad continua, cuando con suma y extraordinaria satisfacción del esposo, dió á luz la esposa un niño (es decir, una niña lindísima y paresidísima á su madre). A este primer fruto del árbol conyugal, se le puso por unánime voto el mismo nombre de la que lo habia concebido.

Al dia siguiente, se bautizó entre lujoso y esplendente aparato y se le consignó el precioso nombre de Matilde.

Dos meses contaba la recién nacida, cuando una fulminante aplopejía, sumióla en la horfandad, arrebatando entre cáusticos y brevajes á la condesa madre; con cuyo fallecimiento, encontrose su yerno con el título de conde, llegando á adquirir tal orgullo con su adquisicion, que su carácter cambió de un todo, trocándose de jovial y risueño, en sério y adusto.

Pasó entónces á Venecia, con su esposa é hija, donde aquella volvió à dar á luz, un niño, fresco y lozano como una manzana; con sin igual júbilo celebró el conde la llegada de este nuevo heredero à su título.

Ya el niño tendría cuatro meses, cuando un incidente inesperado, vino à colmar de amargura al conde.

Habiase proyectado por varios personajes venecianos, un paseo en góndolas por el canal que forma el Adriático al atravesar por la ciudad, à cuyo rato de solaz, fué invitado el conde; asistió éste con su esposa, la cual por no estar separada de su hijo, lo llevaba en sus brazos, perfectamente ataviado teniendo la precaucion de ponerle al cuello su retrato por si alguna desgracia, le ponía en peligro, que se supiera à quien pertenecía.

El Adriático, estaba en calma; y las góndolas sorprendentemente engalanadas, con vistosas farolillos de colores, cuya trémula luz se pintaba entre las aguas, divagaban en distintas direcciones por la estension del canal: de pronto, una ráfaga de inesperado viento, apagó todas las luces de

las góndolas y un grito universal de espanto, se dejó resonar en aquel sitio; las góndolas habíanse estrellado unas contra otras, causando gran estrago en las personas que conducian en su centro; los alaridos de socorro y los quejidos de muchas que se ahogaban, formaban un tumulto de voces tan lastimero, que hirieran al alma mas empedernida y mármórea.

El conde en tal confusion , trató de poner en salvo á su muger y á su hijo , y como pudo atravesó sobre los flotantes despojos de las góndolas, pero ni un vestigio pudo encontrar de los objetos que ansiosamente buscaba ; lleno de dolor y tristeza viendo que los tablones sobre que marchaba pronto se sumergirian al fondo, cuidó de ponerse en salvo, y nadando fuertemente ganó la orilla y se encaminó á su palacio.

Al dia siguiente, el cadáver, de la esposa del conde, en union de otros varios, flotaban notablemente sobre las aguas del Adriático; mas el del niño no se encontraba entre ellos.

Con tan rara incidencia , el conde tomó la esperanza de que tal vez alguno por

compasion salvára á su hijo y que tan luego como conociera á quien pertenecía, lo entregaria á su padre: hiciéronse para ello mil averiguaciones, pero todo fué en vano. Ya habian transcurrido tres meses, y Orfelin empezó á olvidar su esperanza.

Ocho años despues, entabló fuertes relaciones con el dux, que fué nombrado presidente de la república y llegó á la época de nuestra narracion.

Enterados de todo esto nuestros lectores, pues es de mucho interés para el desarroyo de nuestra historia, volvamos á Matilde, á quien dejamos profundamente dormida y quien á esta sazón habia despertado, modulando estos entrecortados acentos.

“Que noche tan eterna, que horrible escena ha atravesado por mis ojos durante este sueño fatal: me ha parecido (horrible recuerdo), ver á mi padre en medio del jardín, bañado en su propia sangre derramada por mi causa; sus ojos se habian cerrado, una encorvada ojera sombreaba sus mejillas y la cadavérica figura de la muerte estaba dibujada en sus

facciones, inmuebles y descoloridas.

Con objeto de alejar tan estremeceadoras ideas de su alma, trató de distraerse con alguna cosa; y así como el náufrago que viendo desmoronada y hecha pedazos la tabla que le servía de esquife, pone sus esperanzas en el cielo y en suplicante oracion le demanda su soberano influjo, así Matilde, perdida en el golfo de la adversidad, tomando un devocionario, que siempre guardaba bajo su almohada, lo abrió y prosternándose reverentemente, se puso á orar con el mayor fervor, mas el vibrar de un instrumento sonoro que dejó oirse en la calle, interrumpió su oracion.

Al corto tiempo esta trova hacía huir el silencio de la noche:

Hermosa de las hermosas,  
 cese tu duro quebranto,  
 enjuga el ardiente llanto  
 y mitiga tu dolor:  
 ya que propicia la suerte  
 hoy dándome su influencia,  
 ha salvado la ecsistencia  
 de tu amante trovador.

La noche envuelve à la tierra  
 con su toca de crespones,  
 y los fuertes aquilones  
 depusieron su furor;  
 mientras la brisa flotante  
 en instable movimiento,  
 à ti lleva el tierno acento,  
 de tu amante trovador.

Sumergida en un éxtasis profundo,  
 escuchó Matilde estos melífluos y acor-  
 dados acentos y le parecía reconocer la voz  
 de Alfredo; ostigada por la curiosidad,  
 abrió sigilosamente las puertas de una  
 ventana y asomándose vió en la esqui-  
 na opuesta, un bulto que le fué dable des-  
 cubrir. Apenas se oyó el débil y casi  
 imperceptible ruido que hicieron las puer-  
 tas de cristales al abrirse, volvió la voz  
 à cantar con mas dulzura estas otras  
 cariñosas estrófas.

La lumbre de tus ojos,  
 entre la sombra oscura,  
 disipa la tristura  
 auyentando el dolor:  
 ¡ay! no te aleges nunca

que en esa luz bañado,  
se siente embelesado  
tu amante trovador.

Mañana cuando el alba  
lloviendo perlas bellas  
ayente las estrellas,  
de tí me alejarè;  
mas pronto tan vehemente  
cual hora hermosa mía,  
henchido de alegría  
gozoso tornarè.

Volvió á callar la voz, y Matilde permaneció algunos instantes inmóvil, esperando sin duda que el cantor la regalára nuevos versos: mas fué en vano, porque en toda la noche volvió á escucharse ni una nota de música.

La jóven había reconocido á Alfredo, y ¿cómo olvidar el sonido de aquella voz que tan cerca había resonado en sus oídos?

Separóse de la ventana dejándola abierta, y así como la luna que sale de una nube sombría para encapotarse con otra mas lóbrega y oscura, así la jóven des-



pues del instante de esperanza que resbaló por su alma, durante los ecos de la armoniosa trova, vióse confundida en un nuevo tropel de atribuladores pensamientos.

Entónces, estas perdidas espresiones se escaparon de sus labios.

—Alfredo no ha sido víctima de la furia del conde; y ¿este lo habrá sido de la de su competidor? terrible duda, atroz pensamiento que acibara mi corazon.

¿El ensueño que me sorprendió, mientras reposaba tranquila, y que con tan fúnebres colores me pinta un desastroso cuadro, será acaso el prólogo de una realidad, cuyo desenlace se halla verificado? No puedo desconocer la idea aterradoradora, de que el padre mio haya podido sucumbir en la lucha, me desconcierta demasiado: si me atreviera á salir de esta abitacion y llegar á la del conde, por mis mismos ojos me desengañaría, de si era ó no, un absurdo quimérico el que me está atormentando; pero no me atrevo, el silencio de la noche, la pavorosa galería que tengo que

atravesar y cuyos cristales dibujan sombras fantásticas que parecen evocadas de la eternidad, me asustan; ¡ah! ¿de qué bárbara ilusión estoy sirviendo de juguete? ¿estaré soñando todavía? nó; mis ojos están abiertos, y mis pensamientos están ordenados.

La hora avanzada de la noche, no le permitía hacer señas á una doncella, para que le desnudara: despues de haber desahogado un poco su alma del formidable peso que gravitaba sobre ella, trató de tomar reposo para burlar de ese modo las horas que faltaban hasta el dia.

Con tal determinacion, cerró la ventana que aun estaba abierta y antes de dirigirse al lecho, quiso despojarse de sus vestidos.

Desaparecieron aquellos enroscados bucles enredándose en el resto de la poblada madeja de cabello; aquel talle oprimido é imperceptible, perdió el cordón que le ceñía, y en fin, Matilde á los cortos instantes, desalojada de su ropage, quedó únicamente cubierta por un cenital finísimo, cual escudo á su virginal

pudor; sin embargo, un brazo blanco como la nieve, y suave cual la pluma, una garganta mórvida y rosada: y sobre todo, un seno donde se sustentaban temblorosamente dos copos de espuma, que arrebolándose progresivamente, iban á concluir en un boton de rosa, circundado de un lijero iris de templado azul, burlando la vigilancia del blanco cendal, había quedado al desnudo.

¡Ah! quien arrebatara pudiera, la privilegiada pluma del gefe de los novelistas, para trazar con rásgos incentivos, aquellos vuelos que tomaba el lienzo que cubría à Matilde, aquella voluptuosidad con que vendía á veces el contorno de una naturaleza vírgen y delicada, y que á veces centuplicaba sus pliegues, para ocultar, como buen guardian de la inocencia, el mas envidiable tesoro de la tierra.

Baste decir, que el cuerpo de esta jóven á través del trasparente lienzo que vestía, semejaba una estàtua de escultura griega, envuelta en una gasa finísima, ó una de esas ninfas fabulosas que

levántan sus frentes entre el vapor blanquecino de un azulado río.

Al breve tiempo, ya Matilde estaba recostada sobre el lecho, y el àngel bienhechor de la inocencia, girando entorno de sus sienes, quedó cauteloso vigilante durante el interrumpido sueño de su protegida.





## El consentimiento.

Como la tímida oveja  
que á la voz del lobo airado,  
crespa el vellon erizado  
y se agita en confusion:

así Matilde atraída  
por el paternal despecho,  
siente latir en su pecho  
el trémulo corazón.

**U**N escaso y tibio resplandor que ba-  
ñando el horizonte hácia el lado o-  
riental, se reflejaba sobre el mar co-  
mo un trasparente encage, anunciaba el  
término de la noche.

Las gotas de blanco y globuloso ro-  
cío depositadas en los cálices de las vir-

ginales flores, parecian un cerco de pér-las que bordaban sus humedecidas hojas; en tanto que las aves amontonadas entre las espesos follages de los frondosos álamos, soltando en confusión, inmensa multitud de melodiosos trinos, saludaban en apacibles conciertos que los ecos lejanamente parodiaban, la llegada de la aurora que lanzando al occidente los opacos velos de la noche, se ostentaba cual precursora del nuevo día.

Uno de sus albicantes reflejos, quebrados entre los cristales de colores de una arabesca ventana; se arrastraba por el suelo de la habitación de Matilde, y aprovechando un leve espacio que habia quedado casualmente entre las ligeras bandas ondulantes de su cortinaje, se atrevía osadamente á bañar, el desaliñado rostro de la jóven, dormida todavía.

Su postura en el lecho, era la mas voluptuosa y delicada que trazar pudiera el famoso pincel del Ticiano, ó del Veronés.

Estaba recostada sobre la derecha, y sus cabellos desmelenados se plegaban

y estendian sobre la blanca Holanda de una almohada muelle y suave como la pluma, y era tal el contraste de la blancura de esta, con el atezado de aquellos, que parecian una porcion de finísimas sierpesillas, de bruñido ébano, que se estredecian sobre un pedazo de aterída nieve: su frente y su mejilla no tenían aquella pompa y frescura que ostentaron otras veces, y por sus lábios, teñidos entónces de un color pálido entrecortado con algunas tintas de rojo carmin, vacilaba imperceptiblemente una sonrisa que anunciaba algun ensueño lisongero, que acaso en aquel momento engreía y acariciaba su abrumada imaginacion. Ademas los involuntarios movimientos que se ejecutan durante el sueño, habian descubierto un poco su espalda de marfil y su garganta torneada; y bajo los pliegues de la finísima Holanda que se ceñía á su cuerpo, se contorneaban las delicadas y virginales formas que la naturaleza habia dado á esta Vénus de Médicis.

Ya el sol se empezaba á elevar sobre el horizonte, cuando el sonido de ocho

vibraciones metálicas la despertó.

Incorporóse sobre el lecho, ocultó su espalda y su garganta, vergonzosa tal vez de que el sol la hubiera visto tan al desnudo; y mientras tornando el rostro contemplaba la huella que su mejilla habia estampado en la suave almohada, y se despedía con una lágrima de los encantadores ensueños que habian surcado durante la noche por el campo de su fantasía acalorada, arrodillose reverente sobre el lecho, y uniendo entrambas manos en actitud humilde y remisa, pronunció segun costumbre adquirida desde los mas tiernos años de su infancia, esta oracion matutina con acento tierno y respetuoso.

Oh tú, creador divino,  
Señor de las alturas;  
Hacedor de los orbes,  
que el ancho espacio inundan;  
tú que enciendes la hoguera  
del Sol que nos alumbrá,  
y bañas en la noche  
de tibio albor la luna;  
atiende mis plegarias,

mis súplicas escucha;  
 y ojalá que algun dia  
 desde la helada tumba,  
 vuele á gozar mi alma  
 de tu presencia augusta.

Despues de haber articulado estos religiosos acentos, sacudiendo una ancha cinta de damasco que terminaba en un argollon de metal bruñido, sonó una campanilla revibrante que hizo aparecer en la habitacion una jóven, la que ayudó á vestir á Matilde.

Labó luego su rostro con la adorífera agua que cayera bulliciosamente sobre la concha de nácar, que ya describimos, y sentándose sobre uno de los sillones que adornaban el dormitorio, dió orden á su doncella de que se retirara y la dejase sola. Hizólo así la obediente sierva, pero no bien habría transcurrido un cuarto de hora, cuando volvió á aparecer, anunciando á su ama la venida del conde.

Matilde á quien las horas de tranquilidad que gozó durmiendo, la habian hecho olvidar un tanto los azares de la no-

che anterior , al oír pronunciar el nombre de su padre y al saber que dentro de algunos minutos lo tendría en su presencia, inmutóse toda , volvió á desconcertarse y solo le quedó aliento para decir: «Bien Julia , dile al conde , que puede pasar cuando le plazca á mi dormitorio.»

Julia volvió á desaparecer.

Como el reo que límpia su conciencia de algun crimen , espera turbadamente la sentencia de un orgulloso juez , así quedó Matilde , abatida y llena de la mayor impaciencia é incertidumbre.

Abrióse al leve tiempo una puerta , y haciendo resonar el compas de sus leutos y mesurados pasos , apareció Orfelin , no sin que su presencia causara en su hija infinita turbacion y trastorno.

El duro vestigio de una gran indignacion , se marcaba en todas sus facciones. Apenas reposó su vista sobre su hija afectando dulzura en sus palabras , aproximó otro sillón al lado de Matilde , y se sentó pausadamente sobre él.

Matilde , no se atrevía ni aun á mover su cabeza , estaban paralizadas sus ac-

ciones , y habia quedado inmoble como la inerte roca que corona la montañosa y escarpada cumbre.

—Hija mia , murmuró el conde , despleguemos un tupido velo sobre los acontecimientos de anoche , que por cierto me causaron la mas estraña sorpresa. Yo creia , me engañé sin duda , que una educacion recogida y previsora cual la que te he hecho dar , era la mas segura guia para dirigir el alma por el sendero de la obediencia y de la honradez: pero esos cálculos son muy falibles. Cuando pensaba que mi honor depositado en una hija , cuya aparente virtud habia sido encomiada por todos cuantos la trataron , se encontraria siempre puro é ileso contra los imprevistos ataques de la seducion y la perfidia: cuando fundaba las esperanzas de mi desfalleciente existencia , en que una hija , heredase mi nombre y le llevase límpio y radiante , transfiriéndolo así à mis nietos , una realidad sombría que me avergüenza , me ha hecho ver con su luz fatídica , la mano fatal que empañaba el lampo esplea-

dente de una ilustre casa.

Su hija, balbuciendo y apenas articulando las voces, hizo el descargo de la acriminacion con que el conde injustamente la calumniaba.

—En vano pretendiera ahora arrancar de vuestro corazon, la semilla de desconfianza que el suceso de á noche ha hecho brotar en él; mas como mi silencio corroboraria las inaccesibles sospechas con que me atribuis un delito que no he cometido, escuchad mi descargo, en defensa de mi honor que es el vuestro.

Aunque con rubor, forzada y oprimida por los insinuantes mandatos vuestros, referentes al enlace sacro con el dux, à quien no amo, tomé el desesperado partido de dar el último adios al dueño de mi corazon, antes de sepultarme para siempre entre los solitarios muros de un monasterio. Y para que veais que mis pensamientos no han sido nunca deslustrar el brillo de vuestros blasones: considerad que aislada en un jardin, ostigada por las súplicas de una persona à quien amo, en libertad entònces para seguir los vue-

los de mi capricho, hubiera podido fugarme del sitio lugar paterno, y desaparecer para siempre de esta masion. Además, la entrevista que tuve la imprudencia de ofrecer à Alfredo, en nada ha podido comprometer el honor de la familia, porque ha sido una cita desinteresada, y os juro y protesto por la memoria de mi madre, y por la salvacion de mi malogrado hermano, que estoy inocente, y que mancha alguna puede eclipsar la luz clara de mi reputacion.

El conde contemplando la sencillez y buena fé con que Matilde se expresaba, alejó de su corazon la sospecha degradante y falsa que habia supuesto en su hija; y dando à su voz un tono reconvenicional, y no un imponente acento de severidad y acritud, así contestó á Matilde.

— Bien está; pero con tan sincera confesion has probado únicamente tu inocencia, mas ¿como podràs encubrir con alguna disculpa, la malicia y desacato con que sin consultar ni aun los mas simples principios de la moral, te has atre-

vido á recibir un hombre á solas , y en un sitio desamparado , donde hubieras podido incautamente perder tu porvenir y tu honra?

—¡Ah! en eso solo he delinquido ; no tengo pruebas que refutar puedan esa acusacion ; y si algo puede subsanar esa audacia mia , es la compasion vuestra , y la humildad con que os demando mi perdon.

—Lo tienes concedido.

—¡Oh! ¡qué gozo!

—Pero con una condicion irrecusable.

—Estoy pronta á cumplirla: ¿cual?

—La de dar tu mano al dux.

—Pedidme , agitadamente repuso Matilde , toda la sangre que corre por mis venas: poned en mi cuerpo tortura desde que el sol nace hasta que desaparece , condenadme á un perpétuo cilicio que desconcierte mi ser y desfallezca mis fuerzas , estoy pronta á ello: mas amar al dux , jamás.

—Obstinada estas Matilde , y no comprendo el origen de que ha emanado esa enconada aversion que abrigas en contra de Silviano ; ¿acaso no ha sido siempre

tierno y afectuoso para contigo? ¿no te ha brindado su enjaezada carroza, donde siempre fuiste el ídolo de su cultura y atención? no hay argumentos que puedan derribar, estas verdades.

—Si los hay, replicó Matilde.

—¿Cuales son ellos?

—Los de la naturaleza: hay séres con quien el alma simpatiza desde la vez primera que sus ojos se encuentran con los nuestros, y hay otros que antipatizan de tal modo con nosotros, que se nos hacen insoportables y molestos en grado tal, que hasta su recuerdo nos lastíma y acongoja; en ese caso me encuentro con el dux: no puedo mirarle sin estremecerme y horrorizarme: siempre me parece que sus manos están destilando la sangre de las víctimas que su ministerio le hace inmolar, y que sus ojos están despidiendo los rayos de la justiciera venganza.

—Eso es solo un pasajero capricho; cuando te veas en su palacio siendo la envidia de las venecianas, y cuando todas las miradas se figen en tí para admirar y respetar á la duquesa de Silviano, cambiarás

de dictàmen.

—Y què objeto llevais , padre mio, en este casamiento?

—El de tu felicidad.

—¿Y qué me falta aquí á vuestro lado: este palacio no destella bastante lujo , no sois conde y ese título no me pertenece tambien? entónces para que atormentarse en labrar mi desventura: y que felicidad ecsistir puede contra las emociones naturales, aquí soy feliz , no ambicioso mas.

Los ojos amoratados del conde anunciaban que su sufrimiento tocaba el colmo; así fué que desbordando los diques de ternura, que le habian hasta entónces contrarrestado , prorrumpió en estas frases arbitrarias y dignas solo de un inconsiderado y tirano padre.

—Ya me incomoda la benignidad con que he estado soportando las infundadas extravagancias de una niña alucinada: ya las sùplicas de ternura, se convierten en órdenes irrefragables de paterno poder. Mañana serás esposa del dux Silviano , pese á tu repugnancia.

—¡Ay! exclamó Matilde fuera de sí.

—Ese es mi gusto, lo quiero así, y no tengo que consultar á tu inclinacion; tú me perteneces, porque eres mi hija, y la alhaja que se posee puede darsele el destino que mas le convenga á su propietario.

—Esa es una tiranía y no consentiré....

—Silencio.

—Mueva vuestro corazon siquiera el recuerdo de mi madre, ¿no escuchais sus palabras, cuando os decía tratando de mi porvenir que nunca violentaseis mi voluntad?

—No oigo nada, decididamente contestame, te decides á ser esposa de Silviano.

—No, no puedo.....

El sillón en que estaba sentado el conde, retembló al brusco sacudimiento que se obró en su máquina, al oír la negativa de su hija. Levantóse furioso é iracundo, y asiendo à Matilde barbaramente por la mano derecha, la levantó del sillón en que se hallaba y casi descoyuntándole el brazo, la arrastró hasta la mitad de la habitación.

—Piedad, exclamó, despidiendo un ¡ay! de dolor: me habeis lastimado.

—Aquí estamos solos, no hay testigos de mi crueldad, y he de gozarme en atormentarte y verte padecer con los mas agudos dolores, hasta arrancar de tu lábio ese sí que tanto te obstinas en negar.

—Me vereis ser un emblema de fortaleza y de constancia; ejerceré sobre mí, los mas execrables medios de venganza; despedazadme entre vuestras manos, si teneis entereza y valor para hacerlo, y me vereis luchando con mi destino, conquistar la palma del martirio que luego, despues de mi muerte florecerá en el alcázar de mi dios: mientras vos combatido por los apremiantes torcedores del remordimiento y por la patética voz de la conciencia, habitareis este castillo solo, sin que os importune mi vista pero no vivireis tranquilo, os asustareis de vuestras pisadas, y de noche, cuando todo yace en la mas moribanda y amedrantadora calma, vereis entre esa oscuridad mi descarnado y macilento cuerpo que con sonrisa de hielo os saludará.

Estas palabras fueron pronunciadas con tal energía y con tan vivo sentimiento, que el conde soltando la mano de su hija, no

pudo menos de enjugar una lágrima ardiente y copiosa.

—¿Llorais?

—Sí, lloro, pero no de compasion, lloro de rábia, de desesperacion; ¿para eso nacistes, vil criatura? ¿para eso fueron mis cuidados por inculcarte todas las doctrinas y principios de edificante obediencia y de temor á los mandatos de un padre?

—Confinadme en el centro lóbrego y solitario de un religioso cláustro, y allí seré dichosa, viendo la primavera de mis años marchitarse y convertirse en el invierno de la senectud y de la muerte; en tan seráfica mansion morirán conmigo mis pasiones; y orando continuamente demandaré al Creador vuestra felicidad y la mia.

—¡Un claustro! y la palabra que tengo empeñada con el dux, quién la solventa? me verá despreciado de él, y tal vez la amistad que hasta ahora nos ha estrechado, se trueque en odio y extrema aversion. Mas me doblego al yugo que imponerme quiera tu loco alvedrío: te licencio para ir á un convento, donde no me vuelvas á ver jamás: olvídate de tu padre y si alguna

vez te acuerdas de él , recuerda al mismo tiempo que su lábio te acrimina , y en este instante te maldi....

No concluyó el conde la frase. Matilde azorada , trémula y agitada , cubriendo su rostro con ambas manos , cayó á los pies de su ecsigente padre y con gemidor acento exclamó:

—Cúmplase el rigor del destino: estoy pronta á ser esposa de Silviano: me sacrifico; no quiero ser maldecida por vuestro lábio , que ese terrible anatéma sería un tremendo peso que no podría sostener.

El triunfante conde , alzó á su hija del suelo , la estrechó ficticiamente entre sus brazos y henchido del mas cumplido entusiasmo , estampó un beso en su ya marchita frente.

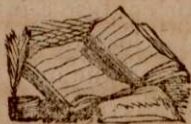
Adios , duquesa de Silviano , irónicamente murmuró despues , y volviendo á prodigarle otro segundo abrazo , desapareció ostentando en su risueño rostro las mayores señales de regocijo y complacencia.

Ya faltaron las fuerzas á la infortunada jóven , y sin poder dar freno á su desesperada imaginacion , en el transcurso de una fie-

bre que le devoraba , articuló estas entrecortadas frases.

—Mañana esposa de un tirano.... hoy maltratada por la ferocidad de un padre incesorable: pronto muerta quizá. ¿Y tú supremo Dios, que desde la altura gobiernas al universo, no te conmueve la terrible espacion que sin haber delinquido, se ha lanzado sobre mí? Obedecer es necesario tus arcanos, pues no hay ciencia sobre la tierra que definirlos pueda ; y acaso estos padecimientos, estas amarguras, sean desbandada tempestad que azotando el bajel de mi vida, lo conduzca en hora de bonanza al dichoso puerto del cielo.

Al ecsalar la última de estas quejas, cayó sobre un sillón y quedó sumida en el mas hondo letargo.



## El baile.

Las gasas vuelan prendidas  
 en los cabellos flotantes,  
 y los tules ondulantes  
 se agitan en derredor:

mientras con blanda armonía  
 dejan las auras pobladas,  
 ya una languida mirada  
 ó ya un suspiro de amor.

**U**N rumor confuso é interminable ha-  
 cía agitar los voladores aires, y no  
 parecía sino que un sordo movimien-  
 to de fuego subterráneo, murmuraba sor-  
 damente, revolviéndose en las hondas y  
 oscuras cavernas de la tierra. Mas ese  
 rumor no era promovido ni desenvuelto

por ninguna causa aménazadora , era únicamente el rotador estrépito de las circulares ruedas , de infinidad de ataviados y pomposos carruages que atravesaban, atropellándose unos y otros con precipitacion, las principales calles y plazas de la reina del Adriático.

Todos llevaban una misma direccion, y era de admirar el clamor de los lacayos que los conducian , disputando el paso á los que se interponian y retardaban la llegada al sitio deseado.

Elegantes carrozas tiradas de fogosos y enjaezados alazanes, cuyas flamantes crines sacudian vigorosamente; ligeros tiros conducidos por un solo caballo; y otra multitud de carruages de distinta construccion, llevando cada uno una señal revelante de la familia que conducia en su centro , estaban en movimiento desde que la metálica campana dió doce vibraciones , señal de la hora en que empezaba un magnífico baile dado por el conde Orfelin en su mismo palacio , en loor y celebridad de los esponsales que habian de verificarse, aquella misma noche , entre su hija y el dux.

Lo mas escogido y principal de Venecia, fué invitado por medio de ostentosos avisos, á asistir á un acto tan solemne y satisfactorio: y las lindas venecianas, apurando todos los resortes de la caprichosa moda, adornáronse lujosa y sorprendentemente, para poder nivelar sus atractivos con los de la que iba á ser esposa. Además no dejaba de tener sus secuaces el dux (aunque justamente era aborrecido de la mayor parte de la poblacion), lo que contribuyó à aumentar la concurrencia y á aglomerar centenares de personas en el diafano y anchuroso salon, que el conde habia hecho engalanar asiáticamente y que, aunque no con perfeccion, describirémos en pasando algunos instantes.

La puerta principal del palacio del conde Orfelin, estaba completamente abierta y una alfombra tosca, aunque de gusto, vestía el pavimento del zaguan, iluminado por cuatro bugías de flameante lumbre, que estaban colocados sobre unos brazos de bronce que salian de ambos muros laterales. Dos pages graciosamente ataviados, en cuya espalda resaltaban ricamente

bordadas de plata las armas de su amo, estaban encargados de recibir los carruages, abrir sus portezuelas y presentar el brazo á las señoras, para hacerles ménos molesta la bajada, entregándolas luego á los elegantes jóvenes que estaban esperándolas al pié de la escalinata; quiénes las acompañaban delicadamente hasta dejarlas colocadas en el salon.

La curiosidad (defecto que tienen los venecianos y todos los moradores del globo) convocó á una innumerable cohorte de los que no habian sido convidados á la fiesta y que estaban amenizando algunos momentos, con el estravagante pasatiempo de ver llegar los carruages. En donde se reune mas de una docena de personas, es imprescindible de que cada una de ellas dé su voto magistral sobre lo que estèn presenciando, así es que un jóven bastante vivaracho que habia conquistado á fuerza de puñadas el mejor puesto, que era el mas vecino á la puerta, y que se distinguía de los demás por un birrete carmesí de color alarmante, cambiaba estas palabras con otro al parecer compañero suyo que tenia á su dere-

cha, y llevaba tambien sobre su cabeza otro birrete del mismo color carmesí aunque algo mas bajo.

—Amigo mio ¿conocéis á la novia?

—No tal ¿y vos?

—Tampoco, pero tengo noticias fidedignas.

—¿Sabeis si es bonita?

—Si á fé; la hija del conde Orfelin, à quien la república debiera haber ejecutado por ambicioso y fátuo, es un tesoro de inasignable precio, pero es tesoro que nadie ha podido ver y admirar.

—¿Porqué?

—Porque el conde siempre la ha tenido en su palacio, y cuando no ha sido así, el carruage que ha llevado en su centro tal divinidad, ha ido herméticamente cerrado con cristales rayados.

—Esa es una injusticia, y ¿qué objeto tendria el conde en oscurecer y ocultar tanto á su hija?

—Tambien puedo decíroslo.

—Hablad:

—El conde estableció empeño en unir la al dux de la república, y para que

ella no se prendara de ningun otro, creyó lo mas oportuno aislarla de todo trato social, y darle por amigas únicamente á sus doncellas de tocador.

—¡Ocurrencia singular!

—Como de un viejo ridículo y raro; y hay mas

—Contadme.

—Os vais á sonreir. Habreis supuesto que la niña solo pensaría en el dux su futuro.

—Si tal.

—Pues os habeis engañado: mientras su padre la ostigaba y escrupulosamente vigilaba dia y noche, primavera y otoño, sobre ella, la inocente criatura á la mitad de la noche abría sigilosamente una de las ventanas de un aposento y arrojaba billetes amorosos á un apuesto doncel que embozado en ancha capa, estaba situado en la opuesta acera.

—Bien hecho: merecia tal engaño el conde, pero si ella amaba á otro, ¿cómo es que consiente en renunciar para siempre á esa pasion?

—Eso es original, se cree que las a-

menazas del conde hayan triunfado de la candorosa inocencia de su hija: pero un corazón que llega á apasionarse, muy tarde olvida, francamente os lo digo, amigo mio, si yo fuera el dux renunciaría á la boda.

—Porqué causa?

—Por que me atrevo á pronosticar que no ván á ser muy felices. Además les dotes personales del dux, que ya frisa en los cuarenta años, no son nada al propósito para alucinar el juvenil corazón de una niña de diez y ocho. Es imposible que esté enamorada: pero nada de eso nos importa. Mirad que bonito cupé se acerca.

Miéntras estos dos personajes en voz baja, discutian sobre el enlace de Matilde con el dux, en un grupo que se habiá reunido en la mitad de la calle, confundidamente se escuchaban estas otras voces, de un todo diversas.

—Lo sé todo.

—Revelad pues lo que sabeis.

—Agrupaos en torno mio, pero podrán sospechar....

—Fuera pavor, que ya tenemos impaciencia.

—Pues escuchad.

—Sabeis quién es el novio?

—El dux, eso lo sabe todo el mundo.

—Bien: ahora voy á decir lo que he podido averiguar; se cree que algunos descontentos, tienen la intencion de poner en práctica una formidable y espantosa venganza sobre el presidente de la república: un jóven de esbelta figura, que habita fuera de Venecia en una casa de campo, parece que es el elegido para acaudillar á los amotinados: el dia de la sedicion, es mañana al amanecer. De modo que el dux vá á tener una tornaboda estrèpitosa y si consuman el atroz proyecto de venganza...

—Continuad.

—Quieren nada ménos que incendiar el palacio del dux, y que este muera asfiado por el humo en el momento de despertar.

—Tremenda audacia.

—El mismo dux es el primer motor.

—Es muy sanguinario.

—Nos está dando opresion por libertad, monarquía por república.

Las suaves y melodiosas vibraciones de la orquesta que preludiaba abrir sus armoniosas alas, acallaron el rumor que empezaba á levantarse, y un silencio sepulcral invadió la calle.

Todos alzaron sus cabezas y fijando los ojos en el resplandor que refractaban los numerosos y límpidos cristales de los balcones y ventanage, quedaron como sumidos en una profunda atencion.

Dejémoslos así, y ya es hora de que penetremos en el inmenso salon de baile.

Este era la mejor habitacion del palacio y su longitud y anchura eran extraordinarias. Una alfombra tegida de oro, y estambres de seda, forraba el pavimento hasta la base de un alto zocalon de jaspe que corría á una vara de altura todo el perímetro del salon. Una tanda de espejos de lujo oriental, hermooseaban y enriquecian las vestidas paredes de terciopelo carmesí, y en sus azogadas lunas se multiplicaban al infinito todos los objetos que se reflejaban en ella: unos pabellones, prendidos con cordones de oro á unas manos del mismo metal que asomaban por en-

cima caían en mil ondulaciones sobre sus marcos elípticos, haciendo singular contraste, su color azul con el rojo subido del carmesí.

Entre cada espejo: se destacaba una figura de escultura griega bronceada, que en oblicua posición, y levemente inclinada, levantaba entrambas manos con las que oprimía un rico florón también de bronce, del que por ocho cinceladas cadenas, colgaba una enorme lámpara con cinco á manera de salientes candelabros, de los que se levantaban cinco elásticas y blancas antorchas, cuya luz vivísima y despejada, mantenía en tal estado de diafanidad al salón, que parecía que el sol no se había ocultado aun.

Numerosísima concurrencia divagaba por él, y al lánguido compás de la sonora orquesta, los elegantes jóvenes, tomando voluptuosamente entre sus brazos la delgada cintura de una de aquellas encantadoras hijas de Venecia, danzaban ágilmente entre la confusión, dejando escapar alguna frase erótica que era interpretada y contestada por su pareja.

Difícil fuera dar una esacta descrip-

cion del lujo y pompa que en aquella noche habian desplegado las venecianas.

El fulgor de las encendidas lámparas culebreaba instantaneamente por la multitud de perlas, topacios y brillantes, que decoraban ya en forma de collares, ya cual aureólas que ceñian la frente, ya cual ramos ó broches, los hechizos y gracias naturales que el cielo ha legado á la muger.

Era de estrañar, empero, que el conde Orfelín, Matilde y el dux, no estuviese: en el salon y eso que ya era hora algo avanzada empezaba ya á correr ciertas improvisadas murmuraciones por los concurrentes, cuando con gran sorpresa, que hizo agolpar á todos á una de las puertas, vieron llegar á los tres personages sobre quien habia empezado á caer la afilada cuchilla de la crítica.

Venian en la situacion siguiente.

Matilde, pálida como la flor del desierto, lívidos y empañados sus ojos, apoyábase en el brazo de su padre. Parecía una diosa, apesar de que la amargura y la angustia habia lastimado en algo la sublimidad de sus perfectos y virginales contornos.

El dux Silviano , venía à su derecha, ricamente ataviado y ostentando una grandeza que hizo escitar alguna envidia en los que le estaban contemplando.

Apénas penetraron en el salon , se cruzaron las mas cordiales protestas de felicidad y los mas ideales pronósticos y vaticinios de deliciosa ventura sobre el dux ; al mismo tiempo que las galanterías y las delicadas flores , hicieron enrojecer las pálidas mejillas de Matilde, que se afanaba en ocultar su rostro macerado por el dolor , entre los pliegues de un velo sutil que sin duda las hadas prendieron en su cabeza: tal era la esbeltez con que caia sobre la espalda de la jóven.

El dux , que si bien tenía corazon para fallar diez sentencias de muerte en una hora , no poseía ni un leve destello de talento para espresar la satisfaccion que en aquel momento le embargaba el corazon, permaneci6 taciturno hasta que el conde, dirigiendo una mirada general sobre los que le habian favorecido aquella noche, y haciendo rodar por su labio una indeterminada sonrisa , en language de alocucion

pronunció estas palabras:

—Señores: en vano pudiera esplanar las gratas sensaciones de mi alma: en vano hallaría acentos que patentizaran la suave y arrobadora efusion que me enagena; al ver que esta noche mi casa se halla honrada con lo mas florido y bello de Venecia: pero ya que nunca pueda recompensar la benévola ilustracion que hoy se ha usado con migo, sea prueba inequívoca de mi entusiasmo, el juramento indisoluble de conservar eternamente grabado en mi alma, el recuerdo de esta noche.

Si mi hija Matilde, conquista la ventura de que el dux le entregue su mano, no menos satisfaccion y orgullo engendra en mí, la delicadeza y atencion con que los hijos de Venecia se han apresurado á ser testigos de un acto tan solemne.

Apenas estos acentos resonaron en los ámbitos del salon, un sordo murmullo reveló la aprobacion.

Continuó el baile hasta que se oyeron dos vibraciones metálicas, mensageras de la hora en cuyo momento iba á empezar la ceremonia de los esponsales.

La orquesta quedó en silencio y el dux Matilde y el conde, atravesando la gran galería de cristales, se dirigieron al oratorio, en donde estaba el sacerdote prócsimo á unir aquellas dos almas con la cadena de himeneo, y el notario prócsimo á cobrar lo mas pronto posible el valor del contrato nupcial.

La concurrencia que henchía el magnífico salon, fuè poco à poco tomando posesion de la galería, en cuya traslacion era de ver ya un amante que aprovechando la confusion, podría llegar à su Filis y con silenciosa voz pedirle una cita para la noche siguiente, ya un marido que vièndose libre de su cara esposa, que habia quedado sentada en el salon, con todo desahogo fingiéndose soltero, hacia una ó siete declaraciones amorosas á un mismo tiempo.

En fin una peripecia notable resaltaba en todos los semblantes, y todos se agolpaban á la puerta del oratorio, à curiosear y espiar el mas leve movimiento, la mas insignificante accion de la bella Matilde.

¡Que trastorno! ¡qué transfiguracion tan espantosa padecia en este momento el ros-

tro de la jóven! sus ojos querian saltar de sus órbitas, su frente estaba seca y enjuta como la hoja que el viento azota y quema; y su lábio habia perdido el vívido carmin, cambiándose en un color amarillo como el de un cãdaver. Su corazon, sobre todo se veia oprimido por todos los funestos torcedores que evocar pudiera el àngel del mal, de las horribles regiones del averno, y su mano se adheria incesantemente à su pecho como para evitar que su corazon quebrantando su càrcel saltara hecho pedazos.

Faltaban solo algunos minutos para ser del dux; para tener que lanzar al olvido su primer vislumbre de felicidad y entregarse en brazos de un hombre à quien aborrecía. Este pensamiento terrible, esta imperiosa idea desquiciaba y atormentaba toda la màquina de Matilde: la hacia estremecer, como si una mano de hierro bàrbaramente la despedazara. ¡Qué porvenir tan nebuloso y triste se estendia à sus ojos! ¿y ella misma habia de pronunciar su sentencia, haciendo traicion à los juramentos consagrados à Alfredo? ¿ella con sus mis-

mas manos habia de labrar el cimiento inespugnable y fuertísimo de su eterna desventura é infortunio.

Con trémula mano, firmó Matilde el contrato arrojando luego la pluma fatal, como si le hubiese abrasado la mano. También firmó el triunfante dux y ya solo faltaba la última ceremonia para quedar eternamente enlazados.

Iba a procederse à ella, y ya el sacerdote tenia alzada la diestra para bendecir à los esposos, cuando súbitamente, como el silvo del viento que murmura perdido entre la maleza del enramado bosque, resonó un rumor. Un embozado en cuya cabeza brillaba un casco de acero y cuyo semblante estaba oculto por la vicera de aquel, atravesó rápidamente el ancho patio: trepó con la velocidad del rayo los tres tramos de la escalinata y se precipitó sobre la inmensa multitud que ocupaba la galería; y como el herido tigre que rompe frenético cuantos ramales se interponen à su carrera; así rompiendo airadamente por entre las apiñadas gentes, llegó hasta el oratorio.

Esta aparicion repentina, heló y pas-

inó completamente al dux y al conde, que se quedaron estupefactos è inmóbles como dos estàtuas de màrmol.

El encubierto cogió bruscamente la mano del sacerdote , la bajó y acercandóse á Matilde, y alzando la vicera un momento para que solo ella le conociera , dijo con colérica voz:

—¿Me conoceis?

—Un grito de dolor ecsalaron en el instante los amaratados labios de Matilde.

El embozado cogió toscamente su mano temblorosa y con balbuciente voz esclamó señalándo el altar:

—Ese ara nos separa por siempre, y la que como vos es perjura à un juramento pronunciado ante el cielo , no puede hallar perdon de su crímen. No pudo continuar; las làgrimas que corrian abundantes de sus llorosos ojos , filtrando la acerada vicera bañaban el vestido de Matilde que con un lienzo en los ojos , procuraba esquivar las miradas vengadoras del que era entónces su verdadero juez.

—¿Quién sois para trastornarnos locamente? dijóle azorado el dux.

—Quien puede vengar un agravio hecho en su honor, quien os castigara en este instante si tuviera en su mano un mal acero: quien os aborrece y os execra mortalmente: en fin, quien considerándose muy alto para bajarse á vos vil administrador de la república, se sonrojaria de bañar su acero en vuestra sangre, y como vindicacion de su ofensa, se venga en despreciaros: y desistid dux, del arbitrario enlace que proyectais con Matilde, porque ella me pertenece y ¡ay! del que se atreva à arrebatarme tan rico tesoro. Reparad que un abismo se abre á vuestras plantas y que vuestro fatal enlace será la mano de hierro que os precipite en él.

Dijo, y embozándose en la plegada capa que pendía de sus distantes hombros, desapareció con la rapidez de la ecalacion, volvió à descender la escalinata atropellando à un caduco portero que intentó oponerse á su retirada.

Volvió entónces el conde del éstasis en que le habia abismado el incidente y saliendo del oratorio, empezó á dar voces detonantes que resonaron en todos los qui-

cios del palacio.

—Que detengan à ese hombre , que lo traigan á mi presencia y que se justifique de la insolencia con que ha vejado la casa mas respetable de Venecia.

A voces tan escéntricas , se reuniéron todos los criados y lacayos y bajaron empujándose unos à otros , para prender al desconocido en nombre del dux , pero todo fué inútil: el que buscaban habia desaparecido y ni aun su sombra se veia en toda la longitud de la calle.

Entre tanto la gente , es decir, la concurrencia se dividió en grupos de diversos matices.

Unos demandaban la causa de aquel, y abrumaban à los demás con una cáfila de incoherentes preguntas.

Otros se condolian del dux , y decian: tan cerca como ya estaba el momento mas dichoso de su vida ¡bah! es incomprendible.

Y las alternativas voces de

—Es original.

—Es un caso ignoto.

—¿Quién seria el embozado?

—¡Que desgracia!

Bullian sin cesar por el salon y por la galería, no faltando allí algun pusilánime y supersticioso que atribuyera el lance al influjo de algun espíritu maléfico que hubiera ido á inficionarlo con su contagioso aliento.

Sin embargo, una decision animaba à todos, y esta era visto el interregno que se habia proclamado contra la boda, el ir defilando, haciendo antes al conde una esacta relacion de lo mucho que habian sentido el adverso acontecimiento.

Así se fueron deslizando insensiblemente y ¡lo que son las cosas humanas! aquel espacioso salon que hubiera necesitado triplicarse para dejar desahogo á la concurrencia, aquella galería que se vió maciza y agoviada al peso de infinitas personas, quedaron uno y otra al breve tiempo en el mas completo abandono y en la mas imponente y triste soledad.

Quedáronse solos Matilde, el conde y el dux: éste último, colérico y jurando con blasfemante lábio buscar aun cuando se escondiera en las entrañas de la tierra, al inícuo que impunemente habia osado insultar.

tarle y vejarle , mandó preparar su carruage y despidiose àgriamente del conde, dejando el palacio de Orfelin y trasladándose al suyo, para allí dar riendas sueltas á la furia que estallaba en su corazon, y tomar disposiciones para descubrir la guarida del que él llamaba *infáme y vil*.

Aturdido estaba aun el conde: le parecia á veces que todo habia sido un sueño, una farsa quimérica que habia resbalado por sus ojos , y aun cuando la realidad le ostentaba lo contrario , hallaba repugnancia en dar crédito á una estéril verdad, que destruia los planes que nutridose habian tanto tiempo en su imaginacion.

Envuelta su cabeza en un vertiginoso torbellino de encontradas ideas, partió á su habitacion con objeto de que el sueño al cerrar sus pupílas, le alejase aquel fantasma de maldicion, que con mano gigante le habia usurpado y convertido en ceniza todos sus tenaces proyectos.

Antes ordenó á las dencellas de Matilde , que estaba aun desmayada y caída sobre el pavimento del oratorio, que la condujesen prontamente á su lecho.

Así lo hicieron aquellas.

Matilde había sido acometida de una especie de vértigo, y fué llevada cuidadosamente á su vecino aposento donde le suministraron todo lo necesario para que no peligrara su existencia.

Al fin quedó tranquila; aunque sus ideas vagaban inconexas y una fiebre volcanizaba su frente que ardía como si la quemase un cuerpo inflamado: apénas recordaba los inesperados sucesos de aquella noche y ya empezaban á cerrarse sus debilitados párpados, cuando un rumor repentino la hizo conmover de nuevo.

Alfredo, no pudiendo renunciar á separarse aquella noche del palacio sin volver á ver á su bella Matilde, á merced de buen cantidad de oro, conquistó á Geolina, quien burlando la vigilancia del conde, condujo al jóven amante sigilosamente por las habitaciones desusadas del palacio hasta llevarlo al dormitorio de Matilde.

Esta abrió los agitados ojos y prócsima á ella halló un bulto, en cuya cabeza vacilaban multitud de plumas verdes.

—El es , exclamó en un acceso de gozo ; Alfredo , conozco que he sido perjurá: pero no me culpeis. Siempre os he amado y sin vos solo la muerte paliaría mi dolor: mas ahora si es verdadero vuestro amor, si no quereis aumentar el horrible peso que gravita sobre mi alma , alejáos , mi padre puede llegar y somos perdidos.

—Teméis señora por mí? pregunto Alfredo.

—Sí, por vos.

—Mal lo habeis demostrado: si tanto os interesára mi existencia , no hubiérais intentado esta noche clavar en mi corazon el arpon mas duro y sangriento: si el fuego que me abrasa germinára tambien en vos, hubiérais preferido antes la muerte que consentir en un enlace que nos hacia para siempre desgraciados ¿Era ese pues el afecto que me profesábais; eran esos los juramentos que vuestro labio engañoso pronunció? ¿acaso creisteis que la llama que me devoraba era una ligera chispa que pudiera apagarse al golpe de la adversidad y de los obstáculos?

—Injusto sois Alfredo , testigo es el cie-

lo de la negativa que dió mi lábio al conde: testigo tambien de la ferocidad con que este me trató, desconcertándome bárbaramente uno de mis brazos: aun no bastó para arrancarme el infausto sí que se me escigía: pero la voz furibunda y vengadora con que la maldicion de un padre me amagaba, me hizo sucumbir bajo la losa del infortunio: tení ser perjura al que me ha dado el ser.

—¿Y quién debe ser respetado con mas sumision? un padre ó el cielo. Accediendo á las arbitrariedades del conde, erais perjura al cielo; sí, porque el cielo ha escuchado nuestros votos y con eterno lazo nos ha unido. Vos los habeis quebrantado ¿luego habeis sido ingrata á su proteccion?

—Pero vos Alfredo, pensais acaso que olvidara ese juramento: pensais que inicua para el cielo, llegara á dividir mi lecho con el dux: jamás, despues de la ceremonia nupcial, no un tálamo voluptuoso y lascivo me iba á presentar su blanda y mullida pluma, y si una tumba se hubiera abierto á mis pies: veis este anillo, un veneno encierra, él hubiera limitado mi ecsistencia

despues del fatal enlace.

—¡Ah! Matilde, yo os perdono y conozco ahora cuán injusto he sido suponiendo en vos una falsía que nunca habiais abrigado en vuestro corazon: os renuevo mis protestas y ya no hay poder que nos separe.

—Sí, nunca dejaré de amaros: pero alejáos esta noche, y estád seguro que vuestra Matilde será de vos ó de nadie.

—Sí, os obedezco.... ya parto con vuestra imágen grabada en el corazon.... Adios Matilde.

—El cielo guie à mi amante.

Alfredo tomó una de las manos de Matilde, imprimió en ella un ardiente ósculo y lanzando la última mirada de vehementemente ardimiento partió.

Matilde sentía una opresion, un dolor tan agudo en su cabeza, un estremecimiento tan estraño, un helado sudor que cristalizaba su garganta y su nevado pecho, y temiendo que alguna enfermedad le amagara recostóse rápidamente en su lecho, donde despues de mil movimientos cerró sus ojos y quedó profundamente dormida.

## La conjuración.

Rebraman los euros  
con fragor sonoro,  
y en copas de oro  
rebulle el licor;

y entre récios brindis  
que repite el viento,  
se oye el juramento  
de guerra al traidor.

**A**UNQUE la primavera reinaba aun , y los esmaltados campos estaban revestidos de matizadas flores , y los árboles sostenian en su frondoso ramage multitud de hojas que se columpiaban á las efímeras y pasajeras caricias de las refrescantes brisas, habíase levantado un fu-

rioso huracan y la noche era borrascosa.

Oíase à lo léjos silvar impetuosamente el viento y se prolongaba en ronco y cavernoso bramido, cuando encontrando obstáculo à su impulso, se deslizaba furiosamente por entre las mas invisibles grietas que aquel presentára.

Ni una estrella se vislumbraba en el firmamento, y un espeso crespon tendiendo sus fatídicas álas, vestía y enmascaraba el espacio nebuloso.

Tal vez la repentina é instantánea luz del relámpago, desgarrando trabadas capas de apiñadas nubes, brillaba cual fosfórica llamarada iluminando las cimas de las elevadas torres. Tal vez el horrísono y retemblante trueno bramaba con magnífica y asordaute detonacion, que hacía estremecer las colgantes campanas de las iglesias, y que luego iba resonando cada vez mas léjos, hasta perderse prolongadamente entre el murmullo de los deslindados y zumbadores vientos.

El mar Adriático, conmovido al soberbio impulso de la tempesta, elevaba sus cenicientas é informes montañas que

parecian tocar al cielo y entre el rugido imponente de sus enturbiadas vertientes, iba mezclado el tenebroso alarido del buho, mensajero siniestro del terror.

Las nubes, fecundos veneros de lluvia, abriendo sus anchurosos senos, desparramaban copia inmensa de agua que en anchos surtidores corrian bulliciosas, inundando las calles, y el saltador granizo lanzado con enorme fuerza azotaba las torres y almenage de los edificios.

Era en fin, una de las pasajeras tempestades que tan comunes suelen ser en los meses cálidos de la primavera, pero que vienen acompañadas de tal aparato de detonacion y lluvia que causan pavor á las almas mas fuertes y varoniles.

En esa noche pues, en que el relámpago era presagio del trueno, y este abría paso al eléctrico rayo, mientras todos los habitantes de Venecia se guarecian en sus hogares, recelosos de que alguna turbion se desplomára sobre ellos: un suntuoso banquete tenia lugar en una especie de hostería situada en uno de los mas solitarios barrios de Venecia.

La animadversion habia cundido extraordinariamente en todos los ànimos, desde la subida del dux à la presidencia de la república.

El dux Silviano, arrastrado tal vez por el torrente de su capricho, falsa y erróneamente habia imaginado que el modo de enfrenar à las masas populares, era hacer gravitar sobre sus inermes cuellos el insupportable peso de una rigidéz extrema y violenta. Por eso se habia hecho aborrecible y su nombre era pronunciado con espanto y terror. Mas nunca su empedernido y malévoló corazon habia dejado de empantanarse en el sendero de sangre, ni habia presentado que ese desbordamiento brutal y bárbaro podria acarrearle cuando ménos imaginase, la esposicion y aun la pérdida total de su ecsistencia.

Siempre los tiranos se creen colocados sobre un asiento de bronce, pero ¡ah! se engañan. Un pueblo oprimido y humillado recobra y fomenta suficiente poder para demoler y hacer deleznable el mas corpulento pedestal.

Empero una parte del pueblo venecia-

no, cegado con el tupido velo del fanatismo, soñaba en su errónea ilusion que aquella multitud de víctimas que subian diariamente al patíbulo, asegurarían y consolidarían la paz de Venecia: pero otra parte de poblacion, tal vez mas considerable que la anterior, viendo distintamente que Silviano se habia constituido un soberano, en vez de un administrador justo é inflexible que repartiese la ley con equidad y equilibrio; en desacuerdo con su sistema de destruccion, se habia conjurado y para establecer el modo de poner trabas al vuelo frágil de un tirano, celebraba aquella noche un gran festin en que entre el humeante vapor del nectar b醁quico, se discutiera el medio de hacerlo caer del encumbrado puesto que ocupaba.

El sitio conveniente y oculto fué el salon que ya se mencionó, y que en tal noche presentaba el aspecto siguiente:

Una mesa cuadrilonga, cubierta con un paño alfombrado que caia en salientes esquinas por los cuatro ángulos, descollaba en el centro; sobre ella lucian su argentado brillo cuatro jarrones de plata, en

cuyo estenso vientre emanaba el perfumante olor del sabroso licor que contenian.

Desaliñadamente colocados veíanse tambien, ricos manjares, y todo iluminado por seis candeleros en cuyos brazos ardian cantidad de velas de distintos colores.

En derredor de la mesa, estaban sentadas hasta doce personas, todas con anchas capas á la espalda y espadas en el cinto.

La mayor algazara y chacota atronaba aquel recinto, en donde habia de decidirse el porvenir de la república; y las altisonantes voces de

—Otra botella.

—Otro brindis.

—Bomba.

—Orden.

Se confundian, produciendo como un murmullo sordo, que contrastaba con el zumbido del viento, que se estrellaba en los quebrados cristales de las ventanas que daban á la calle. Entre los doce personajes que se hallaban allí congregados, se singularizaba por la animacion de su fisonomía, un jóven llamado Arturo, que apenas rayaría en los veinte años, su ca-

rácter vivo y fogoso, unido à su talento natural, lo colocaban casi al nivel de Alfredo. Vestía en analogía con sus compañeros, ancha capa oscura y birrete de color rojo.

—Arturo, exclamaron todos los que allí se encontraban reunidos, ¿no os impone la idea de las sentencias que improvisa diariamente el tribunal y que tambien ejecuta improvisadamente?

Cuando se trata del bien del pais, nada me arredra, y llega á grado tal mi entusiasmo por el suelo que me vió nacer, que si necesaria fuese toda mi sangre para vindicarle una ofensa, se la otorgara sin que el vil temor me coartara ni entorpeciera.

Bravo, gritó el concurso; si todos poseyeran ese temple, esa vigorosa firmeza, nunca se hubiera visto Venecia hollada por la planta de un tirano.

Un reloj que al parecer estaba en el inmediato aposento, dió doce vibraciones.

Las doce, exclamó Arturo, las doce y nuestro compatriota, nuestro gefe digámos, no ha parecido todavia, ¿si le habrá acaecido alguna desgracia? es tal su infortunio

como el dice , que no me sorprendiera el que por algun infausto incidente, nos abandonara en esta noche decisiva para nuestro porvenir.

Los amores le vuelven loco, dijo con sarcasmo uno que ocupaba el centro de los asientos; pero , que amores tan platónicos! està apasionado de una ninfa que solo ha visto entre cristales y nada mas.

—Contadnos, clamó toda la reunion.

—Bien quisiera complaceros con circunstanciado relato de sus amores; pero desgraciadamente solo podré delinearos algunos lances de ellos.

—Aprobado.

—Pues señores: nuestro compatriota Alfredo, es uno de los jóvenes mas enamorados del mundo; reducir sus conquistas á guarismos fuera operacion complicada. Siempre se ha resentido de una cualidad, ó de un defecto.

—Cuàl?

—La inconstancia.

Ese es muy general , pero ellas tienen la culpa , pronunció uno de los congregados.

—Porquè , preguntaron todos?

—Es muy sencilla la razon; si las mugeres fueran constantes à los juramentos que pronuncian, los hombres las imitarian como un modelo: pero lo que es en la era actual , no se verifica eso.

—Niego , moduló una voz.

—Que se den pruebas à esa abnegacion.

—Las darè. El que haya leído la historia de las ciudades, encontrará fieles modelos de amorosa constancia.

—Allá en tiempo de los césares.

—En nuestros tiempos....

—¡Já! ¡já! qué inocente! contestaron todos en un estrepitoso acceso de risa.

—Silencio, exclamó á este tiempo Arturo: con vuestros altercados habeis ahogado la voz del que nos narraba los amores de Alfredo. ¿Qué nos importa ahora que las mugeres sean constantes ó volubles? Nada; créalas el que quiera hacerlo , y el que nó que las aborrezca. Seguid , Sorian.

—Prosigo. Hace dos meses que Alfredo atravesando à caballo por una de las principales calles de Venecia, vió tras los vidrios de una ventana, un rostro segun el

dice hechizero y desde entónces está completamente enloquecido.

—Mal hecho, dijo Arturo.

—¿Porqué motivo?

—Porque enamorarse de una cara, sin haber antes examinado el resto del edificio, es esponerse à hacerlo de una coja ó de una corcobada.

—Teneis mil razones, dijo aplaudiendo el concurso en masa.

—Y no ha conseguido nunca hablar à esa divinidad, de quien solo ha visto la cara.

—Una vez: ya veis si nuestro amigo Alfredo es original; ya se vé un poeta como él, se habrá imaginado que la que ama es un portento, y aunque realmente sea mas horrible que Anas, le parecerá una diosa del Parnaso. Además, eso fuera perdonable si tuviera la probabilidad de poseerla.

—Pues que inconveniente puede haber en ello? Alfredo no es digno de optar al cariño de la mas encopetada señora?

—Si lo será; pero la que èl ama, tiene un padre, comparable únicamente al cancerbero, guardian perpetuo de los infier-

nos; es tambien una notabilidad de la nobleza y como sabeis el orgullo de esos fãtuos personajes, se opone directamente á los amores con Alfredo, porque éste, segun él dice, no descende de ningun príncipe otománo.

—Todavía están arraigadas en Venecia esas enfáticas preocupaciones?

—En ciertas familias sí; y ahora que hablamos de nobleza, no comprendo ese encumbramiento à que ridículamente, quieren elevarse esos señores que se llaman nobles. Yo anhelara que me esclarecieran el cómo comprenden esa nobleza que tanto vociferan.

—No sabreis esplicarlo? dijo una voz.

—Yo sí, repuso Arturo, la nobleza tiene dos orìgenes; el uno los hechos de armas; el otro una procedencia de príncipes; la primera adquirida sobre el campo de batalla por un antecesor, se trasmite á toda la raza descendiente; de modo que cuando llega á ciertos ramales de familias lejanas del tronco principal, està ya como si dijèramos, añeja y desvirtuada; ademàs el hijo del pueblo que por sus hechos he-

róicos, se corona de triunfos y laureles, ¿no puede ennoblecerse? luego en el pueblo está la verdadera fuente y manantial de la nobleza. La segunda, que es la que rectamente emana de un personage real, ¿no depende tambien del pueblo? ¿qué fuera de un monarca sin corte y sin vasallos? nada, ¿que fuera de su pompa y de su fausto, sino hubiese un cimiento colosal y fuerte que lo sostuviera? ¿sinó hubiese un pueblo que le sirviera de base y sosten desaparecería su régio aparato.

Tambien me atrevo á probar que la verdadera nobleza é ilustracion de un individuo, no ecsiste en los pergaminos y ejecutorias, sino en el corazon, y de ello hubo infinitos egemplares. ¡Cuántos descendientes, cuando ménos de algun príncipe godo, han mauchado y bastardeado sus timbres con las aberraciones de su alma asaz plebeya, y ¡cuántos hijos del pueblo, de esos que se miran con menosprecio! por que no se mecieron en cunas cinceladas, y porque no se envolvieron durante los primeros años, en ricas blondas y tupída hollandá, han descollado y se han enalte-

cido , creándose una nobleza , debida únicamente á los buenos y singulares rasgos de su corazon!

Por eso , siempre seré el primero en fomentiar y acrecentar la llama que empieza à arder en los ánimos de los venecianos , que fatigados por las imperiosas arbitrariedades con que ese imbècil dux pretende hollar los populares derechos , quieren romper el ignominioso freno que han tascado por tanto tiempo.

—¡Bravo! un aplauso mereció la alocucion de Arturo, que levantándose de su asiento y saludando á sus camaradas , volvió á decir:

—Gracias , señores , he dicho lo que me dicta la conciencia y mis creencias políticas, y porque estoy persuadido que ninguna poblacion civilizada , hubiera soportado este yugo que sufrimos. No parece sino que aterrados al rumor de las cadenas, ó aletargados con el degradante beleño del despotismo, han quedado los venecianos en el mas vergonzoso estado de inercia. Que no digan que es imposible el derrocar à un mal administrador de las leyes , porque la

historia de las naciones cultas ó salvages, en sus páginas, narra esclarecidamente el cómo se subleva y se alarma un pueblo que quiere ser libre.

Nuevas exclamaciones ahogaron y confundieron la voz de este improvisado orador.

Animado con tan entusiastas vítores continuó de este modo:

—¿Y qué mayor gloria para nuestras almas, que combatir por nuestros hermanos, por nuestros compatriotas, adquiriendo un glorioso triunfo que grabará la historia en la mejor de sus páginas? ¿qué mayor lauro que separar los hombros del pedestal que sostenía à un déspota, y contemplarle luego derribado y destruido? ¡Ay! si todos tuvieran el natural ardimiento que está circulando por mis hinchadas venas, si todos despreciaran la vida, cuando se la inmola por la defensa de los privilegios de un país, no hubiera llegado nunca Venecia al estado de abyeccion en que se encuentra hoy postrada.

El estrépito de uno, dos, y hasta tres golpes sacudidos en la puerta del salon in-

terrumpió el furibundo discurso de Arturo, cuyas sienes latian con fuerza y cuya frente se inflamaba cual una hoguera de grana. Uno de los congregados, marchó inmediatamente à abrir la puerta y con general aplauso y júbilo penetró Alfredo, á quien se le habia reservado el privilegiado asiento de la presidencia.

—Victor al recién llegado, gritaron varias voces que pidieron luego un brindis en loor de la llegada del nuevo personaje. La asamblea consintió, y en confusa algarrabía empezaron à aclamar los nombres de

—Chipre.

—Florencia.

—Líbano.

Un mozo de la hostería condujo rápidamente unos cuantos jarros, en cuyos rótulos se leían todos esos nombres y llenando cada uno su respectivo vaso. brindaron por el porvenir próspero de Alfredo, quien despues de apurar el néctar bullente, habló así à sus compañeros:

—Un asunto importantísimo, impidióme anoche asistir á tan ilustrada asamblea, y siento en el alma que esta ausencia

se haya atribuido à cobardía.

—¡Que disparate! exclamó Arturo: esta ausencia, se ha atribuido à compasion, porque de ese modo se ha alargado un dia mas la caida del dux.

—Demasiada confianza tenia yo en vosotros para que se me hubiera motejado con tan degradante tilde: y con la sinceridad que sabeis me acompaña siempre, os confieso que si este festin hubiera sido destinado solo para gozar un momento de báquica algazara, acaso no hubiera asistido por estar mi cérebro algo descompuesto; pero tratándose de la salvacion de Venecia y de volverle el esplendor empañado por el hálito de la arbitrariedad, aun cuando hubiera tenido que saltar por las encrespadas cimas de un precipicio, no hubiera dejado vacante este sitio que me habeis reservado. Ahora os voy á dar esacta relacion de los trabajos hechos por mí, para la realizacion de nuestro plan.

—Contad, ciudadano Alfredo, que ya os escuchamos con la mayor atencion.

Todos se agruparon al rédedor de Alfredo, y este con enèrgico acento hizo à sus

camaradas la siguiente esplanacion:

—El oro, ese deslumbrador metal que dulcifica el amargo ceño de un cesante, que domestica à la mas áspera doncella, que dá movimiento à las piernas de un bailarín y entonacion al afeminado cantante, es el que me ha favorecido y me ha trazado la segura senda del triunfo.

Por otra parte, los traidores es fruta indígena de todas las poblaciones del globo habitado: y esta clase de difamados hombres ajenos à los deberes de la gratitud, son capaces de arruinar con la mayor sangre fria, al mismo que les ha tendido una mano protectora. Veréis pues como por la intercesion del oro, se consigue la mas arriesgada y difícil empresa. Los criados del dux, si bien algunos acèrrimos partidarios de su señor, son consecuentes y leales à la mano benèfica que les ha sostenido, otros de diverso pensamiento, estàn pròcsimos à ejecutar cualquier crimen con tal que se le remunere la buena accion con oro.

Bajo estos principios de edificante moral, sondeé à uno de los falsos servido-

res del dux, estaba de un todo descontento con su Señor, y que en deseos de venganza, solo esperaba un momento favorable de poner en práctica su maquiavélico plan. Dirigíme, pues, à èl y obligándole con una buena cantidad de oro, le hé convencido à que esta noche à deshora practique lo siguiente, poniéndose en salvo despues de la operacion.

—Proseguid.

—El plan se reduce á esto:

En los entresuelos del palacio ducal, hay un olvidado desvan donde planta humana no ha llegado hace algunos años. A este sitio, por medio de una puerta falsa que dà a una calle escusada y cuya llave està en poder del servidor del dux, se conducirá esta noche una gran cantidad de pólvora preparada; esta preparacion consiste en que al tiempo de prenderle fuego no estalle estrepitosamente, sino que desenvuelva una llama de bastante fuerza, que propagándose vaya horadando techos y sembrando destruccion. Si no hubiera sido por la premura con que debe verificarse todo esto, una mina subterrànea, hubiera

volado el palacio, con el dux: pero, del modo conque se ha dispuesto, irá germinando el fuego progresivamente, à merced de no haber detonacion y cuando quieran sofocar la llama devoradora, seràn infructuosas todas las disposiciones que tomen, y el dux perecerá.

Entónces nosotros y los que sigan nuestros intentos, proclamaremos por presidente de la república al Conde Ofaell, cuya rectitud y bondad nos inauguran un porvenir risueño.

—Perfectamente, exclamó uno de la coalicion: mas permitidme que esponga mi dictámen.

—Hablad.

—¿Y si la fatalidad hace que el dux se salve del incendio que le tenemos preparado, y con su natural embrutecimiento empieza à mandar ahorcar à todos los cómplices del atentado? ¿cómo nos salvamos?

—Todo está prevenido, repuso Alfredo, y aunque los buenos patriótas deben ir preparados con desicion al triunfo, ó à la muerte, conocido yo que seriamos juzgados injustamente por el agraviado dux,

he hecho prevenir una ancha barca que nos conduzca à un reino fuera de Venecia, en caso que la siniestra suerte, frustre nuestros planes.

Alfredo, echando una rápida ojeada sobre los que le rodeaban, irónicamente preguntó:

—¿Y entre vosotros habrá alguno que por evitar el peligro se atreva à delatarnos?

—Ninguno: exclamaron todos con el mas vivo entusiasmo, y juramos lealtad sobre las cruces de nuestras espadas.

—¡Bravo compañeros! sancionemos ese juramento con otro brindis.

Alfredo se levantó, llenò copiosamente los vasos de sus camaradas, y brindó así:

—Porque mañana cuando el brillo del alba anuncie la partida de la noche, se encuentre convertido en cenizas el palacio ducal.

Todos apuraron sus vasos.

—Poeta Arturo: ya que hemos de pasar la noche aquí, gritó uno de los conjurados: ¿no podríamos amenizarla con alguna inspiracion, que este licor haya fermentado en vuestra cabeza?

Arturo, desemballestando una cartera en que estaban aglomerados mas papeles que deudas tiene un elegante sin fondos, en alta voz exclamó:

—Señores, ya que os empeñais, os leerè un himno marcial que se ha de cantar mañana en loor y celebridad de la caída del dux.

—Atencion.

—Arturo, desdoblado un papel que tendria sus treinta y ocho dobleces, arqueó las cejas, arrugó la frente, y colocado al lado de unos de los candeleros, con voz clara y altisonante leyó las siguientes estrofas, para cuya operacion se habia cerrado la puerta única de aquella estancia.

Cesò la tormenta  
que el viento poblàra,  
y el genio abortara  
de la adversidad:  
y en soplos suaves  
los ámbitos llena,  
la brisa serena  
que dá libertad.

Corred, venecianos

corred en tropel,  
orlad vuestras frentes  
de mirto y laurel.

Ya libre respira  
la noble Venecia,  
y altiva desprecia  
del mónstruo el rigor:  
ya ciñen sus hijos  
diademas de flores,  
cual signos de amores  
cual nuncio de union.

Corred Venecianos  
corred en tropel,  
orlad vuestras frentes  
de mirto y laurel.

Iba Arturo á empezar la tercera estrofa, cuando el estrépito de varios golpes fuertemente sacudidos en la puerta paralizó la lectura.

—Quien vá?

—Paso á la república, contestaron desde fuera.

—Mucho respetamos á esa Señora, repuso Alfredo, mas tenemos la descortesía de decirle que si se empeña en penetrar

aquí, ha de derribar la puerta con su cabeza.

Los embozados, se arroparon en sus anchisímas capas, empuñaron sus templados tajantes toledanos, y agrupándose esperaron el desenlace de la escena.

Los de fuera que eran enviados del tribunal, descargaron tan enormes y continuados porrazos sobre la puerta, que ésta cediendo à tan furibundo empuge, cayó desquiciada y hecha astillas.

La mas encarnizada liza emprendióse en aquel sitio: los que habian sido sorprendidos, se defendian con un valor ejemplar y los invasores, los atacaban formidablemente. Los magníficos jarrones del néctar de Palermo y Florencia, cayeron rodando al suelo, las mesas y los manjares, entapizaron el pavimento y últimamente, los candeleros hechos pedazos, sucumbieron tambien quedándose los lidiadores en la mas invisible oscuridad.

Al corto tiempo, habian desaparecido Alfredo y sus compañeros, que como mas espertos en las entradas y salidas de la hostería, fácilmente se hallaron fuera de ella,

miéntras los del dux , creyendo que los otros no habian escapado , se sacudian mutuamente sendas cuchilladas.

El hostelero subió al campo de batalla, è interponiendo la autoridad de un abigarrado candil encendido , esplicó que los conspiradores se habian fugado: esto bastó para que los ministriles de la república se marchasen conociendo que habian sido infructuosos sus intentos.



## El incendio.

Llama voraz que se nutre  
 en ráfaga amarillenta  
 crece en la noche y se aumenta  
 cual un fantasma fatal:

y coronando su antorcha  
 cual un manto ceniciento,  
 entre los pliegues del viento  
 el humo se ve vagar.

**U**A tempestad de la noche anterior ha-  
 bía cesado, y la luz del alba se refle-  
 jaba en las lagunas que se habían  
 formado en las calles.

Siempre que en una población hay algún  
 indicio ó amago de rebelion, aun cuando  
 los cómplices de ella cuiden sigilosamen-

te de que nadie llegue á sospechar sus intentos, casi siempre sucede que se levantan rumores que van corriendo por todas partes. El dux aunque incrédulo à todo lo que pudiera pronosticarle la proximidad de un alzamiento, fueron tantos los avisos que recibió y tanto le sugirieron sus verdaderos secuaces y partidarios, que dando oídos á cuantos le aconsejaban, y empezando á creer íntimamente lo que nunca había imaginado, se preparó para conjurar la tempestad, y sobre todo para poner à salvo su ecsistencia en el amargo y desagradable trance de que llegara à verse torpemente amenazada.

Abrigando este proyecto, conservador de su individuo, ordenó en primer lugar que una seccion de los soldados servidores del tribunal, diseminándose por todas las calles y plazas de Venecia, observaran y escudriñaran sagazmente los gestos de los transeuntes, las conversaciones en las tiendas y mercados públicos y en fin, para prevenir todo lo que le fuera favorable y cortar radicalmente todo lo que en algo pudiera proteger la realizacion de sus ad-

versarios, fuertemente mandó el dux que se disiparan los grupos que pasasen de tres personas, y en caso de resistirse éstas, separarlas violentamente, haciendo para ello buen uso de las armas. Además como de noche, á causa de la oscuridad, no es tan fácil hacer estas observaciones tan minuciosas, publicó ó mejor dicho, hizo publicar un bando en el que se prohibía só pena de ser ahorcado, el que ninguna persona, estubiese fuera de su hogar pasada la hora de las nueve, y que tambien sufrirían el rigor de la misma ley, las que admitieran dentro de su casa reuniones ó tertulias en que se aglomeraran mas de seis personas. Fueron obedecidas religiosamente tan preventivas y conservadoras órdenes, pues el pueblo estaba tan castigado con los sanguinarios actos del dux que no queriendo esponerse á su indignacion, abandonó las calles á la antedicha hora y no admitió en sus casas ni aun á sus mas allegados amigos. Así es que Venecia á las nueve de la noche parecia una ciudad desierta ó mas bien una poblacion á quien un desolador contagio, arrebatara todos sus ha-

bitantes, dejándola despoblada como un páramo.

Con tales precauciones, ningun temor hacía agitar el corazón de Silviano, que se había ya limitado á pasar del palacio al tribunal y de éste á aquel, sin detenerse mucho en su tránsito, no fuera que su presencia fomentará la ejecución de alguna turbonada inesperable. De noche había hecho colocar su dormitorio en una de las habitaciones mas invisibles y recónditas de su palacio, y para que durante el sueño no se hallára acometido traidoramente sin provision, había hecho construir dos enormes barras de hierro que ajustándose á dos pasadores del mismo metal, servían de parapeto á las puertas de un balcon único respiradero á la calle que tenía aquella estancia. Otras dos barras tambien se habían colocado en la misma posicion para afianzar una puerta que comunicaba con las contiguas habitaciones y últimamente, para fortificarse aun mas de alguna invasion nocturna, por órden suya se tapió una pequeña tronera que estaba abierta que recibía luz del patio (Por este últi-

mo sitio apenas cabría una lechuza).

Encerrado en tan municionado y abalaustrado aposento, hallabàse el dux en la mañana del ocho de Mayo, gozando un tranquilo é imperturbable sueño sobre un muelle lecho, y en la inalterable calma de sus facciones se conocía fácilmente que en sus ensueños estaba viendo imágenes que le alhagaban. A veces una ligera sonrisa se resbalaba por sus lábios y otras llevaba su mano sobre el corazon, como temeroso de que sus ilusiones se desvanecieran y se ofuscaran. Imágenes de ambicion serian sin duda, pues solo el oro y el poder eran agentes poderosos para poner en movimiento, sus sensaciones y sus deseos.

Dejémosle abismado en su sosegado estupor, y aprisionado por sí mismo y pase-mos á otro lado del palacio.

Un magnífico reloj que colocado en el centro de un frontispicio que coronaba la fachada de este palacio, dando seis golpes vibrantes, anunció à los lacayos, porteros y criados del dux, de que era hora de despertar, y entregarse cada uno á sus res-

pectivas tareas. Ya habianse puesto todos ellos en movimiento, y entre mútuos diálogos bastante rápidos, daban los mas antiguos, sus instrucciones à los mas modernos, cuando una columna de humo muy espeso que saliendo por una tronera de uno de los almacenes bajos, tomaba cuerpo y se estendia elevándose hasta las azoteas, hirió vivamente su atencion.

Cada uno calculó à su modo sobre la causa de aquel fenómeno, y en sus conjeturas bien transcurririan sus tres cuartos de hora, cuando uno de ellos que ciertamente era el mas despejado y entendido dijo:

—Caballeros: este incidente que acaso no sea nada peligroso puede dar la casualidad de que lo sea, y para cerciorarnos de la primitiva y véridica causa que produce esa delgada cadena de humo, que ha rato hemos observado, me parece lo mas oportuno que abrámos la puerta de ese desvan, y sin temor ni repugnancia penetremos en él, y busquemos la procedencia de ese humo que debe arrojarlo algun cuerpo que se esté quemando.

— Bien, contestaron unánimemente todos los circunstantes y descendiendo por las escaleras, se prepararon á descubrir lo que ellos pensaban ser un arcano.

Apenas se abrió la puerta, con pánico terror, vieron una espesa y robusta llama que apoyada sobre el terroso suelo, amenazaba devorar al corto tiempo el yá chamuscado techo. Después de ese momento de sorpresa que pasmó horrorosamente á todos, hicieron por animarse y cortar el fuego, siendo el primer medio que se les ocurrió, el de arrojar sobre la llama toda el agua que con la mayor velocidad pudieran acarrear. Así lo hicieron pero la cantidad de agua era impotente para extinguir la corpulenta y amarilla ráfaga que ya había llegado á invadir todo el desvan. Entonces se siguió un horroroso momento de turbación; todos atribulados no sabían que resolución tomar, ni qué operación poner en práctica, para contener el vuelo á aquel coloso de fuego que intentaba levantar sobre sus hombros al palacio.

El mismo que ántes hubo propuesto la apertura de la puerta, los sacó del a-

purado lance gritando con descompasada y trémula voz:

—Ecsiste un medio.

—Cuàl? súbitamente preguntaron sus consternados y pàlidos compañeros.

—Teneis valor?

—Queremos salvar al dux de este inminente peligro, y queremos tambien poner en salvo nuestras vidas; volvieron à contestar aquellos confusamente.

—¡Bien, compañeros! ese mismo sentimiento que germina en vosotros, se anida tambien en mi corazon. Escuchad lo que he pensado.

Ese fuego que rompería en incendio sino se le pusieran trabas á su progreso, està ya muy desarrollado para que el agua pueda sofocarlo: pero arrojando tierra y escombros desde la habitacion que està sobre él, se conseguiria apagarlo.

—Pero... cómo: ¿desde dónde se han de arrojar esos escombros? Preguntó uno de ellos.

—Escuchadme, replicó el primero, es necesario horadar el techo para dejar un hueco por donde podamos maniobrar. Es

muy peligroso, porque ese techo quebrantado por la accion destructora del fuego, es muy de esperar se desmorone al mas leve peso que reciba sobre sí, pero no importa si quereis, yo seré el primero que me esponga al peligro.

—Marchemos, dijeron resueltamente. Empezó la operacion por desembaldosar muchas de las habitaciones, por picar los muros aglomerando así una gran cantidad de escombros; despues de lo cual, en fraterna union armados de un hierro grueso, acabado en punta por uno de los extremos, se dirigieron à la habitacion y á fuerza de sucesivos golpes, consiguieron desquiciar un pedazo de una de las vigas: siguieron aumentando la abertura y una fuerte sacudida que dió el resto del pavimento, los amedrentó de tal suerte que ni aliento les quedaba para proseguir su tarea.

Horrible es lo que despues sucedió.

Llenos de pavor, ya solo pensaron en salvarse y ponerse en fuga, pero con estrepitoso fragor y perspectiva espantosa se desplomaron vigas, alfagías y cuanto com-

ponia aquel techo , arrastrando en su desplome á la mayor parte de aquellos infelices, que dando disonantes alaridos , fueron abrasados y consumidos por las voraces llamas que tomando considerable cuerpo , empezaban á causar la destruccion del palacio.

Los que quedaron con vida que fueron los menos , tapándose los ojos por no ser testigos de tan patética y lastímera escena, se abalanzaron á la puerta principal de salida, y tomando la calle empezaron agitar desentonadamente:

—¡Fuego! ¡fuego!!!

Estas voces las repitieron todos lo que transitaban , reuniéndose en breve tiempo tal multitud que la calle quedó ocupada.

Inmediatamente se condujeron bombas, que despidiendo por anchurosas mangueras , inmenso turbion de agua , enviaban sobre el palacio un dilubio ; pero el fuego se habia posecionado de tal modo que ya se iba avvicinando á la habitacion donde tranquilamente reposaba el dux , ageno del trastorno.

El bullicio y griteria que habian le-

vantado las gentes, que curiosamente se apiñaban para cerciorarse del suceso, hicieron al fin que el dux se despertara, y que creyendo que estallaba una revolución, se asomara rápidamente despues de desencajar la formidable tranca, al balcon que daba vista à la calle. ¡El cómo expresar la sorpresa y cerval temor que se apoderó de su alma, al ver que su casa estaba ardiendo y que las llamas invadian la puerta de su salida, solo fuera dable à èl!

Volvió á entrar en la habitacion, y vistiéndose repentinamente se dirigió á la puerta que tambien estaba asegurada con barra de hierro, y haciendola descorrer abrió, y una mortal pàlidez cubrió su rostro. Era el reflejo de la llama que se acercaba à pasos agigantados hacia la habitacion.

Viendo el dux que por allí era imposible de todo punto escapar, quedó reducida su esperanza al balcon: asomóse á él y arrugando la frente, calculó que estaba unas catorce varas sobre el nivel de la acera, altura suficiente para desquiciarse un brazo ó fracturarse una pierna al dar el sal-

to por completo era un equivalente á entregarse á la justicia de las llamas: en medio de estas meditadoras reflexiones, empezó el dux, todo un presidente de una república, á anudar, las sábanas de su desordenado lecho, agregando despues una colcha, y dicen que hasta la colgadura fuè tambien enlazada; luego que hubo formado un largo cordon de unas diez varas, lo ató fuertemente á la meseta del balcon y montando sobre ella, entre algunas risotadas que se escuchaban por abajo, lanzandose al aire gimnásticamente fuè bajando hasta dejarse caer y ponerse en salvo.

El pueblo, no pudiendo contener la risa y mofándose indirectamente del descolgado dux, y abriendole paso le dejaron salir á campo ancho. Mentira le parecía á Silviano que respiraba el aire libre, y regocijándose de que acababa de escapar de las garras de la muerte, dirigióse al palacio de su íntimo amigo el marqués de E., à quien refirió minuciosa y detenidamente todas las circunstancias de su espuesta y peligrosa aventura, que tan de mañana le habia acontecido.

Allí permaneció hasta las dos, hora en que el tribunal se abría, reclamando su presencia.

Darémos una ligera descripción del espresado sitio.

Componíale una casi cuadrada estancia, cuyos muros forrados de terciopelo negro anunciaban muerte y luto: al frente un gran sillón al lado del cual se asentaba una mesa también cubierta del mismo color, era el puesto del presidente: à ambos lados corrian dos hileras de altas gradas con antepechos que se prolongaban hasta el pavimento. Todos los servidores hallábanse en sus respectivos asientos, á tiempo que uno de los consejeros, dijo con voz tétrica y campanuda.

— Señores, esperemos al dux, algun negocio importante retarda indudablemente su llegada.

Un silencio profundo siguióse á la esplicacion del consejero, y apénas esperaron algunos minutos levantáronse todos para saludar respetuosamente al dux que entraba por la puerta del salon enlutado; con un formular movimiento de cabeza contes-

tó el presidente á los reiterados cumplimientos de sus cofrades, y tomó despues posesion del sillón que como dijimos ocupaba el frente de aquella estancia.

—Señores, dijo con voz todavía trémula, un raro incidente que no me ha sido dable averiguar me ha impedido el llegar á la hora competente; y à la verdad siento sobre manera el haber dejado de servir á la república esos cortos instantes, pero repíto que ha sido imposible.

Un ligero murmullo que salió de los bancos laterales, manifestó al dux que no se apesadumbrara por su falta imprevista.

—Ahora bien, prosiguió el dux dirigiéndose á uno de sus consejeros. ¿Habeis continuado las pesquisas para descubrir el paradero de esos revolucionarios, que quieren impunemente turbar la paz y octaviar la tranquilidad que hoy goza la reina del Adriático?

—Hace diez dias que nuestros ministros no se ocupan de otra cosa, y algo se ha descubierto.

—Esplicaos: dijo el dux.

—Haran tres noches que guiados por

ciertas sospechas, ó mas bien por ciertas palabras que indudablemente habíamos escuchado, nos dirijimos á una hostería situada en el barrio de G. en donde se reunian aquella noche los conjurados; efectivamente, llegamos impusimos silencio al dueño de la hostería, ostigándole con duras amenazas à que nos diese esplicacion del sitio á donde estaban reunidos los cómplices. Hizólo así y él mismo nos condujo hasta la entrada de un salon. Llamamos y torpemente contestaron desde dentro, que solo derribando la puerta se podria penetrar en él.

La fuerza armada que me acompañaba á los cinco ó seis golpes desquicio la puerta, y con sable en mano entramos en la habitacion donde estaban trece hombres embizados y con los aceros desnudos. Trabóse una empeñada lucha, y la casualidad de apagarse las luces (tantas fueron las cuchilladas que se tiraron) hizo que los sediciosarios se fugaran y burlaran nuestra persecucion.

—¿Y despues de ese incidente no ha ocurrido ninguna otra novedad?

—Ninguna: pero siempre nuestros corchetes están en perenne vigilancia, y al primer amago de alguna revuelta, el vengador tribunal haría esterminar à los desalmados é insolentes malhechores, que neciamente pretendieran turbar la dignidad de la república.

En este instante un capitán de la guardia, seguido de cuatro soldados que custodiaban à un embozado, penetró en el tribunal y dirigiéndose al dux declaró:

—Respetable señor, el cargo que me está encomendado, me impone entorpecer ahora el giro de los importantes negocios que se discuten en este sagrado sitio.

—Escusad ceremonias capitán, bruscamente dijo el dux algo agitado por la curiosidad.

—Se reduce mi cometido à esponer que, ahora dos horas entre un grupo de bastantes personas, hemos oido pronunciar á ese individuo que conducen mis soldados las palabras de *muera el dux*.

—Asombraróense todos los miembros que componian el tribunal, mientras el dux haciendo señal con la mano derecha al reo

para que se acercara , le preguntó:

—Por qué motivo quereis mi muerte?

—Consultad vuestra conciencia , contestó el embozado , y ella os lo dilucidará claramente.

—No mas fiera encoge y arruga la piel la sanguinaria pantera cuando el hombre la acosa , como se estremecieron galbanicamente las facciones de Silviano. El metal de voz del reo era el mismo del que le habia injuriado en la noche de su interrumpido enlace : esta sospecha si llegaba á realizarse , favorecia los atroces proyectos de su venganza.

Uno de los formadores del tribunal levantose de su asiento , y con voz altisonante dió de este modo su opinion:

—Solo la audacia de que viene revestido ese criminal , sin que terror le haya infundido la magestad y dignidad de sus jueces , es bastante delito para castigarle ; ademas su fisonomía indica que su corazon està devorado por las miras altivas de abasallar à su capricho las leyes que debe respetar.

Eso incumbe al presidente ; dijo en

alta voz uno de los consejeros.

Alfredo, que era el reo, alzó su frente despejada, y con despreciativa sourisa, se espresó así.

—Dad vuestro parecer adverso ó propicio para la insignificante cuestion de quitar una vida, y burlaos de mí ya que me veis indifenso en vuestra presencia: sí, corrompidos y aborrecibles jueces, continuó esforzandose progresivamente, si un mal acero me hubiese dejado esa tropa infame que aquí me ha conducido, os juro por mi honor que habria de ver caer á mis pies la mayor parte de vuestras cabezas.

—Y la mia tambien? colericamente y despidiendo por sus ojos una sulfúrica llamarada, preguntò el dux

—La primera sería: sé que el que pisa este umbral, es lo mismo que el que llega al sepulcro y ya que he de morir, antes quiero deciros á la faz de vuestros jueces, que os aborrezco, que sois la fatídica sombra que me persigue por todas partes y que á no hallaros en este sitio que manciplais y corrompeis alevosamente, os oprimiera entre mis brazos y os estrellara con-

tra las losas de ese suelo.

—Si me decís el fundamento de esa aversion os perdono, repuso ficticiamente el dux.

—Son dos: la primera es la opresion que ejercéis en los venecianos, ya abrumados con tan insoportable carga; y la segunda es, que además de un tirano sois mi rival.... ¿me comprendéis?

Un rayo de luz fueron estas últimas palabras de Alfredo para con el dux: se habian realizado sus sospechas y para ejecutar sus planes sanguinarios, hizo retirar inmediatamente al reo y quedóse en conferencia con los jueces.

—Ya veis señores el desacato, no conocido hasta este dia, con que ese insolente se ha atrevido á infamar y zaherir maléfica-mente este tribunal santo, que vela perennemente por el auge y esplendor de la repùblica; tal delito merece un castigo ejemplar; un castigo que tenga compensacion con su enormidad. El patíbulo.... es una muerte ya tan comun, que no la conceptuo bastante fuerte para la espiacion que merece el crimen: es necesario buscar una pena, un tor-

mento como los que usa el tribunal de la fè, que le haga morir despacio y luchando poco à poco con las angustias de una vida que se le vaya estinguiendo casi imperceptiblemente y en que su misma ímaginacion, echando una ojeada al porvenir, le asesine á fuerza de tristeza y melancolía.

La pintura era bastante desagradable, y tanto que los semblantes de los jueces se inmutaron; pero como era preciso adular al dux, dieron todos sin consultar à su opinion ni à su conciencia, el voto de ejecucion para todo lo que aquel ordenára.

Silviano habia sacado un pliego de una cartera tambien negra que estaba sobre la mesa, y lo habia puesto en manos del mas prócsimo consejero, quien lo recibió y escribió las siguientes líneas:

«Pueblo de Venecia: Yo conde de Silviano, dux presidente de la república, à quien están conferidos todos los negocios que competen à la ley que os rige, en completa armonía con los dictámenes de mis jueces y consejeros, firmo esta sentencia, descargando sobre el audaz y criminal individuo N. el ejemplar castigo de ser en-

cerrado en un calabozo de los mas aislados y lóbregos, en donde permanecerá perennemente hasta la hora de su muerte, sin permitírsele comunicacion con ninguna clase de persona.—Venecia 18 de Mayo de 1625.

Apènas el consejero concluyó de copiar lo que verbalmente le dictaba el dux, èste con la mayor sangre fria, firmó la sentencia.

Tres horas transcurrieron despues y últimamente cerróse la cesion y desaparecieron todos los consejales, quedauo solo el dux y uno de ellos, à quien aquel habia ordenado que se detuviera.

—César ¿os atreveis, dijo entónces el dux, á rendirme un obsequio?

Cèsar que era el consejero contestó:

—Estoy totalmente á vuestras órdenes; y cuanto anheleis, si depende de mí, serà cumplido inmediatamente.

—Escuchad, repuso el dux, mi deseo se reduce á que mañana penetreis en el calabozo donde està aprisionado ese criminal que hemos juzgado y cuya sentencia habeis escrito.... ¿entendeis?

—Continuad.

—Despues que hallais llegado al calabozo, le direis al reo que escoja entre dos sendas: ó la de entregar su cabeza al verdugo ó la de partir en la prócsima noche fuera de Venecia, con precisa cláusula de no volver à pisar jámas este suelo.

—Escojerá lo segundo, friamente dijo César.

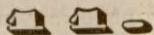
—Eso no os importa: conque ¿me ofrecéis bajo juramento cumplir las instrucciones que acabo de daros?

—Os lo ofrezco.

—Id con Dios, exclamó el dux y quedándose solo, murmuró estas palabras:

—Partirà... y entònces Matilde tal vez abandone su amor grosero y plebeyo, consintiendo en ser mi esposa: mas la terrible amenaza, el abismo que aquella noche fatal me pronosticó aquel enmascarado que impidió el solemne acto de mi enlace.... y.... no importa: aléjese al que pudo inaugurar me tal locura, y así nada tengo que recelar.

Concluido este monólogo, el dux salió del tribunal.



## La prision.

Triste es un oscuro bosque  
de las fieras el bramido,  
y aun del mar embravecido  
ser victima del furor:

pero es mas triste sufriendo  
el yugo de suerte impía,  
en una cárcel sombría  
pasar horas de dolor.

**E**se astro dorado, esa inmensa hoguera, ese luminoso sol, monarca del espacio, que al elevarse sobre el horizonte, difunde liberalmente sus rayos, introduciéndolos, ya por las marinóreas ventanas de algun opulento edificio, ya por la miserable tronera de alguna pobre

habitacion, solo esquivá su benéfico influjo à los lóbregos y cenicientos muros de un calabozo. Tal vez alguno de sus reflejos escapados y descompuestos por la atmósfera, llega à penetrar en mansion tan horrible, derramándose partido por los oxidados hierros de alguna claraboya, y alumbrando con una especie de tibio fulgor crepuscular los atezados muros y las desigualdades de un suelo terrizo, cuya humedad bastára para causar la muerte.

A las almas envilecidas y atrahilladas por los ferrados eslabones de una criminal cadena, no les impone tanto terror el aspecto funeral y patético del interior de un calabozo oscuro y fatídico; y aun existen algunos seres que avezados à habitar continuamente esas difamantes y terribicas mansiones, por ser tambien continuos los crímenes y delitos que cometen y han cometido, miran sus negros y agrietados paredones, con inesplicable calma y ni siquiera se erizan sus cabellos, ni atropellan convulsivamente sus latidos, sus impacibles y endurecidos corazones; pero el que posee un alma elevada, noble, y

sensible, habituada siempre á sus libres pensamientos; el que puede levantar su estendida frente; nunca manchada ni oscurecida por el negro y empañador borrón que le imprimiera el pestilente aliento de un espiatorio encierro; el que siempre guardó en su corazón la germinante semilla del deber, y siguiendo las huellas de sus liberales doctrinas, miró y respetó al benéfico y clemente, mientras aborreció de muerte al tirano y homicida, no puede dejar de horrorizarse al estampar su planta sobre el polvo que viste el descarnado suelo de una prisión, y siente que sus tirantes nervios se crispan y estremecen y que toda la sangre coagulada, se agolpa repentinamente al corazón.

Tal fuè el estado de Alfredo, cuando conducido por una guardia del tribunal, llegó á descubrir ese sitio inmundo que hasta aquel momento no habia aparecido nunca á sus ojos.

Ya habian transcurrido dos dias que fueron un siglo para el pesaroso Alfredo, que arrebatado por el interior impulso de su sobrecogida cólera, hubiera intentado

romper con sus manos los espesos muros que le rodeaban , si la espantosa perspectiva del calabozo y la estremecedora revolucion que habia sufrido su alma , no le hubiesen hecho enflaquecer su ànimo y menguar los atrevidos vuelos de su indignacion. No fuera tan enorme y colosal su pesadumbre , si en el acto de lidiar con la emboscada cuadrilla , dos noches antes, un contrario acero le hubiera atravesado el corazon, que de tal suerte una tumba le hubiera recibido en su silencioso centro, donde para siempre se hubieran quebrantado y estrellado los padecimientos y dolores que le aprensaban: pero el destino que casi siempre se goza en ver padecer á los mismos mortales que duermen sugetos à un inevitable yugo , se encarnó entónces y cebó su agudo diente en el infeliz Alfredo y para abatirle y humillarle mas. despues de encerrarle en una ignorada y denigrante prision, desató contra él las desgarradoras pasiones de los celos , el amor, la venganza , el honor , el odio en fin , que tomando progresivamente incremento en la imaginacion del jóven , le hicieran sufrir

los mayores tormentos, el mas agudo suplicio que inventar pudiera el sanguinario Atila para castigar el delito de algun criminal romano.

No pudiendo soportar la bàrbara realidad que en aquellos dos dias se presentaba constantemente à sus ojos, se afanaba por esquivarla y por embotar su imaginacion, que era la que aglomerando pensamiento descomponia y aturdia su cérebro. Si por el mas leve hueco hubiera podido recibir la luz del dia ó la argentada del astro de la noche, se hubiera mitigado su dolor, contemplando el inmenso pavellon del cielo y al mènos hubiera podido presentàrsele como fiel testigo de su inocencia: pero el calabozo estaba subterráneo y en sus toscas paredes únicamente se habría una pequeñísima claraboya de una media vara de diámetro, cruzada por dos empolvados y enmohecidos hierros por donde entraba un último destello de luz triste y sombría.

La soledad y el silencio, fueran tambien favorecedores de su consuelo y alivio. Mas ni ese leve amparo era concedido al in-

afortunado jóven: el rumor de las cadenas que sordamente resonaban en los abovedados techos, las risas, carcajadas y desesperadas canciones de los vecinos calabozos, cuyos moradores, como si estuviesen en una orgía escandalosa, alborotaban á cada instante, como para insultar á sus convecinos, y en fin, la prolongada y fatídica campanada de un reloj, que sin saber donde estaba colocado, se hacia oír melancólicamente en todos los ámbitos de aquella cárcel, tenían en continua ecsaltacion y zozobra al descompuesto é inmutado Alfredo.

El sueño solamente tenia poderosa accion para despejar y solazar su alma: así es que recostado sobre un banco de piedra, cuyo cimiento penetraba el suelo, y cuya mugrienta costra era nuncio de los muchos que habrian llorado sus amarguras sobre él, se esforzaba por cerrar los ojos y hundirse en el sopor agradable que nos brinda con mano pródiga el sueño, donde desaparecieran de su vista, la lobreguez de aquel encierro, los férreos argollones que adornaban tenebrósamente sus denegridos

muros; y sobre todo, donde no le importara el crugir de los rechinantes grillos, ni las infernales canciones con que tan frecuentemente laceraban sus oídos los reos que ocupaban los contiguos calabozos.

En tal situación hallábase en el instante à que ahora nos referimos.

Tenia cargada la imberbe mejilla sobre la mano derecha, miéntras la izquierda asida á la esquina del banco, impedía que el cuerpo, al mas leve movimiento cayera al suelo; en el trastorno de sus facciones veíase impresa la huella del dolor y de la desesperación, y en la mortal lividez que invadía todo su demudado rostro, y que se aumentaba mas al reflejo de la amarillenta luz, que despedía una lámpara que colgada estaba en la mitad de la prisión, se descubría el moribundo y pálido color que desfigura las facciones de un cadáver.

Ya el acerado casco con airoso penacho de plumas no engalanaba su cabeza, ni la reluciente armadura se encajaba en sus hercúleos miembros: sus desgredados cabellos habían reemplazado á aquel, y á esta había sustituido un tosco sayal que

se ajustaba violentamente à su cintura.

Deslizábanse dos horas, cuando despues de un silencioso é inalterado reposo (bálsamo dulce á las heridas de la adversidad,) despertò y alzó su cabeza, volvióla en torno suyo, y con chispeantes ojos contemplò un instante la prision, y abriendo sas amarillos làbios dejò escapar estas frases, interrumpidas por dolientes gemidos y dolorosos ayes:

—Siempre aquí sin ver la luz del dia, sin vivir sin mundo, sin cielo y sin esperanza.

¿Serà esta tal vez mi tumba? ¿y he venido á despertar cuando todos me hayan creido muerto? ¡áh! nõ, los que mueren no despiertan, pues bajo la losa fria de la sepultura, no hay pasiones, no hay borrascas, allí todo es nada. ¡Ah! ya pronto vendrán à sacarme de aquí. Se presentará un hombre de semblante feroz, de ojos embrutecidos, de horroroso contorno y acercándose à mi lado me dirà con sardònica sonrisa: *venid á morir*, y cual la red que, se lleva indefensa al sacrificio, así cobardemente injuriándome, quizás me arrastra-

rán hasta el pié del patíbulo... ;El patíbulo! nombre fatal que los hombres han puesto à un aparato de muerte... pero un aparato indigno de un caballero , y sin embargo he de espirar en él, deshonrando con mi muerte à mi anciano padre.....

Esa es la idea que mas desordena y desconcierta mi ser. Poco se me importàra la vida si la perdiese en un campo de batalla , combatiendo por mi patria y por mi independencia , que esa muerte sería gloriosa y la bendecirían las generaciones ; pero morir ahorcado, es horrible no por la angustia y congoja de que venga acompañada , sino por la deshonra y oprobio que cae sobre nuestro nombre y sobre toda nuestra raza....

El estridente rumor de una gigantesca puerta que se abría sordamente en el centro de la prision , entorpeció las reflexiones que hacía Alfredo consigo mismo.

Un personaje de alta estatura, de rostro seco y escuálido , de frente estrecha y hundidos ojos, que apenas podían brillar por impedirselo el grosor de dos enormes párpados que formando multitud de irregulares,

arrugas caian de un todo sobre sus órbitas, penetró en aquella estancia lóbrega y siniestra, vestido de negro y dotado de una gravedad imperturbable, parecía propiamente uno de esos nigrománticos que calculando astrólogamente el curso de los astros ó las desigualdades de un cráneo ó de una mano, se atreven contra todo principio de moral y de religion, à vaticinar loca y temerariamente del porvenir adverso ó pròspero de la persona que crédula se pone en sus manos.

Sorprendióse Alfredo con la misteriosa aparicion de aquel ser, que segun su aspecto parecia mas bien fantasma que persona humana, y apesar suyo retrocedió dos pasos, lleno de terror y espanto; mas reponiéndose bien pronto de la estraña sensacion que le habia hecho recibir su ecsótico huesped, dijo con voz resuelta y muy entera.

—¿Quién sois? que así os entráis sigilosamente en este encierro, y con tal sutileza que cualquiera creería que os habeis filtrado por la juntura de las piedras que elevan esa puerta: ¿Sois acaso algun ser mis-

terioso y compasivo que venis á partir conmigo la desgracia, ò sois algun malévolo que venís á mofaros de mi sufrimiento?

—Ni lo uno ni lo otro, contestò friamente el enlutado que á pasos pequenísimos habia ido aproesimándose à donde estaba Alfredo; soy uno de los consejeros del dux Silviano presidente de la república de Venecia, y encargado por su autoridad para venir à interrogaros respecto à la causa que se os ha abierto; y sabed que esta es una gran consideracion que se os tiene, porque otros reos como vos, cómplices de conjuraciones, han sido en el acto ejecutados sin proceso ni interrogatorio.

—Preguntad, dijo ràpidamente Alfredo.

—Al momento, repuso el consejero ¿podeis declarar los nombres de las personas que estaban coaligadas con vos para derrocar al dux, y que celebraron un festin en la noche del 14 en uno de los salones de la hosteria calle de G?

—Sí à fé, murmuró languida y entrecortadamente Alfredo, que no esperaba que la declaracion fuera una delacion infame. Conozco perfectamente á todos los que se

reunieron aquella noche en el banquete, porque todos ellos estan enlazados á mí por una fraterna é inmutable amistad. Por lo demàs de vuestra demanda , os protesto rotundamente que creia que este interrogatorio rolase únicamente sobre mí, y me ha admirado que una persona tan noble y caballeresca... como el dux , haya abrigado en su corazon el pensamiento de agravar mi conciencia con el terrible remordimiento de una delacion. Ni la nobleza de mis antecesores , ni las sabias y caballosas doctrinas que con grave làbio ha inculcado mi anciano padre en mi alma, ni el derecho de gente, ni el cielo me permite bastardear mi opinion con el acto más infame y degradante que de mi ecsigis en esa vil declaracion. Pasemos esa primer pregunta , pues repito que aun cuando me acogotasen en un potro y los tormentos mas atroces descoyuntaran y desmembraran mi cuerpo, moriría mártir de mi honor, y no se escaparía de mi làbio ni una palabra que pudiera descubrir la morada de mis mas caros amigos.

—Bien està, friamente habló el conse-

jero cuyas facciones se habian algo inmutado pero ya que no quereis delatar los nombres y hogar de esos cómplices, me direis al ménos si fuisteis el promovedor de la conspiracion que estaba preparada.

—Os juro por mi anciano padre y por lo mas sagrado que ecsiste sobre la tierra que he sido yo el motor de la sedicion; y os aseguro, dijo Alfredo prosiguiendo, que esa aun no se halla sofocada y que no tardaràn muchos dias en que se robustezca de nuevo y lance de su puesto al dux.

Desde mis primeros años he amado la libertad y bastante sangre he derramado por la Italia en defensa de sus fueros y privilegios ¿y podeis imaginaros que el que como yo ha gozado la preciosa dicha de respirar el ambiente liberal y satisfactorio, se amoldase y se mancillara, soportando el infando yugo que hoy pesa sobre las frentes de los venecianos? ¡nunca! La sanguinaria diestra del dux, la imbecilidad estúpida con que ha adulterado las leyes de este suelo, dàndonos en vez de equidad democrática un dominio monárquico y molesto y sobre todo el aparato y pompa que

ostenta sus carrozas arrastradas por lijeros caballos mientras el pueblo se ahoga en su propia sangre , han sido los primeros haces que han ardido y que han inflamado la inmensa hoguera que hoy abrasa y consume à todo buen ciudadano, y esas son las principales causas que me han hecho concebir y abrigar el gérmen de execracion hacia el dux, á quien , lo declaro en vuestra presencia , aborresco y detesto cada vez con mas encono.

Ya adivino que se regocijarà de tenerme aprisionado donde no me sea dable conspirar à su pronta caida , mas si locamente ha soñado que solo yo habrìa podido encender la desastrosa tea de una reactiva revolucion , se engaña miserablemente, casi todos los moradores de Venecia , ambicionan derribar el formidable y humillante peso que oprime sus hombros indefensos , y no perdonarán recurso alguno para socabar la profunda huesa donde se hunda y desaparezca para siempre el poder mal dirigido del dux ; por que ya ha rebosado la amarga copa del sufrimiento y el volcan de las populares iras , si tanto tiem-

po ha estado inerte , pronto romperá en terrible erupcion , vomitando ardientes lavas que arrasarán à los que nos ahogan y acusan.

El consero atónito de la audaciá de Alfredo, y esquivando escuchar tantos dicterios con que lo convidaba el reo , enèrgicamente le preguntó:

—Quereis salvaros?

—Lo deseo.

—Pero eso merece alguna recompensa.

—Pedid lo que querais , apesar que nada poseo que pueda alhagar vuestra ambicion.

—No es oro lo que se ecsige de vos.

—Entónces no os comprendo.

—Escuchadme: pronunció el enlutado en secreta y cautelosa voz , cual si temiera que sus palabras pudieran resonar à traves de los espesos y corpulentos muros de aquel encierro lóbrego.

—Tengo órdenes directas del dux: del que todo lo puedo en Venecia, por la alteza á que se encuentra encumbrado: de abrir las puertas de este negro y fúnebre calabozo donde apenas penetra la luz cla-

ra y agradable del día pero con una espesa condicion.

—Estoy pronto à cumplirla, interrumpió gozoso Alfredo, con tal que no sea en mengua y baldon de mi honor ni en esposicion de mis caros amigos y compatricios.

—No peligraràn ni el uno ni los otros: no teneis que dar ningun paso que empañe vuestra nobleza, y en cuanto à vuestros cómplices, aun cuando se les descubrieran descuidad que contra ellos no levantará el tribunal su prepotente cuchilla.

—Entónces estoy pronto, repito: ecsijo que me propongais las condiciones de esta alianza.

—Una sola: esta noche cuando Venecia repose bajo la influencia benéfica del sueño, à favor de la oscuridad; silenciosamente se os abrirá la puèrta y guarecido de cuatro hombres de toda confianza, os dirijiràn à la orilla del Adriático: allí habrá preparada una gran barca armada de ágiles y fuertes remeros, y apenas entreis en ella partirá con la velocidad del pez, y os conducirá muy léjos de esta ciudad. Ahora

bien, la recompensa que el dux debidamente espera de vos, en premio de ponerlos en salvo y de levantar la sentencia que pesa sobre vuestra frente, es que no intenteis jamás el pisar otra vez este suelo.

Colérico torrente de luz despidieron los ojos de Alfredo: sus venas se hincharon agitadamente; con resuelto pensamiento y desentonada voz, así contestó à su interrogante:

—¡Partir de Venecia! ¡nunca! ¡primero la muerte! comprendo claramente los malévolos y perversos proyectos del dux: quiere alejarme de este suelo, deponer esta sombra que le vigila y quedarse solo, sin obstáculos que interrumpir puedan la carrera de su desbordamiento intelectual: quiere que Matilde quede aislada, sin una mano protectora que rompa y deshaga torpes acechanzas, para caer sobre la indefensa víctima: así como el astuto lobo que espera que la inocente oveja se encuentre sola para blandir sobre ella sus ensangrentados dientes.

No transijo con tan inicua condicion, y decir podeis al dux que cuando le plaz-

ca, puede ordenar á su verdugo, que se dirija á este sitio, donde lo espero con la mas inesplicable calma.

El consejero del dux, viendo cuan infructuosas serian entonces las reflexiones, se despidió del reo: y salió del calabozo, llevándose en pos de sí la enorme mampostería que se habia separado enantes para facilitarle la entrada.

Solo quedóse Alfredo, con mas dolor en el corazon y mas angustia en el alma: y su mirada lánguida y casi muerta, revelaba toda la vehemencia del tormento que le oprimía.

Deslizàronse algunas horas y Alfredo permanecía inmóvil, fijos los ojos sobre el suelo y sus manos estendidas sobre la frente: estaba meditabundo y abstraído, como si el cúmulo de oprimidores recuerdos que combatieran su ser no le permitieran coordinar ni una idea.

Al fin, falto de fuerzas y vigor y anhelando recobrar aliento, contra la adversidad de su destino dejóse caer lánguidamente sobre el banco que adornaba el encierro, y entregado en brazos de su

suerte, esperò el desencadenamiento de tan árduas y contradictorias escenas, como pasaban por su imaginacion.



## La noticia.

Como fátua ecsalación  
que torna, revuelve y gira,  
y ya renace, ya espira  
y mengua ó crece su luz:

tal la incertidumbre crea  
ideas que se confunden,  
que ya crecen, ya se hunden  
en inerte lentitud.

**M**IL veces, nuestros lectores, se habrán preguntado por Alberto; aquel Alberto que apareció en el primer capítulo y que hasta ahora le hemos tenido en completo olvido.

Mas era preciso sucediera así, puesto que su presencia hubiera sido totalmente

innecesaria para el desarrollo de los sucesos narrados anteriormente: pero ya llegó el momento de volver á presentar á aquel personage en la misma situacion en que antes le vimos, pues ciertamente está en su mano el principal secreto que nos ha de conducir al desenlace inesperado de nuestra historia.

Una tarde serena y apacible vestía el firmamento de azul y á fuer de flotantes encajes, bordábanle multitud de entrecortadas nubecillas de color violado muy bajo que enlazándose cual un transparente tul hasta llegar al horizonte y cambiarse en una ancha banda que le circundase, reflejándose el viso de su color en las aguas que parecian dos enrolladas vestiduras, una azul y otra violeta.

Hacia el lado de ocaso, desaparecia esta banda viéndose interceptada por un foco de inflamado amarillo y oro que iban replegando esteriormente encerrando la imàgen de un sol ya moribundo y pronto á sepultarse en la tumba del occidente.

Alberto encontrábase asentado sobre el banco de cèsped en que le vimos con

Alfredo, y que estaba situado frente á su cabaña y protegido por el ramage opulento de una frondosa encina, mesaba à veces su puntiaguda y poblada barba con sus manos, y á veces cruzaba sus brazos y agoviaba su cabeza como si meditara en algun gran suceso.

Para que éste personage no sea enteramente desconocido, daremos una levísima idea de su procedencia.

Florenzia le dió su cuna: era hijo de una ilustre casa y poseedor de mil tesoros á la muerte de su padre. Honrado y juzgando del corazon ageno por las sensaciones del suyo, al ser heredero de tantos bienes entre los cuales habia un magnífico circo, en el que se ejecutaban festejos recreativos para el público, no cuidó de recobrar los documentos de propiedad, por hallarse en poder de una sociedad de hombres (aparentemente religiosos) en quien Alberto tenia suma confianza. Los miembros de la tal sociedad, conociendo que aquella finca cuya renta asaz pingüe, era acaso el principal apoyo del capital del anciano, podria pasar á sus manos, hacien-

do una abnegacion de la posesion de tales documentos , formaron el inicuo proyecto y la abominable trama de despojar impunemente al verdadero poseedor de aquella propiedad. Alberto fué noticiado de ello y aun no queria dar crédito á tanta infamia, pero la realidad le hizo conocer que no siempre debe el hombre tener confianza en sus semejantes y mucho ménos si estos se hallan revestidos de la hipócrita y enmascarada conducta de la mala fé. Cruzarónse los pleitos entre aquella sociedad , y Alberto fué al fin despojado de la gran finca, sin que sus competidores sufrieran el mas leve cuidado y sin que sus conciencias les presentàran à cada instante el crimen que cometido habian.

Muchos años pasaron hasta que Alberto injuriado por la infame conducta de los hombres y deseando aislarse y emanciparse del trato social , se retiró à esta cabaña de que ahora era habitador y en donde habia vivido un tercio de su vida. Allí se decia á sí mismo , se encontraba seguro de los insultos de las intrigas y de las injurias con que la raza de que formaba parte pu-

diera incomodarle y acelerarse su existencia.

Estaba pues como dijimos, pesaroso y meditabundo y lanzando una rápida ojeada hacia el ocaso , seguro de que solo los ecos podrian escuchar sus palabras exclamó:

—Concluye, ¡oh sol! tu imperio y repara cuán pocas horas has reinado sobre el cènit triunfando te encumbraste y torrentes abrasadores en toda su intensidad despediste: las nubes entónces no se atrevian á llegar temerosas de que tu fuego las evaporara y las flores ajadas por tu hoguera cálida, se doblaban como para saludar respetuosamente al padre de la luz, ¿quién entónces te digera que desplomado de esa altura, se veria entibiada tu luz, y tu disco acosado é invadido por los informes velos de los esponjosos y estendidos celages? ¿quién te anunciará que la bòveda celeste se habria pronto de vestir de negro luto en justo holocausto y como recuerdo de tu muerte? Asi el hombre llega tambien al cenit de la vida: la juventud entónces le sonrie, le amagan los placeres , el mundo para él està bañado de dicha , pero bien

pronto descende de esa altura, y và á ocultarse en el ocaso de un frio sepulcro. Tú, ¡oh sol! mueres para volver à nacer; pero èl muere para no volver á levantarse de la tumba.....

Fija quedò la atencion de Alberto hasta que la llegada de otro ser que se aproximaba hàcia él y que parecia ser algun errante viàgero, le distrajo de sus reflexiones.

Era este uno de los moradores de Venecia que presintiendo el rompimiento próximo de una revolucion, habia abandonado aquella ciudad, è intentaba habitar los campos durante la azarosa crisis que amagaba á la república.

—¿Habeis perdido la senda? preguntóle Alberto: decidme el sitio donde quereis dirigiros y os serviré de guia.

— Gracias, buen anciano, contestóle Rosian (tal era el nombre del recién llegado) ha dos dias que habito en los contornos.

—¿Sois hijo de Venecia?

— Sí á fé.

—Entónces permitid que os brinde la

mitad de este rústico asiento; dijo Alberto en tono afectuoso.

—Acepto y me doy el parabien de trabar relaciones amistosas con vos: porque desde que llegué à estos sitios me ha interesado vuestro respetable aspecto.

—Ya dos dias que partísteis de Venecia, preguntó Alberto.

—Ya os lo he dicho; dos dias esactamente.

—¿Y los negocios políticos en que estado se encuentran desde esta fecha?

—Muy mal: eso es justamente lo que me ha obligado á ausentarme de Venecia, se preveer un trastorno general, y ha habido varios amagos de sedicion: sobre todo en la mañana del 18.

—Si no es importuno, os ruego que contéis lo mas esencial de esas turbulencias políticas?

—Es muy sencillo: el dominante gobierno que el dux hace pesar sobre los venecianos, ha hecho que estos ecsasperados y causados de sufrir los caprichos de un caprichoso gefe, intente sacudir el yugo y quebrantar los despóticos lazos que les fa-

tigan : cerciorado el dux , hizo promulgar rígidios bandos y edictos en los que se hacian toda clase de prohibiciones , so pena de que la ley castigára al que no las observase. Esta medida violenta léjos de calmar y ahogar el fuego que se inflamaba en los ánimos, alentó soberbiamente la animosidad justa contra el dux , y en la mañana del 18 hubiera perecido devorado por un incendio preparado en su palacio , si con suma agilidad no se hubiera puesto en salvo descolgandose por uno de los balcones de su dormitorio.

—¿Y han descubierto á los perpetradores de tan inaudito atentador?

—Uno solamente fué aprehendido en la misma mañana , y sentenciado por el tribunal , á ser encarcelado durante su vida en un perpétuo encierro , totalmente incommunicado.

— Y casualmente sabeis su nombre?

—No os puedo complacer, le ví salir del tribunal en medio de una guardia que lo conducia á la cárcel: es jóven, de atrevida y pronunciada fisonomía, llevaba ancha capa sobre sus hombros y un casco de ace-

ro con fuerte celada sobre la cabeza.

— ¡Qué sospecha! exclamó Alberto.

— ¿Le conoceis?

— Decidme ¿llevaba sobre el casco un penacho de plumas?

— Exactamente, de color verde.

Las facciones de Alberto sufrieron un indecible trastorno, y oprimió fuertemente sus pies contra el asiento de césped como si una corriente eléctrica, lo pusiera convulsivamente en movimiento.

Rosian estrañò sobre manera la contraccion de la fisonomía de Alberto y con mesurada voz le preguntó de este modo.

— Le conoceis?

— Sí, le conozco, ojalá nunca le hubiera conocido, si tan dura desgracia me estaba preparada: sí, ese que se mira sentenciado como cómplice de una revuelta, como motor de una revolucion, es mi hijo.

— ¡Vuestro hijo!

— Ese nombre le ha dado siempre, por que ¿qué nombre puede dárselé á un ser que desde los mas tiernos años de la infancia, està con nosotros, y nos acaricia, desde el primer período de la vida y nos res-

peta cuando la juventud empieza á desenvolver las sensaciones de un alma jóven?

—Luego entónces, ese desgraciado realmente no es vuestro descendiente.

—No lo es, y acaso ignoro quienes sean sus padres: salvéle hace algunos años de un eminente peligro y no hallándome con corazon suficientemente duro para abandonarlo y entregarlo á su horfandad , lo crié á mi lado y lo eduqué con la experiencia que trae consigo la penosa y molesta edad que arrastro. Siempre sumiso á mis órdenes, jamás le hubiera creído capaz de quebrantar un juramento , pero ya me he desengañado y conozco que cuando los hijos los rompen y desechan , ¿que podrá esperarse de los demás hombres? y apesar del resentimiento que debiera abrigar contra èl, me creería un mónstruo si no volàra á salvarle: sí, yo me arrojaré à los pies del dux y....

—Eludid esa humillacion. El dux es demasiado bàrbaro para perdonar: id al conde Orfelin , y por conducto de este quizá consigais algo.

—¡Orfelin! si me diérais alguna señal

para poder llegar hasta su palacio.

—Tomad, dijo Loriand, apuntando en una hoja lo que su interlocutor le demandaba.

—Mi vida os diera en premio, repuso Alberto, si no la necesitara para salvar á mi hijo.

—Quedad con Dios, noble anciano, y confiad en el cielo.

Levantòse Loriand, y oprimiendo afectuosamente la arrugada y macilenta mano de Alberto, despidiòse y se dirigió á su morada.

Quedóse este sumido en la mas profunda amargura. Sus ojos se fijaban á veces en el cielo, como querellándose del golpe fatal que habia recibido, y otras los fijaba en el herboso suelo que se estendia á sus pies como resignado á sufrir todo el tráfago de adversidades que el destino le habia conjurado. En tanto los últimos rayos del muriente sol iban á perderse entre los abrasados celages que se agolpan tumultuosamente á la region occidental, y sus últimos y poco intensos reflejos venian á bañar el alterado rostro del dolorido anciano, dán-

dole esta luz ténue y vaporosa, un aspecto de severidad y melancolía tal, que parecia uno de los sacros profetas que con palabras del cielo, convirtieron y arrancaron del crimen á mil naciones corrompidas.

Nunca hubiera creido que Alfredo à quien tan paternalmente amaba, hubiera recompensado tan extraordinario cariño con la bastarda accion de engañarle como à un idiota: Alberto habia intimamente creido los juramentos que Alfredo le protestara de renunciar á las conspiraciones tramadas en contra del dux y en pró de los venecianos, y en tal creencia reposaba tranquilo disfrutando los sencillos è inocentes placeres que con mano frugal brindan los campestres recintos, sin que la negra desconfianza descolorase tan animadora perspectiva, así es que tan grande fué su resentimiento, quanto lo era su certeza de que Alfredo no rompería su palabra.

Abismado en estas reflexiones se levantó del rústico asiento que ocupaba, y con mesurados y enflaquecidos pasos dirigióse à su cercana cabaña, dorada aun por el pós-

tumo y debilísimo rayo del sol poniente.

A las dos horas volvió à salir de ella y con trémula voz exclamó:

—La noche está tranquila y aun cuando ignoro la ruta que puede conducir á Venecia , me decido á arrostrar todos los obstáculos que se me presenten y volaré á arrojarme á los pies del conde, à quien le pediré la vida de mi Alfredo.

Dichas estas palabras , emprendió Alberto su marcha en direccion à Venecia.



## El descubrimiento.

Como en la densa espesura  
 tiembla el rústico sencillo,  
 si relámpago amarillo  
 surca el espacio veloz:

así el alma sorprende  
 cuando mira fascinada,  
 una verdad bien hadada  
 lo que Fabio creyó.

**D**ESDE la noche en que la aparición de Alfredo, estorbó el enlace del dux con Matilde, ésta conmovida por la fuerte impresión que habia recibido, se sintió gravemente aquejada, y una intensa y devoradora fiebre se apoderó de su cerebro. El conde que estuvo dos dias sin que-

rer ver á su hija, tal era la cólera que habia estallado en su corazon, apenas le enteraron de la gravedad en que aquella se encontraba, voló à su lado, y le sorprendió tanto el estado de Matilde, que por revolucion interior, varió completamente de carácter trocándose de inflexible y adusto en afable y cariñoso, pues apesar de que nunca el remordimiento le habia hecho agitar sus pensamientos, no dejó de conocer que él era el primer móvil de la enfermedad de Matilde. El rostro de esta habia sufrido el mas extraordinario trastorno: su frente enjuta y seca, hallabáse surcada de horizontales pliegues que se confundian entre las sienes constantemente agitadas por una violenta pulsacion. Aquellos ojos donde brilló el amor entre el velo divino de la inocencia estaban casi apagados, y en su fria pupíla que à veces se fijaba en el abovedado techo de su dormitorio, veíase gravada la imágen del dolor. Una ancha y enarcada ojera se desprendia de ellos y surcaba hasta la mitad de la mejilla, que ya no destellaba aquel color subidísimo de rosa, y sus labios secos, divi-

dados en mil líneas, estaban cubiertos de una palidez mortal.

La voz de esta jóven habia sido embargada desde la antedicha noche, y si alguna vez desplegabá sus macilentos lábios, no pudiendo articular ni una sola palabra, satisfacía su ansiedad, lanzando un doloroso gemido de lastimera inquietud.

Convocados fueron por el conde todos los mas hábiles y acreditados doctores que entónces residían en Venecia, suplicándoles fervorosamente, ecsaminasen con toda detencion á Matilde, y que luego discutieran el tiempo necesario sobre el restablecimiento de su perdida frescura y juventud. En efecto, reunidos en un salon, despues de un prolijo reconocimiento, los mas sábios en la ciencia hipocrática, entablarónse varias reflexiones sobre el mal que abrumaba à la paciente. Cada uno espuso su dictàmen apoyado en las verdades mas exactas de la facultad, resultando de la comun aligacion de pareceres y sentencias, que la enfermedad, habia sido producida por una gran sorpresa y que una especie de parálisis se habia apoderado de todos

los órganos de la economía física. Además que sería muy del caso que ninguna persona entrase en su habitación: que las puertas de aquella estuviesen entrecerradas, y que el mas profundo silencio se conservara en el palacio, hasta que cesase el peligro, porque á la mas leve impresion que la paciente recibiera podría apagarse súbita y repentinamente su existencia.

Enterado de un todo el conde de estas instrucciones tan importantes, desarrolló toda la energía necesaria, para que se lleváran á efecto todas las órdenes de los doctores, que con tanta desicion habian consultado sobre el modo de atacar la enfermedad. El mas sepulcral silencio se observaba en el palacio y no se permitió que ni los carruages atravesaran por aquella calle.

En el momento, pues de nuestra narracion, hallábase el conde sentado sobre un voluminoso sillón, en la habitación contigua al dormitorio de Matilde, tenia el brazo derecho apoyado sobre el espaldar y con la mano izquierda se acariciaba una barba escasa y miserable: parecia estar hundido en una gran meditacion; pues los mo-

vimientos continuados de su cabeza y la gesticulaciones de su semblantes, revelaban que por su imaginacion atravesaban en tropel, multitud de ideas que le hacian estar en perpetua agitacion.

El sol empezaba á elevarse sobre el horizonte, y un rayo, refractado en unos vidrios labrados, venia á herir el rostro del conde iluminando así claramente todos los contornos de su movible fisonomía.

Petrificado é inmoble hubiera permanecido, si un rumor producido por varias voces que al parecer disputaban en la puerta del palacio, no le sacara del estúpido letargo en que estaba sumergido. Temeroso de que tal rumor causara alguna emocion en su hija, se levantó precipitadamente y saliendo à la galería de cristales hizo llamar á uno de sus criados, volviéndose luego al primer sitio donde lo vimos.

Uno de los criados del conde, se presentó á su vista, mesuradamente pronunciando estas palabras:

—Señor, estoy á vuestras órdenes.

—El conde con voz entrecortada le preguntó:

—Quién causa ese bullicio que ha llegado á resonar hasta en esta habitacion?

—La causa de ese alboroto es la siguiente: se nos ha presentado hace cortos instantes un anciano, con el obstinado empeño de que le franqueáramos la entrada y le dejásemos penetrar hasta vos. Nosotros que conocemos el estado de melancolía en que os hallais, le negamos decididamente la peticion y ofendido con nuestra negativa, ha proferido mil de dicterios sobre nosotros; vos decidireis que hemos de hacer con ese anciano que segun mi dictámen no tiene su cabeza muy en caja

—Dile, Fortun, contestó el conde, que si modera su language, y si es breve la entrevista que desea tener conmigo, que puede subir ¿comprendes?

—Si señor, y en cumplimiento de vuestras órdenes me retiro.

—Adios.

Pensativo y meditabundo quedó el conde, calculando quien podria ser el anciano, que con tanta premura deseaba llegar hasta su gabinete, y aunque dirigió una rápida ojeada sobre todos los acaecimien-

tos de su vida, no encontró ningún rayo de luz que le dilucidara, la enmarañada confusión que voltegeaba en su mente.

La aparición del nuevo personaje, interrumpió los imaginarios cálculos del conde, y levantando su cabeza antes inclinada, examinó minuciosamente al anciano, cuya barba demasiado prolongada, y cuyos blancos cabellos destellaban respeto y veneración. Aunque nuestros lectores habrán adivinado quien sea él, corroboraremos su opinión anunciándole que el referido anciano era Alberto. Las contracciones de su arrugado y macerado rostro, la agitación de todos sus miembros, y el magnético impulso con que sus ojos se abrían convulsivamente, sorprendieron tanto à Orfelín, que deponiendo su mal humor, le rogó tomase asiento á su lado, y esplanàra el objeto de su tan pretendida entrevista.

Alberto, despues de sentarse respetuosamente al lado del conde, con tembloroso y alterado acento se espresò del modo siguiente:

—No hubiera nunca llegado à importunaros, si el torrente de la mas severa

adversidad , no hubiera puesto à mi corazon en el mas horrendo precipicio: habitador de un rústico lugar que se eleva en medio de esas feraces campiñas , ricas de verdura y lozanía que se estienden à corta distancia de Venecia , disfrutaba una vida tranquila que insensiblemente me iba conduciendo al recinto donde se estrellan todas las pasiones de los humanos... al sepulcro en fin: mas siempre tras la calma amarga sus embates la borrascosa tempestad , y rugiendo ésta en torno de mis sienes , ha destruido toda la felicidad que mi caduca senectud gozaba. Anoche un inesperado incidente , que pronto manifestaré , me hizo poner en camino à esta ciudad , y luchando con la oscuridad de la noche , lastimando mis pies con la fragura de los sitios por donde me he visto obligado à atravesar , y perdiendo mil veces la senda á causa de mi impericia en su direccion , he podido al fin , llegar hasta vos en la firme confianza de que no me negareis el apoyo y acritud que espero de vuestra clemencia.

Atento escuchó el conde las palabras de Alberto, interpretando inesacta-

mente su sentido, sacó una bolsa que contenia doblas de oro, y la alargó á Alberto diciéndole:

—Tomad , y socorreos con eso; y podríais haber escusado tan largo relato, demandándome desde luego esa limosna.

Alberto tomó la bolsa , y con la velocidad del rayo, la estrelló frenético contra el pavimento, esparciéndose por la habitacion las doblas que contenia.

—¡Oro! exclamó; siempre el oro es el que resuelve cualquiera de vuestras cuestiones, os habeis engañado, y estais envuelto en la red de un error; si pensais que he venido à mendigar ese vil metal, ya veis al sitio que le condeno; y aun cuando mis humildes vestidos os hayan revelado la escasez de mi fortuna, sabed que soy demasiado orgulloso para implorar el auxilio de ningun noble, y antes como las feroces fieras me alimentara de la gramosa yerba que vegeta sobre las anchurosas campiñas, que envilecerme allegando como vil y mesquino gusano, à besar la planta del pederoso, y á demandarle ese oro cuyo brillo infesta y contamina.

El decisivo desinterès de Alberto, hi-rió fuertemente la atencion del conde, quien templó de este modo el justo resentimien-to de que habia sido causa.

—Y bien; entónces ¿á qué habeis ve-nido?

—Vengo à pedirós la salvacion de un ser, prócsimo á recibir el golpe del cas-tigo.

—No os comprendo.

—Escuchad; aislado y en completa in-dependencia de las ciudades, he vivido un resto de mi vida, morando, como os he dicho, en el centro de los campos; distraian mi soledad las inocentes caricias de un ni-ño, à quien siempre daba el nombre de hijo y en quien fuí inculcando los mas sanos y caballerosos principios, confiado en que el destino, nunca le arrancaría de mi lado, pero ¡cuán falibles son los cálculos humanos! aquel ser llegó á crecer al mis-mo tiempo que en su corazon se desarro-llaban monstruosamente las mas vehemen-tes y volcànicas pasiones; ya entónces, la naturaleza que tan pura sonrie en los flo-ridos prados, no bastó á satisfacer los na-

cientes deseos que abrigaba.

Conociendo que le seria insoportable por mas tiempo el total aislamiento en que le tenia confinado, le permití pasàse à Venecia, vergel de la Italia, y que nutriese su imaginacion con la perspectiva de una ciudad civilizada. ¡Oh! ¡nunca los muros de Venecia se hubieran abierto à su planta! que de haber penetrado en esta ciudad, tomó fuerza y raudal el torrente fecundo de mis desgracias y aflicciones. Mi hijo enamoròse de una jóven de aquel suelo, que en linaje estaba mas encumbra-da que èl; y ella fuè la primer piedra del cimiento de su infortunio; luego el hàlito fatal y corrompido de las cuestiones polí-ticas que tanto se difunde por las ciuda-des, llegó bien pronto à inficionar è infes-tar su alma ardiente, y tomando parte en las invectivas, que se levantaban contra el dux, inflamóse en tal hoguera de patrióti-co fuego que hasta en sus sueños se le oian pronunciar las voces ¡de muerte y venganza!

Cuanto sugerirme pudo la experiencia adquirida en la carrera de mi vida, puse en práctica para arrancar de su mente esas

ideas que tanto desarrollo iban tomando, y al fin creí haber consumado la difícil obra de desarraigar tan profundo germen, cuando una noticia fatal, que siempre la adversidad se propaga rápidamente, vino á sorprenderme à mi cabaña. «*Vuestro hijo está apenado y encarcelado por orden del presidente, el dux*» fueron fatídicos acentos que vibraron por todo mi ser. Frenético y fuera de mí, solo pensé en venir à este palacio, en arrojarme à vuestras plantas y demandar vuestra intercesion para arrancar esa víctima de las garras del implacable tribunal. Y si lo hareis, el corazon me lo predice en sus latidos: vos que sois padre, bien conocereis el cariño con que se ama à un hijo.

El conde apesar suyo se sentía conmovido y así preguntó à Alberto:

—Decidme el nombre de ese reo vuestro hijo y....

—Alfredo, es su nombre.

—¡Alfredo! exclamò Orfelin, lleno de cólera y furia ¿ese trovador temerario que se ha empeñado en amar à mi hija?

—¡Ah! vos sois el padre de Matilde.

—Sí.

—Perdonadme; he sido un imprudente.... no os conocia.

—A vos si os perdono... ¡à vuestro hijo no; porque èl ha sido el que ha encendido la tea de la discordia en mi palacio, èl ha derribado todas mis esperanzas, èl cual una sombra nos ha perseguido por todas partes; èl en fin, es el motor de que mi hija, desgraciada presa de una terrible enfermedad, se encuentre ahora vacilando prócsima al borde de la tumba.

—Ha sido un temerario, conde, pero decidme ¿no os conmueve este llanto que en copioso raudal se derrama de mis alterados ojos? ¿no os causa compasion este desconcierto de mis facciones? esta blancura que ciñe mi cabeza, señal de que ya la existencia va huyendo, y que pronto el alma romperá la càrcel material en que está aprisionada? Si supiérais lo que amo á Alfredo, si os pudiera pintar la inocencia con que al amanecer iba todos los dias à despertarme y á regar mi lecho con multitud de flores que habia usurpado á los jardines. si le viérais al anochechar con cuanta terne-

za, sus brazos circundaban mi cuello, mientras un ósculo' paterual imprimian mis lábios en su frente, os arenpentiríais de querer inmolarme.

—¡Callad! no lastimeis mas mi corazon; os compadezco, pero Alfredo morirà: y aun cuando yo intercediese con el dux y èste le perdonara, ¿seria eso suficiente para rescindir una formal sentencia leida al pueblo?

—¡Sentencia atroz! ¡oh conde! si viérais à vuestra hija, encerrada en un calabozo lóbrego y frio, y supiérais que mañana torpemente conducida por un verdugo soez, habria de llegar al patíbulo, donde envileciendo, cubriendo de afrenta á todos los de su raza, fuese ejecutada, brotando la sangre de su cercenada garganta....

—¡Callad! os repito.

—Dejad al ménos que desahogue y dulcifique mi amargo corazon: dejad que me querelle al cielo que friamente y con indiferencia me está viendo ser mártir de mi destino: todo lo he perdido sobre la tierra; tuve riquezas y el oro le ví rodar á mis pies; tuve una esposa, fiel compañera con

quien dividia mis horas de amargura y de solaz: las riquezas fueron inícuamente arrebatadas por la férrea mano de una horrosa intriga, y mi cara consorte, blanco de la vengadora parca, me abandonó interponiendo entre los dos su funebre losa un sepulcro: solo me quedaba Alfredo, único ser que amenizaba la aspereza y austeridad del desierto en que vivo, y ese voy á perderle tambien, sin que las lágrimas basten á ablandar la energía de sus jueces. La única àncora que me restaba, era vuestro apoyo, y faltándome éste tambien, ¿cómo podrè sostener el esquiife de su ecsistencia, contra el impulso de las engruesadas olas que se agolpan sobre èl?

¡Bárbaras leyes que inflexibles al llanto paternal, arrebatan al hijo y descargan sobre èl su cuchilla!....

— Tranquilizaos, y confiad en el cielo; la esperanza es tambien el consuelo de los mortales.

— ¡Esperar! en vano; los fallos del tribunal son irrevocables, y no hay súplicas ni ruegos que le hagan desistir de sus sangui-narias sentencias.... pero aun tengo un refu-

gio en mi desamparo:

—¿Cuál?

El de presentarme à esos adustos ministros de la ley y ofrecerles mi cabeza en cambio de la vida de Alfredo. ¿Qué me importa el morir? la muerte solo puede anticiparme un leve período al fin de mis dias; mientras puedo salvar á mi hijo.

—¡Delirais, anciano! ese cange de víctimas no lo permiten las leyes de ninguna nacion europea.

—¿Con qué no hay barrera, ni escudo que contenga el golpe?

—Solo el Creador puede salvarle.

La espresion del mas vivo sentimiento se esparció por la fisionomía de Alberto, quien entrelazando entrambas manos, en el acceso de una atroz desconfianza exclamò:

—Alfredo, si tan siniestra habia de ser la estrella de tu horóscopo ¿porqué no te dejè abandonado á las furiosas ondas del Adriático; que así te hubiera ahorrado mil horas de infortunios?

Una vislumbre de un recuerdo resbaló entónces por el rostro del conde y con

suma agitacion preguntó à Alberto:

—Y qué ¿Alfredo se ha visto en peligro de sumergirse en el canal?

—Sí conde, os acordais del 18 de Diciembre.

—¡Ah! sí, noche terrible y fatal que sumió en llanto à todos los moradores de Venecia, y cuyo aciago recuerdo no se alejarà nunca de mi lastimado corazon; aquella noche perdí á la mas tierna esposa y al mas tierno de los hijos.

—¿Perdisteis á vuestro hijo?

—Sí, noble anciano, al dia siguiente de la borrasca el cadáver de mi esposa flotaba sobre las ondas, pero el de mi hijo habia desaparecido.

—¿Que edad tendria entónces vuestro hijo?

—Cuatro meses.

—¿Llevaba al cuello un retrato?

El conde fuera de sí, al oir tan verídicas señas, exclamó:

—Sí, sí, ¿pero porqué me haceis esas prenguntas?

—Escuchadme: Alfredo no es mi hijo, le salvè de la muerte esa noche en que mil

góndolas atravesaban el canal, y pendiente del cuello.....

—¡Seguid por compasion!....

— Llevaba este retrato.

Tomó el dux el retrato y al fijar sus ojos en él, dejó escapar un grito de sorpresa.

—¡Esa es mi esposa! y.... ¡ese Alfredo!

—¡Acabad!

—¡Es mi hijo!

Matilde que estaba en la inmediata habitacion, notó el acaloramiento que iba tomando el diálogo hasta el desenlace fatal, y horrorizada al conocer que Alfredo era su hermano exclamó:

—¡Alfredo!.... yo le he amado y.... es mi.... yo muero.

Estas exclamaciones hicieron salir al conde del estupor en que estaba sumergido, y corriendo precipitadamente hasta el lecho de Matilde, sintió que un frio sudor se resbalaba por su frente; los pulsos de la jóven no latian, sus ojos estaban cerrados, sus lábios comprimidos y su cuerpo inmóble: la impresion que habia recibido la asesinó.

Fuera de sí el conde espidió á sus criados con órdenes á los doctores, quienes rápidamente concurrieron al palacio, y despues de haber ecsaminado á Matilde declararon que estaba muerta.

Orfelin á tan fatal noticia cayò sobre un sillón siendo presa de un terrible vértigo.

Alberto precipitadamente se arrojò á sus pies , y con voz patética le insinuó:

—Volved en vos: reflexionad que en este instante habeis perdido à vuestra hija, y que mañana quizás morirá tambien vuestro hijo, pero no en un lecho.... sino en un patíbulo.

Estas espresiones reanimaron al conde que despertó diciendo:

—Sí, ¡mañana!...

—¡Hoy mismo! repuso Alberto, no teneis un momento que perder: tal vez el golpe vengador haya caido sobre su cabeza cuando llegueis à salvarle: corred, os lo suplico , ya una víctima ha inmolado el destino: no aguardéis que os sacrifique otra; si grande es el dolor que os causa la muerte espontánea de vuestra hija , tiempo teneis

de llorar tanta amargura, y no querais tener que derramar vuestras lágrimas por dos.

La sensacion de la muerte de Matilde, hizo tal efecto en el conde, que apenas pudo articular estas palabras:

—Alberto, quedaos aquí, hoy el dux está fuera de Venecia, pero mañana volaré à su palacio, y si no me entrega à mi hijo, se lo arrebataré.

—Sí, volvió á decir Alberto, confiad en el cielo.

—En él solo estriba mi esperanza, pronunció el conde, cayendo en los brazos de Alberto.





## La súplica.

Lega anhelado perdon  
quien nacido en buena cuna,  
recibió de la fortuna,  
un corazon liberal:

pero el que impío y tirano  
á la maldad se eslabona,  
jamás benigno perdona;  
se complace en condenar.

**U**NA noche tranquila é imperturbable  
se estendia sobre Venecia y parecia  
que hasta el viento habia plegado  
sus murmuradoras àlas, para no turbar el  
reposo y sosiego de los seres que eran ha-  
bitadores de aquella ciudad.

La luna que se habia levantado sobre

el horizonte embozada en su ancha vestidura de volubles nubecillas, se habian despejado de los velos opacos que ceñian su frente y ostentaba su disco argentado, con cuya templada luz se bañaban las torres y cornisages de los edificios, y las cúpulas abovedadas de las iglesias.

Algunas errantes avecillas, surcaban en el espacio y reinaba la mayor calma.

Entre la multitud de vidrios en que la luna quebraba su pálido destello, eran unos los que cerraban una de las ventanas del dormitorio de Matilde, à quien toda Venecia lloró con el mas vivo fervor y sentimiento, pues era tal el atractivo y la inocencia de esta jóven, que hasta las venecianas, que estaban envidiosas de sus encantos, no dejaron de derramar algunas lágrimas á la memoria de ella.

Habia desaparecido de la habitacion de Matilde, el moldurado y riquísimo lecho que la recibía durante la noche, y la ancha colgadura que se desprendia sobre èl estaba tambien recogida.

Un fúnebre aparato vestido de imponente y magestuoso terciopelo negro, fran-

jado y bordado de finísimo oro, era la especie de catafalco que sostenia á la jóven, mientras no la condujesen al sepulcro: en los cuatro ángulos ardian , arrojando torrente de amarilla lumbre , cuatro magníficos candelabros , cuya vagorosa sombra se deslizaba por los muros de la habitacion al capricho de los movimientos instables de la luz. En medio del catafalco estaba colocada Matilde.... ¡Venid en torno mio , célebres pintores , estended los lienzos y trazad sus contornos , antes que el fétido gusano los devore! Venid escultores y con duro buril modulad un trozo mármoreo y copiad esas facciones que no volverán à aparecer sobre la tierra!....

Ni la muerte con su desfiguradora influencia pudo atreverse à descomponer las uniformes y perfectas facciones de Matilde: tendida horizontalmente sobre aquel pedestal fúnebre, dejaba ver entre los pliegues de un velo blanco , emblema de virginal inocencia, un rostro tranquilo é inmóvil: sus ojos estaban cerrados, y no parecia sino que un peso horrible oprimia sus párpados: sus labios , aunque empañados

por una lividez estrema descubrian aun una hilera de blancos dientes que pronto se convirtieran en polvo.

Estremecía el pensamiento de que tanta beldad habia presto de desaparecer.

Ceñía su cintura un ropage blanco que se plegaba hasta cubrir sus pies, y en su cabeza se sostenia una aureola de rosas blancas, cuyas hojas confundíanse entre las hebras del ya lacio cabello; sus manos anudadas, en actitud suplicante, por medio de un ramo de eternas siemprevivas, parecia à veces que se movian, y en las fluctuadoras variaciones que tiene la luz flameante, parecia tambien que las facciones de la jóyen tomaban, aunque leve, algun movimiento. ¡De què vale la hermosura, si en ella mas se ensaña el iracundo embahte de la muerte!

En la contigua habitacion, estaban en la mayor zozobra el conde y Alberto, quienes à veces oraban por la eterna ventura de Matilde, y á veces calculaban sobre el modo de poder dar la libertad á Alfredo.

El conde estaba sentado en un sillón

y respaldado sobre los brazos de él: encendido se hallaba su semblante como si hubiera recibido el fuerte calórico de un cuerpo candente: y sus ojos, empañados por el torrente de lágrimas que se agolpaban á ellos, dejaban caer algunas gotas de llanto que desprendiéndose en circulares globos, atravesaban por su mejilla hasta evaporarse en el calor que sus labios despedían.

Alberto, encontrábase á su izquierda: abatido y doliente y sumamente afectado, ya levantaba su cabeza y miraba atónitamente al conde como para ayudarle á sobrellevar el peso de su desgracia, ó ya, cargando su frente sobre entrambas manos, quería como separar sus ojos de aquel mundo en que solo había visto nacer la flor del infortunio.

Rompiendo al fin el sepulcral silencio que reinaba en todo el palacio, nació este diálogo entre aquellos dos personajes.

—Consolaos conde; las desgracias deben tolerarse: además, esa ha sido la voluntad del cielo y en vano el llanto podrá tornar à la vida á vuestra hija, pero un consuelo puede confortar y paliar vuestra

tristeza: si Matilde à dejado de respirar sobre la tierra ¿no estará ya en el cielo, rodeada de celestiales querubés que se agitarán en torno de ella? ¿no recibirá en esa altura la envidiable palma de la virtud, y no será acogida bajo la munífica égida del Omnipotente?

—Ese pensamiento, Alberto, es el que mas amengua mi dolor; mas.... y Alfredo?

—Alfredo se salvará: ese cielo que ahora os combate y os apena, injusto fuera si tambien os usurpara á vuestro hijo. No lo creais: la estrecha amistad que os liga al dux, àrbitro dueño de su vida, las fervientes palabras con que le demandareis la existencia de Alfredo, os harán triunfar de la adversidad, y cansado el destino de apretar el dogal á nuestros cuellos, depondrá al fin su rigor, y nos levantará de nuestras frentes esa mano de hierro que tanto ahora nos oprime.

—Partiré cuando amanezca, al palacio del dux.

Volvieron á quedar en silencio, hasta que un brillo escaso anunció la partida de la noche y el regreso del nuevo dia.

—Ya el alba nos sorprende; partid, conde, yo quedaré velando el sueño sepulcral de vuestra hija.

Levantóse el conde, abrió la puerta de comunicacion que daba al dormitorio de Matilde, penetró en él y llegando hasta ella, dejó escapar estas palabras, mientras imprimió en la yerta frente de la jóven el último beso de paternal afecto.

—¡Adios Matilde!... vè á gozar la paz de los àngeles! si desde la inmensa y refulgente altura, te acuerdas de tu doliente padre, lanza desde allí una mirada de consuelo sobre su rostro.

Salió luego de la habitacion y despidiéndose de Alberto: se dirigió triste y melancólico al palacio del dux.

Este edificio, estaba tambien en la plaza de san Márcos, frente al palacio ducal, y el dux habia determinado residir en él hasta que aquel se recompusiera del detrimento que le habia hecho sufrir el incendio de que anteriormente hablamos.

Estaba Silviano en una de las habitaciones mas estraviadas de su nueva morada, cuando no sin gran sorpresa vió entrar

al conde pàlido y descolorido.

—¿Qué quereis, conde, tan temprano?  
preguntóle el dux con alguna frialdad.

—Si me permitis.....

—Sentaos conde, y hablad.

Ambos tomaron asiento, y Orfelin se espresò de este modo:

—Recien llegado á Venecia fuí invitado à asistir á un paseo en gòndolas que se verificó en la noche del 18 de Diciembre en el canal: asisti à él con mi esposa y un niño que apénas frisaría en los cuatro meses: la fatalidad hizo que un hórrido huracan atropellase y estrellase las gòndolas, y que la mayor parte de las personas que iban en ellas, despues de luchar agoniosamente con las ondas tumultuosas se sumergieran, faltas de fuerzas y se ahogaran.

Al dia siguiente el cadàver de mi esposa, à quien por mas esfuerzos que practiqué en la noche no me fué dable salvar, flotaba sobre el agua, pero el del niño habia desaparecido: un tiempo tuve la esperanza de que algun ser compasivo le hubiera salvado, entregándole á sus padres luego que averiguara el sitio de su permanencia,

pero esta esperanza fuese desmejorando y enflaqueciendo poco à poco hasta perderse.

Figuraos dux, cual seria mi sorpresa al conocer ayer que un hijo cuya muerte habia llorado tantas veces, fuè recogido y salvado del peligro aquella noche, y sustentado por un anciano que habita en una de esas campiñas que bordan los contornos de Venecia. Sí noble dux, mi hijo ecsiste y está en vuestro poder... entregádmelo, y si en cambio quereis hasta mi sangre, no vacileis.... herid mi corazon.

—No os comprendo, conde.... ¿en mi poder vuestro hijo?... vamos, delirais: si yo vivo aquí solo con mis criados ¿cómo es posible lo que decis?

—No es aquí donde se encuentra mi hijo: ¡ojalá fuera esta ahora su permanencia! que en esta mansion no se deslustrara en nada la alteza de su nacimiento: está confinado en uno de esos encierros lóbregos que el hombre construyó para tortura de su semejante, y acaso el golpe esterminador del castigo amague su ecsistencia.

—Decid su nombre y entónces quizá nos entenderemos.

—Alfredo.

Coloreóse vivamente el semblante del dux, y con áspero ceño contestó:

—¡Alfredo vuestro hijo! ¿es acaso una trama que quereis tenderme, ¿ó sois secuaz ó cómplice de alguna conjuracion?

El conde colérico, convulsamente pronunció.

—Sellad el lábio dux: ¿yo cómplice de conjuraciones? ¡atroz calumnia! ¡bàrbaras sospecha que no esperaba escuchar de vos!... astais demasiado altivo dux: y pensais asentaros sobre un cimiento indeleznable, y os engañais, y ya que haceis rebosar en mi corazon la copa del sufrimiento, os recordaré que la cumbre del poder es muy escabrosa y que en ella la mas pequeña desigualdad que se encuentra, es un monte donde pueden estrellarse los mas cautelosos, y cada leve abertura que se encuentra en su cima, es un abismo insondable, dispuesto á sepultar en su entraña aun á los mas espertos.

—¿Quereis darme lecciones de legislacion?

—No: lo que ùnicamente quiero pro-

baros, que el que nació caballero como yo, no puede mentir, porque la falsedad es hija de un alma ruin y villana, y lo que deseo es que conozcais que ese Alfredo es mi hijo, que no hay ninguna trama que tender intento sobre vos. Escuchad: si hubieseis perdido un hijo, y si à los 18 años se os hubiera presentado un anciano entregàndoos el retrato de vuestra esposa que aquel llevaba al cuello ¿qué diríais?

—Con tantas pruebas....

—Pues eso justamente ha sucedido conmigo: el retrato de mi esposa fuéme entregado ayer por ese anciano ¿cómo trazar la efusion que embargó todo mi ser? imposible: me pareció que un sueño resbalaba por mis ojos, que una fiebre me habia sumido en el mas devorante delirio.... pero no, era cierto: mi hijo ecsiste y va á morir si vos no rescindis esa bàrbara sentencia que se ha vibrado sobre èl. Vos todo lo podeis conozeo que sois àrbitro y dueño de las potestades y legislatura de Venecia: sè claramente que la voluntad vuestra es la de todos los jueces del tribunal. ¡Ah! cómo quereis que os pida tan grandes gracias que

anhelais, que sacrificio por atroz que sea puedo hacer para reconquistar esa joya en- que tenia puesto todo mi cariño! ¿Quereis que me humille á vos, y que cual miserable reptil me arroje à vuestras plantas? pues ya lo veis . mas degradacion no cabe en un caballero , y contemplad si serà grande é inmenso el cariño que profeso á Alfredo, cuando por él, por salvarle, aun permanezco en esta postura , indigna de mi nombre y de mi linage.

El conde se habia arrojado á los pies del dux , y le tenia abrazadas ambas rodillas.

—Alzad, conde, se os puede salvar à Alfredo; pero con una cláusula precisa é irrecusable.

—Decid: que ya la impaciencia me ahoga ¿es oro? vos abrireis mis arcas , mis joyas , mis diamantes , mi palacio , mi vida en fin, están en vuestras manos.

—Es decir, repuso sordamente el dux, que puedo disponer de cuanto poseeis....

—Como si vuestro fuera.

—Entónces , decidido y resueltamente dijo el dux: dadme á Matilde , à vuestra

hija, porque la amo mas que nunca, y el fuego de esta ardiente pasion....

Iba á continuar el dux, pero el conde trèmulo, alterado y lleno de horror, se levantó precipitadamente y poniendo su mano en la boca del dux, exclamó con entrecortadas palabras:

—Callad por compasion; no profaneis con tan lasciva pintura vuestro amor; Matilde ha elegido esposo y no puede perteneceros.

—Y vos sin duda se lo habeis elegido?

—No yo: el destino.

—Y ¿quien es el temerario, el indigno que se atreve á rivalizar en mis amores? decidme su nombre, y juro por las cabezas de todos los moradores de Venecia, que la suya pronto caerà á mis pies.

—Está muy alto vuestro rival, y es tal su poder que con un leve soplo rodariais alabismo: y es tal el fulgor de su pupila que no osariais levantar vuestra frente para mirarle, sin que os abrasárais.

—¿Quien es pues? acabad... su nombre.

—Dios es su esposo, y no puede ya pertenecer á nadie:

—No os comprendo.

—Matilde, mi idolatrada hija, no existe ya.....

—La noticia inesperada de que Alfredo era su amante, y al mismo tiempo su hermano la ha asesinado.

El dux fuera de sí, viendo perdida la tabla de su esperanza, arrojaba por sus ojos una luz tan fatídica, que parecia bañada en sangre: colérico é iracundo mesábase bruscamente sus cabellos, y repetidos golpes tirados por instinto, descargó sobre los brazos del sillón.

—Luego ¿ese Alfredo, ha sido el motor de la muerte de la que tanto he amado?

—Mas perdonadle, él ni aun sabe la nueva fatal: encerrado en una aislada prision como està, no puede ni ha podido ser promovedor de ningun acaecimiento; es un reo, si se quiere, por quien os pido el mas breve perdon.

—¡Perdonarle!.... ¡jamás!

—¿Conque sois inecorable? y ¿olvidais los años de amistad que han atravesado por nuestras frentes? ¿de qué està fabricado vuestro corazon? ¿de mármol tal vez? nó

que el mármol se ablanda en derramando lágrimas sobre él; y lo que es vuestro corazón no le conmoverian todas las lágrimas del universo. Por última vez, dux, ¿poneis en libertad à Alfredo?

—No puedo, ni debo.

—¿Y vos conocéis el deber? ¿pensais que estoy ignorante de las intrigas que habeis manejado en ese tribunal? ¿os acordais de *Lucian* que fuè condenado y salvado por vos... y por qué precio tan mezquino y ruin me averguenzo de decíroslo, por la deshonorra de su hija?

—¡Callad conde! vanos son vuestros dicterios; la vida de Alfredo no puede salvarse: morirà, y deseo llegue el momento ya de la ejecucion: me vereis al pié del patibulo y sonreiré cuando su garganta haya sentido la opresion del dogal.

—¡Cruel y bárbaro! y ¿he podido tener afecto à un mónstrno?

—Las leyes le han juzgado.

—Las leyes nó: el despótico capricho de un tirano mas sangriento que las fieras del desierto, sí, porque estoy persuadido que una hiena sedienta de sangre, se hu-

biera ablandado al oír mis súplicas y no hubiera clavado su corvo diente en el corazón de la víctima; ni podeis tampoco mandar la ejecucion de la justicia: la sentencia pronunciada por el tribunal fué la condenacion à una prision por vida.

— Se ha refundido: era poco castigo al crimen y se ha equilibrado aumentándolo.

— ¡Gozaos bárbaro en llenarme de terror! pero, y si mañana ese pueblo á quien oprimis se levantara y os arrancara el corazón ¿què diriais?

— El pueblo no se levantará; la sangre que le ha estraído el tribunal, lo ha dejado muy débil para tener las fuerzas necesarias à una sedicion.

— Ese pueblo unido y compacto, tiene poder para derribar no solo vuestra cabeza, sino hasta los muros del tribunal y de la cárcel.

En fin sabedlo, os lo anuncio; aunque los años han desmejorado en mucho mi existencia, despues de la muerte de Alfredo, me vereis otra vez en este sitio; os emplazo para entónces y si no sois un cobarde, me comprendereis?

—Bien, os espero: os darè la satisfaccion que apetezcais.

—Entre tanto, repitió el conde cerca de la puerta de la habitacion, antes de decidir al golpe, contemplad que tras ese velo azul que viste el firmamento hay una mano justa que puede desplomar sobre vuestra crueldad, un castigo eterno. Adios.

—Adios conde, murmuró el dux que quedó bastante pensativo, y previendo que aquellas amenazadoras frases, podrian envolver algo de realidad, y queriendo sobre todo ponerse á cubierto de cualquiera combustion popular que pudiera amagarle, tocó una sonora campanilla à cuya vibracion apareció un criado en aquella estancia.

—¿Qué teneis que ordenar?

—Oye Fortun, las voces rumorosas que corren por Venecia, vaticinan una sedicion: en caso de estallar, el primer sitio de que intentarán apoderarse, será indudablemente la càrcel; así pues, parte en este momento, dirígete á dicho edificio ordenando en mi nombre que se duplique la custodia que tienen los aprisionados.

—Voy á cumplir , vuestras instrucciones , respondió Fortun retirándose.

El dux satisfecho altamente de sus precauciones y no recelando ya que pudiera su autoridad verse comprometida; dijo para sí.

—Piensa el pueblo que no le conozco: ¡ah! cuán errado vè: yo le cerraré todos los sitios por donde pueda provocarme y le obligaré, como siempre, à que venga humilde y sumiso á besar la planta de quien es mas que èl.

Así continuó dos horas, conferenciando consigo mismo y midiendo à largos pasos la habitacion en que se encontraba.



## La revolucion.

Do quier resuena en Venecia  
 incesante clamoreo,  
 y á la barbárie un trofeo  
 levanta el pueblo do quier:

corre á raudales la sangre  
 y entre el clamor desmedido,  
 se escucha el ronco gemido  
 de algun moribundo ser.

**E**L reloj de la torre de la iglesia de san Márcos, habia confiado á los pasajeros ambientes el metálico clamor de dos campanadas, y un dia sereno y hermoso reinaba en todo su apogeo.

El cielo vestía su anchuroso ropage azul, bordado de algunas blancas nubecillas,

que flotaban instablemente sobre la atmósfera, y las elevadas torres de los edificios por perspectivo contraste parecían ser las columnas de esa bóveda cóncava del firmamento, afirmada sobre los bordes del horizonte. Un sol despejado y diáfano, rico de lumbré, guiaba su antorcha en el etéreo espacio y tal vez cruzaban en informes vándadas alguna colonia de avéculas, semejan-do algun vapor que se hubiese elevado de la ciudad.

Multitud de grupos, hallábanse á esta sazón en la estensa plaza de san Márcos, y un murmullo sordo é interminable, atornaba en aquel momento todos los ámbitos de ella. En el mas numeroso de aquellos grupos encontrábase el jóven Arturo que daba estas instrucciones á los que le rodeaban.

—Ciudadanos: va á llegar la hora decisiva; nuestras filas se han engrosado terriblemente desde la prision de Alfredo, y muchos de los mas adictos al dux, le han abandonado y se han reunido á sus adversarios: esto debe animaros, porque mientras mas descrecido esté el número de

los que nos combatan, más seguro es el triunfo: la señal de alarma, será à las tres, y el grito universal *Muera el dux*. y *queremos por presidente al conde Offael*: ¿entendeis caballeros?

Despues que la sedicion halla estallado, tomarèmos por asalto la cárcel, atropellando si es necesario los obstàculos que se nos opongan, y victoriosamente, pondremos en libertad á nuestro compatriota Alfredo, á quien aclamarèmos como jefe de los que se han distinguido por su heroismo y denuedo.

—Eso debe ponerse en práctica antes; dijo una voz.

—Antes se hará, contestó Arturo, señores; el primer efecto de la revolucion será poner en libertad à Alfredo, de modo que á las dos y media á la cárcel y á las tres al palacio del dux, pero antes, si os place vamos à ponernos à las órdenes del padre de Alfredo, que se ha descubierto ser el conde Orfelin.

—Volemos á su palacio.

Todo el grupo tomó aquella direccion: dejèmosle en ese momento y penetrèmos an-

tes que èl en el palacio.

Matilde aquella mañana habia sido conducida en fúnebre pompa al sepulcro, y el conde en union de Alberto, despues de haberla acompañado hasta aquel sitio de eterna separacion: tornaron al palacio donde mútuamente hacian por consolarse y por maldecir al dux que les habia quitado toda esperanza respecto à Alfredo.

En tal situacion se hallaban, cuando Arturo dejando à sus camaradas en la galería de cristales, llegó hasta ellos.

—¿Quién sois? preguntóle el conde.

—Quien puede salvar á vuestro hijo Alfredo, uno de sus mas caros amigos que marcha en este momento á arrancarle de la prision en que se encuentra.

—¡Ah! dijo confusamente el conde y ¿no temeis el rigor del tribunal? si os sorprenden sois perdido.

—No tengo temor alguno: cuento con la mayor parte de la poblacion, y os aseguro que mañana el dux habrá caido del puesto que ocupa, ¿Quereis conde venir por vuestro hijo?

El conde en un acceso de paternal ter-

nura pùsose sobre los hombros una plegadísima capa y embozándose en ella, salió con Arturo en direccíon de la cárcel.

Al llegar el conde, dijo así:

—Señores; aquí permanezco en estos alrededores, traedme à mi hijo y contad con mi eterno agradecimiento.

Resistióse fuertemente la guardia de aquella cárcel, pero los secuaces de Arturo se batieron con tal destreza, que en breve penetraron dentro del edificio, despues de divagar por él, sin encontrar el calabozo de Alfredo, al fin guiados por el carcelero à quien amenazaron, llegaron á la gran puerta que se abria en él, penetraron dentro, vieron un bulto arrojado sobre un banco de piedra, creyeron que sería Alfredo que estaria reposando y se arrojaron sobre èl como para darle un afectuoso abrazo. Le hallaron inmóvil y al separar sus manos las vieron teñidas en sangre, de cuyo rojo color estaba salpicado el banco mármóreo....

—¡Lo han asesinado! exclamaron todos horrorizados.

—Efectivamente, el dux dió órdenes,

de que si algunos sublevados intentaban ir à salvar à Alfredo, le asesinaran inmediatamente antes de que se salvase.

Un terror inmenso se apoderò de Arturo y sus compañeros à la vista de tal catàstrofe.

—Este asesinato pide venganza, exclamó Arturo, cúmplase la terrible ley del Talion: ¡adios Alfredo, blanco de la adversidad! la paz del sepulcro sea contigo, mientras tu gloriosa memoria sea bendecida por todas las generaciones. Partamos de este sitio fúnebre; hagamos huir de nosotros esta realidad tan sombría.

Salieron del calabozo, y no bien habian salido de la cárcel, cuando el conde arrojándose sobre Arturo, exclamó:

—¡Dadme à mi hijo!.

—¡Vuestro hijo!.... contestó Arturo con una sublime resignacion.

—Sí, ¿no le habeis salvado?

—Era ya imposible; ¿no sabeis cuán atroz es el corazon del dux?

—Le conozco demasiado para esperar de él cualquier traicion, pero acabad que le ha sucedido à Alfredo?

—¡Le han asesinado! le hemos hallado muerto dentro de su calabozo.

Al oír tal declaración, un vértigo se apoderó del conde y hubiera caído al suelo si el brazo de Arturo, no le hubiera sostenido recibéndole.

—Volved en vos: haceos superior á vuestras desgracias; imposible es detener los amagos del destino.

Al cuarto de hora volvió en sí el conde, y no mas rápida sale la flecha del encorvado arco, no mas súbito rompe el rayo el seno de las nubes, como Orfelin, atropelladamente corriendo, voló ciego de enojo al palacio del dux: en tanto Arturo y sus secuaces se dirigieron á la plaza de san Márcos à esperar las tres, hora en que debía romper la asonada.

La viva espresion de la fisonomia del conde cuando llegó á la presencia del dux, y la sorpresa de éste, difícil fuera de trazar: oigamos pues el diálogo que tuvieron.

—Y bien conde, ¿qué teneis? ¿qué conmocion os agita?

—Y ¿vos me lo preguntais? arrancad dux. de vuestro rostro la máscara engañado-

ra que os disfrazá , y entónces podremos entendernos.

—Hablad.

—Sí á fé: por última vez vengo à pisar los umbrales fatídicos de esta casa, ó mas bien dicho de esta caverna, donde se oculta la fiera mas carnívora y sanguinaria de la irracional raza. No temais que de nuevo mi importuno acento vuelva á lastimaros el oido, avezado únicamente al rumor de las cadenas y á los gemidos de las inmoladas víctimas.

—Cansado estais, conde.

—Pronto acabarè, ¿os acordais que ayer estaba aqui demandàndoos la salvacion de Alfredo? ¿os acordais de mis últimas palabras?

—Repetidlas.... y entónces....

—Fueron estas: si parece mi hijo os emplazo.

—Y bien?

—Ese plazo ha llegado ya.

—Esplicaos.

—Há dos horas , un jóven valiente y arrogante quanto vos , mezquino y miserable , seguido de animosos amigos , consi-

guieron atropellando obstáculos penetrar en la cárcel, llegaron hasta el calabozo donde estaba aprisionado Alfredo, y.... ¿sabeis lo que encontraron?

—¿Qué?

—¡Un cadáver!!!

Una vaga sonrisa resbaló por los labios del dux:

— Ese es el castigo de los amotinados: ellos tienen la responsabilidad de esa muerte, porque si no hubieran osado entrar à viva fuerza en aquella morada, correccion de los desacatos à la ley, el golpe del verdugo no hubiera caido en el cuello de vuestro hijo.

—¿Conque fuísteis vos?....

— Sí conde; yo decretè su muerte si algunos malhechores se atrevian à profanar su prision: están cumplidas mis órdenes y gracias doy à mi fortuna que me ha proporcionado tan buenos servidores.

— ¡Vos no teneis corazon dux! porque decidme ¿creis que un alma emponzoñada y encenagada en el foco del crícaen y de la maldad, puede ser perdonada el gran dia en que tenga que dar cuenta de sus ec-

sesos depravados al Creador?

—Dejaos conde de consejos: mis creencias se reducen al presente, goze yo sobre la tierra; castigue al que me plazca, hágame temer de mis vasallos, y lo demás es muy incierto.

—Sois hasta blasfemo. Huyo en este momento de vuestro lado, porque temo que un rayo vengador caiga sobre este palacio y nos pulverice.

—El cielo está sereno, y los rayos los despide solo la tempestad: dijo el dux.

—Es que tras la calma viene la tormenta, y si nõ venid. El conde asió fuertemente, al dux por un brazo y asomándole à un balcon y señalándole la plaza de san Màrcos, enèrgicamente le dijo:

—El cielo está sereno como decis, pero bajad los ojos y mirad ese pueblo que se aglomera y que fija sus vengadores ojos en este edificio: contemplad ahí à vuestros innumerables jueces... ¿Porqué volveis la vista?... ¿teneis pavor?

—¡Nó!

—Lo que sí tendreis será remordimientos, y os hallais en tan difícil estado que

no podeis elevar los ojos al cielo ni abatirlos á la tierra, porque en el primero veis el castigo á vuestra maldad: en la segunda veis la venganza de un pueblo oprimido. Adios dux, os dejo solo con vuestro destino.

Salió el conde precipitadamente á tiempo que el reloj de san Márcos dió tres campanadas sonoras, y semejante al golpe que hace abrir á un tiempo todas las puertas de la Penitenciaría de Pensilvania, así en un punto, se vieron brillar un mil de aceros en la plaza; y cual se agítan en remolino las hojas arrancadas por el viento, tal se revolvieron los partidarios del dux contra sus adversarios. Inmensa nube de polvo oscureció por media hora aquel sitio, y confusamente se escuchaban las voces de ¡muera el dux! ¡muera el tirano!

El dux amilanado con tan asediante perspectiva, conoció que estaba en peligro aquella hora, y queriendo prepararse para recibir aquella invasora cuadrilla, se dirigió á la puerta de la habitacion con objeto de dar órdenes: pero un embozado seguido de un inmenso grupo que á fuerza

de estocadas hubo podido penetrar hasta allí, asiendo al dux del brazo, le detuvo diciéndole:

—¡Deteneos!

Retrocedió espantado el dux, preguntando:

—¿Quién sois? ¿cómo mis guardias no os han detenido?

—Vuestras guardias son muy cortesan-  
nas, nos han dejado la entrada, cuanto  
han sentido el temple de nuestros aceros.  
Sí, noble dux, bastante tiempo habeis  
sido el azote de los venecianos; y toda  
vuestra sangre no bastará para vengar á  
las infelices víctimas que con impasible co-  
razon habeis inmolido, pero llegó el mo-  
mento de la venganza; estais aquí solo y  
aunque debiera asesinaros, para probaros  
que soy tan caballero como vos, tomad y  
defendeos.

Arturo quitó la espada á uno de sus  
compañeros, y la presentó al dux.

—No puedo lidiar con vos: contestó  
éste.

—¿Por què?

—Por que no es igual nuestra sangre.

—Entónces elegid, ó defendeos à os asesino como à un vil y cobarde.

Aturdido el dux ràpidamente dió estas voces:

—¡Guardias! disolved este grupo.

—No las llamais, porque no vendrán, en fin, decidios.

Silviano ciego de cólera, tomò la espada y embistiendo al grupo tendió á uno sobre el pavimento: Arturo se interpuso y despues de algunos minutos de contienda, cayó el dux herido en el corazon. Entónces el victorioso Arturo asió á su cadaver y asomándolo al balcon gritó:

—Pueblo de Venecia; el tirano ya nos ecsiste, miradle ahora, completad vuestro triunfo.

Las turbas que se amontonaban, prorrumpieron en transporte de gozo; y gritando "revenganza" se apresuraron à castigar à todos los secuaces del ya muerto dux.

Desastrosa perspectiva presentaba entónces Venecia; un incesante clamoreo atronaba todos sus ámbitos, y el crugiente rumor de las armas que chocaban, se confundia entre el clamor de las exclamaciones.

¡Cuántos fueron víctimas de la revolución! unos acosados y heridos por los golpes, caían al suelo casi escànimes y sobre ellos atravesaban las tumultuosas turbas sin hacer caso de su lastimero estado: otros se desangraban, abiertas las heridas, sin aliento para demandar socorro, y se veían morir en un charco de su propia sangre. El ángel del terror, desplegaba sobre Venecia sus esterminadoras àlas.

El populacho, esa porcion indocta y salvage, independiente en un todo del verdadero pueblo; esa fraccion que se nutre en las ciudades y que se alimenta del robo y del pillaje, abandonaron sus hogares y á fuer de patriotas cometieron toda clase de desastres y desórdenes. Invadidas fueron la mayor parte de las casas por él, y víctimas de su atroz ferocidad, la virtud y honor de las doncellas, la probidad y honradez de los padres, cebándose hasta en los tiernos niños que sustentaban aun las madres á sus pechos.

Las calles henchidas de desalmada gentes, semejabau á un inmenso piélago que alborota la tempestad.

Las casas de los consejeros de la república fueron horrorosamente saqueadas; rotos los vidrios de sus balcones, y arrojados por ellos todo su mueblage.

Ellos al fin merecian tan brusco tratamiento: pero cuando estalla una revolucion es lo mismo que un incendio, y así como èste se sofoca con agua: así aquella solo puede apagarse con sangre. Así es, que en las calles de Venecia á las dos horas del rompimiento sedicionario, hallàbanse multitud de cadáveres, y sus losas veíanse resbaladizas y encarnadas como si una alfombra de púrpura las revistiera; ¿Quién consolar pudiera entónces los sollozos de las personas que habian perdido algun ser querido en la refriega?

La tierna madre, abandonando su hogar, sale precipitadamente en pos de su hijo, y en vez de hallarle en salvo, lo encuentra tendido entre la multitud que descansaba sobre las enrojecidas piedras de las calles. El caduco padre sorprendíase del mismo modo, y mientras lloraba amargamente; las turbas que atravesaban mofabábase de él, y aun se atrevian á injuriar-

le; la amante esposa que encontraba muerto la que tantos años habia idolatrado, era insultada y obscenamente tratada; pero lo que mas heria el corazon, era el ver á un jóven luchar con una multitud de hombre desalmados, que arrebatándole á su amada, violaban torpemente la inocencia de aquella, y con lascivas manos se atrevían á tocar su rostro encendido como la grana y á profanar barbaramente el santuario del pudor.

Escenas pasaron que en vano es intentar describirlas: desgraciadamente las revoluciones son tan comunes en todo el orbe habitado, que pocos de nuestros lectores desconocerán lo peligroso y asolador que es el torrente de ellas en ese momento pues en que sucumbiendo el que sugetara al pueblo, éste vengar intenta agravios sin que obstáculo alguno ataje la carrera de su venganza, veñanse los mayores estragos, la mayor monstruosidad que no parece sino que los hombres en aquellos instantes de conmocion, pierden el carácter racional y se convierten en brutos feroces para despedazarse horriblemente unos á otros.

En ese momento pues, en que el pueblo desbandado sin ligadura alguna que le enfrene, se desborda cometiendo toda clase de excesos, es cuando se ve claramente la necesidad de un monarca, ò de un senado, ó de una congregacion electa si se quiere por el pueblo, que lleve las riendas de la ley: lo contrario es impracticable y diera foco á incalculable número de víctimas; porque si en cortas horas que Venecia se halló absolutamente libre sembró de cadáveres sus calles ¿què no fuera si esa mal entendida libertad hubiera reinado en ella un largo periodo?

La noche llegó en fin, y cansados ya los sublevados de derramar sangre, abandonaron las calles y fueron à contar un aventuras cada uno á su hogar.

Venecia, entónces parecia un desolado cementerio, y á la luz de la luna brillaba las bermejadas losas y piedras de las calles, y los muros de las casas presentaban ciertos matices rojos producidos por la sangre de que estaban salpicados....

Al dia siguiente fué elevado al poder de la presidencia de la república, el con-

de Ofael por unanimidad de aclamaciones, y volvió á Venecia su antigua tranquilidad.



# EPÍLOGO.



**S**ES días eran transcurridos desde la azarosa crisis que habia sufrido la república veneciana, y tal como despues de la tremenda tempestad que alborota y conmueve las entumecidas ondas del golfo, sigue una calma apacible y serena, así tras las horas del desbordamiento popular que sembró estragos sin número en todos los àmbitos de Venecia, sucedió una reaccion firme é imperturbable, gozando aquella perla de la Italia una completa paz.

Unos de aquellos dias cálidos del fin de primavera, estaba pròximo á fenecer. El sol, avvicinado á su inmensa tumba, pugnaba por deshacerse de las enojosas sombras que se obstinaban en encubrir su frente enrojecida, y como un cinturon de fuego entibiado con igualdad, ceñia en derredor el circular horizonte.

Un pálido destello penetraba quebrándose en los hierros de una ventana de una de las habitaciones del palacio Orfelin, y bañaba con macilenta luz à tres personajes

Uno de ellos oprimido por el dolor, tenia doblada su cabeza sobre el pecho: este era el conde.

El otro, agitaba convulsamente el espesor de su encanecida barba y secaba con empapado lienzo las lágrimas que corrían de sus ojos. En él puede reconocerse à Alberto.

El tercero era un jóven activo y vigoroso: el patriota Arturo, en fin, que con enérgica voz hablaba así á los otros dos:

Conque me abandonais, sin tomar en consideracion el profundo sentimiento que va á devorar mi corazon desde el instante de vuestra partida, y si al ménos dable me fuera partir con vosotros, pero es imposible. Escuchad conde; ¿porqué esquivais la vista de Venecia? ¿puede ya acaso asestaros mas golpes de venganza? ¿no tenéis aquí el sepulcro de vuestros hijos, donde cual solaz y tregua al tédio, podeis ver-

ter raudal copioso de abrasadas lágrimas, que desahogando vuestra comprimida alma, fortalezca vuestra decaída existencia? Creedme; el tirano sucumbió ya, y la semilla mefítica de la enemistad ha desaparecido.

—No puedo Arturo, contestòle el conde, està ya decretado. Mañana, despues de visitar por póstuma vez la tumba de mis sacrificados hijos, me trasladaré al lugar mas recóndito de Francia, donde en union de mi buen Alberto, conquistarè con fervorosas preces la senda de los cielos. No creais noble jóven que me olvide de vos; los admirables dotes que el cielo os ha prodigado, y la enérgica decision con que habeis secundado mis intentos de venganza, os anuda conmigo y mientras lata mi corazon, me acordaré del jóven Arturo.

—Sí, siempre, murmuró Alberto entrecortadamente.

Arturo, arrojándose en los brazos de los dos ancianos, exclamó:

—Cùmplase el destino. Adios noble conde, adios desgraciado Alberto: el cielo siempre os proteja. Pronunciadas estas

palabras derramando algunas lágrimas desapareció Arturo.

Solos quedaron el conde y Alberto, y ya la noche empezaba à oscurecer la ciudad, cuando el primero exclamó, dirigiéndose à su habitacion.

—Descansemos esta noche, buen Alberto, y mañana al romper el dia, à Francia.

—Sí, à Francia, contestó Alberto.

Asi fué. Al dia siguiente ambos personajes se dirigieron á una villa casi ignorada de la antigua Galia, donde recordando diariamente los fatales acaecimientos de la revolucion de Venecia, pasaron el último tércio de su vida, sin que el mas leve disturbio quebrara el lazo de su íntima amistad.



